

A promotional poster for the series 'Ponime a prueba'. It features two women: one with blonde hair in profile on the left, and another with dark, wavy hair looking forward on the right. They are both wearing light-colored, textured sweaters. The background is a soft, warm gradient. The title 'PONIME a prueba' is written on a golden, textured banner at the bottom. The 'elit' logo with 'LGTBI' underneath is in the bottom right corner.

**NOA  
XIREAU**

**PONIME**  
*a prueba*

**elit**  
LGTBI

**NOA  
XIREAU**

**PONME**  
*a prueba*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2021 Daniela Barragán  
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Ponme a prueba, n.º 5 - abril 2021

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1375-640-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## Capítulo 1

En cuanto Rocío oyó los pasos que se acercaban a la cocina, intentó cerrar apresurada la ventana del navegador. Maldijo cuando la maldita X de la esquina superior se negó a reaccionar bajo sus persistentes clics y estuvo a punto de estampar el estúpido ratón contra la mesa con la intención de comprobar si maltratándolo se volvería más dócil y obediente.

En el último segundo logró abrir la aplicación del solitario y, para cuando su hermano Javier se hubo echado un vaso de agua y se giró hacia ella, había conseguido incluso estirar los labios en una débil sonrisa. Por desgracia, bastó que los profundos ojos castaños se posaran sobre ella para darle a entender que no lo había engañado.

—¿Conseguiste enviar el proyecto a tiempo? —le preguntó Rocío con la voz más alegre y despreocupada que pudo fingir.

—Sí, acabo de hacerlo. Mañana sabré si han aceptado mi propuesta.

—¡Genial! Eso se merece una celebración.

Javier se apoyó en la encimera de la cocina, se cruzó de brazos y la estudió.

—He quedado para jugar unas manitas de cartas en casa de Aitana. ¿Por qué no te apuntas? Sara también vendrá. Puede que te ayude a distraerte, sabes que lo necesitas.

La sonrisa se le congeló y dejó de fingir. Que él tuviese razón no significaba que estuviera preparada para hacerlo.

—Hoy no, tal vez otro día.

—Ro, tienes que...

—Nunca he hecho buenas migas con Aitana, ya lo sabes —lo interrumpió antes de que pudiera soltarle otro de esos discursos de los que ya estaba hasta las narices.

Javier suspiró con pesadez.

—La tía Gloria se pasará luego por aquí a hacerte un poco de compañía. ¿Estarás bien hasta que llegue? —Sus ojos parecían atravesarla para detectar hasta el más mínimo titubeo.

—No tienes que preocuparte por mí, te lo he dicho. No haré ninguna tontería. —Rocío se ahorró el esfuerzo de sonreírle, pero le sostuvo la mirada.

Tras un asentimiento su hermano sacó el paquete de pastillas de la vidriera, le llevó una con un vaso de agua y se acuclilló ante ella.

—Te estás haciendo daño, Ro. —Por si le quedaba alguna duda de a qué se refería, le echó una corta ojeada a la pantalla del portátil—. Tienes que pasar página y la única que puede hacerlo eres tú. —Se levantó y le dio un beso en la frente—. Estaré de regreso antes de las diez, si necesitas algo, llámame.

Ella esperó a oír la puerta al cerrar, bajó despacio la tapa del portátil y miró fijamente la pastilla que le había dejado sobre la mesa. Agotada, se frotó la frente. Su hermano tenía razón, no podía seguir torturándose así. No era como si fuese una anciana a la que se le hubiera muerto

el amor de su vida y la hubiese dejado abandonada. Según las estadísticas, con treinta y tres años aún no había alcanzado ni el ecuador de su vida. Tenía tiempo de comenzar de nuevo, desde cero o desde veinte, o desde donde a ella le diese la gana. Solo tenía que poner de su parte, dar el primer paso y olvidarse de Raúl.

Como si su cuerpo no estuviese conectado a su cerebro, alzó la cabeza y abrió de nuevo el portátil. Bastaron tres clics para entrar en Facebook y ni siquiera tuvo que pensar el siguiente movimiento, sus dedos teclearon el nombre en modo automático.

La imagen que apareció ante ella era la misma que había estado contemplando cuando la interrumpió su hermano: Raúl abrazado feliz a su nueva novia y la gente, los que ella consideró una vez sus amigos, felicitándolos por la hermosa pareja que formaban. Le habría gustado poder convencerse de que la risa no llegaba a los ojos de Raúl, o que el reloj que llevaba seguía siendo el que ella le regaló para su último cumpleaños, o que aquella camiseta, los pantalones e incluso los calcetines se los había elegido ella, pero nada cambiaba el hecho de que la había dejado por otra, y que esa otra estaba allí con él, disfrutando de lo que siempre había considerado suyo. Ambos reían felices en tanto que ella seguía allí sentada en la cocina, sin trabajo, sin una casa propia y, lo que era aún peor, incapaz de sentir otra cosa que no fuese el dolor que la consumía desde dentro. Ni siquiera la ironía de que cada dos por tres le apareciera la publicidad de una página de contactos animándola a encontrar el amor de su vida le permitía soltar una carcajada seca. ¿Cómo de patético era que incluso los sistemas estadísticos de Google y Facebook hubiesen detectado que la habían abandonado?

Con un resoplido pinchó en el anuncio de la web de contactos. La pantalla se llenó de personas con enormes sonrisas y miradas interesantes, de ese tipo que atraía a cualquiera, pero del que luego nadie se enamora, porque son como una de esas preciosas mecedoras de diseño en las que sentarse es una proeza y levantarse un imposible.

El registro en la página parecía sencillo, solo requería especificar si lo que buscaba era a un hombre o a una mujer, facilitar un email de contacto y una contraseña. Nada complicado en realidad, aunque para ella supusiera un mundo. No era tonta, era fácil adivinar que en cuanto abriera esa diminuta pestaña empezaría las preguntas: nombre, teléfono, edad, gustos que nadie más que ella debería conocer y foto. ¿Qué sentido tendría una web como aquella sin fotos? ¿Y qué pasaría cuando la subiera? ¿Y si alguien de su entorno la reconocía y se corría la voz? No quería ni plantearse lo humillante que sería.

Cerró la pantalla del navegador, bajó de nuevo la tapa del portátil y vació el vaso de agua en el fregadero, procurando que arrastrase la pastilla a su paso. Fue al salón y se acercó a la cristalera del balcón con aquella sensación de vacío que ya había comenzado a formar parte de ella. Observó a las personas que pasaban por la calle. La señora del tercero estaba paseando a su altivo *yorkshire*, indiferente a que mease en la esquina de la panadería marcando territorio. En el bar de Pepe, la camarera, que estaba sirviéndole unas cervezas a una mesa atestada de hombres trajeados, mostraba una sonrisa avinagrada. Como de costumbre, estarían echándole piropos sin adivinar, o sin que les importara, que la chica iba a casarse dentro de seis semanas con un abogado que la adoraba y que cada día la recogía, puntual como un reloj, para acompañarla a sus clases en la escuela de adultos. Un ciclista se paró frente a la tienda de zapatos, y en cuanto tocó el agudo timbre de su manillar, María salió y se abalanzó sobre él para devorarlo a besos. Con una carcajada la revoloteó por el aire, ignorante de cómo Rocío los espiaba llena de envidia. Envidia, sí, eso sí era capaz de sentirlo. Envidia y añoranza porque alguien la abrazara así, con aquella mezcla de pasión y cariño, como si fuese la cosa más valiosa del mundo, alguien que

creyera que era digna de ser protegida, cuidada y amada cada día con la fuerza del inicio. Amar. Esa era la palabra clave. No era de Raúl de quien se trataba en realidad aquello, se trataba de ella, de ella y de su infinita necesidad de que la amaran, de que se lo dejaran sentir, creer, y que ella pudiera retornarlo, sacando lo que tenía dentro hasta desbordarse de sentimientos.

¿Qué posibilidades existían de que ella encontrase un amor como ese? ¿De que se cruzase con alguien como ese chico de María, capaz de quererla incluso, aunque no tuviera mucho, o nada, que ofrecerle?

Se abrazó. Ya ni siquiera le quedaban amistades. Las suyas desaparecieron cuando comenzó a salir con Raúl y las que tuvo durante su tiempo con él... no eran amigos suyos, eran los de él.

Cuando la parejita feliz se despegó como si les uniera una enorme fuerza magnética que les impidiera alejarse el uno del otro y tuvieran que hacerlo poco a poco, regresando una y otra vez con besos y toques y caricias sin intenciones más allá de la demostración de su cariño, Rocío estuvo por salir al balcón para chillarle al mundo que ella también tenía derecho a que la amaran.

Con brusquedad se apartó de la cristalera y regresó a la cocina. Evitó mirar el portátil y se echó una taza de leche fría que le calmara la acidez en el estómago. Por más que tratara de resistirse, la presencia del ordenador y la tentación que representaba eran tan fuertes que la atraían con cada fibra de su ser, como si incluso de espaldas a él pudiera sentir su poder.

Al soltar la taza apoyó la frente en el mueble de la cocina.

—¡Nada de espiar de nuevo a Raúl! Y si lo haces... si lo haces... —¿Qué iba a hacer si volvía a caer ante aquella enfermiza fascinación por hurgar en sus heridas? Recordó el anuncio y la página atestada de rostros felices y sonrientes que había visitado antes. Enderezó los hombros y se giró hacia la mesa—. Prometo que, si vuelvo a escribir, aunque solo sea su nombre, entraré a esa dichosa web de contactos a ligar con todo lo que se menea y... y... ¡Bueno, ya se verá!

## Capítulo 2

El olor a café recién hecho la recibió nada más pisar la cocina. Con una mueca trató de ignorar el pungente olor a granos quemados que le levantaba el estómago.

—¿Son imaginaciones mías o ya está empezando a hacer calor? —Situándose al lado de su hermano, comprobó si a ella también le estaba haciendo el desayuno—. Buenos días —graznó con unas cuerdas vocales que sentía tan ásperas como hinchados seguían sus ojos.

—Mayo en Sevilla. Da gracias de que la previsión de hoy solo sea de treinta y un grados —murmuró él, distraído.

—Genial, y el aire que sigue estropeado —rezongó, más para ella misma que para él.

—Volveré a llamar luego al servicio técnico a ver qué pasa. —Javier enchufó la tostadora y se apoyó en la encimera removiendo su café.

—Mejor bajamos las persianas para que no entre demasiado sol.

Rocío cogió su taza de té y la pastilla que estaba al lado y, tras dejarla caer disimuladamente en el bolsillo de su pantalón de pijama, ocupó su sitio en la mesa.

—Las bajaré antes de que pegue fuerte —confirmó su hermano con un asentimiento ausente.

Cuando el incesante tintineo de la cucharilla dejó claro que la intención de su hermano parecía ser la de marear el café, Rocío estampó su taza sobre la mesa, haciendo que él diera un respingo, sobresaltado.

—¿Cuándo piensas contarme lo que pasa? —le exigió sin rodeos.

—¿Qué te hace pensar que pase algo? —El entrecejo masculino se frunció.

—¿Hola? Soy yo, Rocío, tu hermana. ¿Piensas tomarme por tonta?

Con un suspiro, Javier se pasó los dedos por el cabello.

—No. Tienes razón.

—¿Qué ocurre? —Mientras más tardaba en contestarle, más le crecía a ella el nudo de ansiedad en su interior.

—Anoche ingresaron a la madre de Aitana en la UCI.

—¿Qué le pasó?

Aunque la hija le caía como el culo, Marta, la madre, era un encanto, y demasiado le había pasado ya en la vida como para que ahora encima le fallase la salud. Además, independientemente de lo estúpida que Aitana solía ser con ella, la madre trataba a Javier como a un segundo hijo.

—Notamos que se le trababa la lengua y que estaba como aturdida y la llevamos a urgencias. Y menos mal. Al parecer era un pequeño infarto cerebral y van a tenerla en observación durante unos días.

—Vaya por Dios. Espero que se recupere pronto. Por lo que conozco a Marta, no se va a quedar tranquila mientras esté ingresada.



Javier se frotó los ojos antes de mirarla.

—Lo hará. Sabe que necesita cuidarse y le he prometido que me ocuparé de Aitana.

—¿Qué? —Rocío abrió la boca y volvió a cerrarla de golpe. ¿Se había vuelto loco?—. ¿No hay alguna agencia en la que puedan contratar ayuda a domicilio cualificada? Mañana es domingo, ¿y si ponéis un anuncio en el periódico?

—¿Tienes idea de lo que cuesta eso? —resopló él.

—Solo serán unos días. ¿Cuánto va a estar internada? ¿Una semana? ¿Dos como mucho?

Javier sacudió la cabeza.

—Es imposible saberlo antes de que le hagan unas pruebas. Además, al salir también necesitará tomarse las cosas con calma. Con la señora que venía a ayudarles cuatro horas al día ya casi se comían la pensión de ella y Aitana sigue en juicio para que le paguen el dinero de la indemnización.

—¿Por qué sigue sin trabajar? Es arquitecta, por el amor de Dios. No es como si la silla de ruedas le impidiera pensar. —Ro soltó una ristra de tacos cuando se dio cuenta de que estaba echándole azúcar por segunda vez a su infusión.

—Ro, cálmate. No necesitas pegar voces —masculló Javier molesto.

—¡No estoy pegando voces! —Ro se giró alterada cuando él apretó los labios.

Verse de buenas a primeras viviendo sola, aunque fuese por un par de semanas, la asustaba. De alguna forma hacía temblaquear la seguridad y protección que sentía teniéndolo a él al lado, ocupándose de todo. Cansada se pasó una mano por la frente. Estaba siendo egoísta. Podía sobrevivir unos días sin él. Al fin y al cabo, era una adulta.

—Ro...

—De acuerdo. —Rocío hizo un aspaviento con la mano para restarle importancia—. ¿Cuándo te irás?

—No me iré, es ella quien vendrá aquí.

—¿Cómo?! Eso será una broma, ¿no? —Rocío lo miró incrédula.

—No pienso dejarte sola durante tanto tiempo.

—¡Por Dios, Javi, ya te he dicho que estoy bien! ¡No va a pasarme nada! —Justo a tiempo se percató de que había estado tocándose la sensible línea rojiza en su muñeca.

—No pienso arriesgarme. —Él se mantuvo en sus trece—. Además, nos vendrá bien a todos. Así, cuando yo tenga que salir a defender el proyecto, Aitana podrá estar echándote un ojo, y...

—¡No necesito a ninguna pija engreída que me eche un ojo! ¡Te he dicho que estoy bien!

—No solo se trata de ti, Ro, también de ella. Aún no se ha habituado a la silla de ruedas y necesita que le echemos una mano. Es una mujer. Sería demasiado violento que yo la aseara, ¿no crees?

Rocío soltó una carcajada seca. ¿Una mano? Lo que necesitaba era que le dieran un empujón escaleras abajo. En cuanto lo pensó la invadieron los remordimientos. Que no la soportara no significaba que tuviera que comportarse como una amargada insensible.

—¿Y no te has planteado que quizá necesite espabilar en vez de teneros a todos como esclavos personales?

—Ro... —Javier hizo un esfuerzo visible por mantenerse calmado—. No es para que te pongas así. Solo se trata de que le echas un cable durante una semana. Puede que hasta menos.

—¿No la trago ni debajo del agua y esperas que me ocupe de ella? Eso no te lo crees ni en sueños. Eres tú el que estaba colado por ella desde que ibais al instituto juntos, no yo. —Que él no le contestase hizo que lo estudiara con más atención—. Ahora lo entiendo. Sigues sintiéndote

culpable. —En cuanto un trazo de dolor cruzó los ojos castaños de Javier se sintió como una arpía sin piedad, aunque eso no evitaba que tuviera razón. Su hermano nunca le había contado demasiado de lo que ocurrió aquella noche, pero sí lo suficiente—. No fue culpa tuya y es hora de que lo asumas de una puñetera vez. Que discutieras con ella antes de que cogiera su coche no tiene nada que ver con el accidente. Fue el camión el que la deslumbró y la sacó de la carretera.

Javier la miró con calma y se cruzó de brazos.

—Puede que estés en lo cierto, o puede que no. Pero dime una cosa: ¿de verdad tienes corazón para permitir que esa familia se las apañe a solas durante un momento así, por la única razón de que según tú te miraba raro y te evitaba cuando venía? Vamos, Ro, no creo que lo que hiciera fuese para tanto.

Oyéndolo de labios de otra persona hacía que sonara infantil y tonto.

—¿Que ella te diera esperanzas y jugase contigo durante años solo para dejarte colgado una y otra vez tampoco es para tanto? —contraatacó.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —espetó su hermano entre dientes.

—Ah, ¿no? —Sin dejarse amedrentar por el brillo airado de sus ojos, se levantó para enfrentarse a él—. ¿Crees que no se te notaba a la legua que estabas loco por ella? ¿Que sigues loco por ella? Ella lo sabía y aun así...

—¡Cállate, Ro!

Ella se encogió cuando dio un golpe con sobre la encimera. No era propio de él enfadarse y, mucho menos, exteriorizarlo de aquel modo. Aun así, fue incapaz de refrenarse.

—Por supuesto. Es más fácil seguir viviendo en una utopía de color rosa que enfrentar la verdad y admitir que estás colado por una víbora manipuladora de doble filo.

Sin esperar su respuesta, cogió su taza y escapó al salón. ¿Por qué tenía que ser tan ciego y cabezón? Ni siquiera sabía para qué perdía el tiempo en tratar de abrirle los ojos. Esa mujer había hecho con él lo que le daba la gana, siempre lo había hecho y siempre seguiría haciéndolo.

—Ro... —Ignorando el tono de advertencia de su hermano cruzó el pasillo.

—Ve con tu reina de hielo adonde te dé la real gana, pero no la quiero... —Sus palabras se le quedaron atascadas en la garganta al llegar a la puerta del salón.

Sara, sentada junto a la mesa, apartó la mirada. No así la mujer rubia a su lado, cuya palidez no hacía nada por ocultar las profundas ojeras amoratadas o las manchas rojizas que delataban que había estado llorando no hace mucho.

—¡Sorpresa! —la saludó la mujer con un tono apagado.

—¿Aitana? —Incapaz de mantenerle la mirada, Rocío bajó la vista a las manos que se aferraban crispadas a los reposabrazos de la silla de ruedas.

Una fina cicatriz rosada cruzaba el dorso de su mano. Imágenes de los sueños prohibidos que la habían perseguido en el pasado regresaron a su mente. Habían sido aquellas mismas manos con las que había soñado acariciándola, aunque habían tenido un aspecto diferente entonces. Las cuidadas uñas de fantasía, que una vez había envidiado, ahora estaban cortadas al ras, sin el más mínimo encanto de no haber sido por la elegancia natural de sus dedos largos y femeninos. Al subir de nuevo la mirada se dio cuenta de que no se trataba solo de su mano. La imponente melena, con ondulaciones suaves y siempre perfectas, dignas de una revista de moda, había sido reemplazada por un peinado corto, más práctico y fácil de mantener. En ese momento se encontraba revuelto, como si a su dueña ya no le importara cómo se veía. Ni siquiera el impoluto tono platino y el brillo eran ya el mismo. Rocío tragó saliva. ¿Adónde había ido a parar la mujer sofisticada e imponente que recordaba?

—¿Ahora las víboras manipuladoras de doble filo también tienen nombre? —preguntó Aitana con un sarcasmo mal disimulado.

Rocío dio una profunda inspiración. Estaba claro que la había oído discutir con su hermano. Se suponía que a partir de ahí el día ya solo podía mejorar, ¿verdad?

## Capítulo 3

Los parches de un intenso rosado que puntearon las mejillas de Rocío no hicieron nada porque Aitana se sintiera mejor. Cualquiera habría dicho que a aquellas alturas ya debería haber estado acostumbrada a la reacción de los que llevaban algún tiempo sin verla, pero presenciar la conmoción reflejada en el semblante de Rocío solo acrecentaba el amargo sabor que habían dejado sus palabras.

No debería haber aceptado la propuesta de Javier, lo había sabido en el mismo instante en el que la formuló. No había estado preparada para enfrentarse a Rocío después del accidente, y seguía sin estarlo siete meses después. Como si el dolor desde la parte baja de su espalda y de su rodilla se hubiesen puesto de acuerdo en darle la razón, ambos pulsaron con rabia. ¡Maldita sea! Aitana apretó los dientes y clavó las uñas en el duro cuero de los reposabrazos. Odiaba aquel dolor, odiaba aquella impotencia y odiaba que la única chica que la había hecho soñar alguna vez en secreto la viera así, hecha un trapo zarrapastroso e inútil.

—Creo que deberíamos sentarnos y hablar de esto como adultos.

El tono apaciguador de Javier le recordó que no estaba a solas con Rocío, y la preocupada mirada que le dirigió a Sara, que mantenía la vista sobre un punto indefinido en la pared, la alertó de que las hirientes palabras de Rocío también la habían afectado a ella. ¿Cómo había podido ser tan egocéntrica? Hacía mucho que había descubierto los celos que su amistad con Javier despertaban en su novia y las palabras de Rocío solo debían de haber atizado aquellas inseguridades que sentía.

—No es necesario. Considerando la situación, creo que lo mejor es que busque a alguien que pueda quedarse conmigo en casa —ofreció Aitana cansada.

—Sí, creo que ese es el ejemplo de una conversación adulta —espetó Rocío, aunque su voz ya no parecía tan firme como lo había sido antes y sonaba más a una defensa que a un ataque—. Gracias por avisarme de que no estábamos a solas —le recriminó a Javier con una mirada herida—. Y, a menos que me equivoque, creo que esa conversación de adultos a la que has hecho referencia, ya la habéis mantenido sin mí, por lo que no creo que sea necesario prolongarla. Podéis hacer lo que os dé la gana. No voy a oponerme. Me basta con que me dejéis en paz.

Por si los pisotones por el pasillo no hubiesen sido suficiente indicio de su estado emocional al marcharse, el portazo con el que Rocío acentuó el silencio por el apartamento hizo el resto.

—Lo siento, Aitana. —Javier se masajeó el puente de la nariz—. Desde que ha roto con Raúl y... Ya no es la misma. Es como si culpase al mundo entero de lo que le ha sucedido con ese cabrón.

Aunque, como de costumbre, él era incapaz de mencionar la palabra «suicidio» junto al nombre de su hermana, todos sabían de qué estaba hablando. No le había pasado desapercibida la cicatriz aún reciente en la muñeca de Ro. Javier se lo había mencionado cuando pasó. No había

desahogado sus penas con ella como habría hecho antes del accidente, pero incluso estando aturdida como estaba Aitana había podido ver a través de la fachada de Javier y había vislumbrado parte de su dolor. No pudo evitar preguntarse por qué en aquel momento no la había inquietado tanto aquel conocimiento. Puede que hubiese sido porque, a veces, las cosas no se hacen reales hasta que las compruebas por ti misma; o, porque lo que verdaderamente le había importado era que Rocío estaba viva o, quizá, por todo lo contrario, porque en el fondo, la Ro con la que se había pasado años soñando y cualquier posible futuro imaginario juntas, se habían muerto con ella en aquel maldito accidente.

—Sigue siendo la misma de siempre —murmuró sin energías—. Cualquiera a quien le roban sus planes para el futuro acaba por sentirse perdido.

Javier no contestó. Tampoco era como si hubiera importado demasiado lo que hubiese podido decir. Pensara lo que pensara, ella lo sabía mejor que nadie, había estado en esa situación, seguía estándolo. La única diferencia entre ella y Ro era que Rocío había tenido el coraje de tomar las riendas y había tratado de acabar con su sufrimiento, mientras que ella era demasiado cobarde para siquiera intentarlo.

—Creo que han salido nuevos capítulos de la competición esa de maquillaje que te gustaba, Sara. ¿Quieres que la ponga en la tele? —Ignorando la desgana con la que su novia encogió los hombros, Javier encendió la tele y buscó el canal—. Vamos. En el sofá estaremos más cómodos.

Aunque fue a Aitana a la primera a la que situó delante de la pantalla, él se sentó al lado de Sara y le colocó el brazo alrededor del hombro. Aitana trató de no quedarse mirando a la parejita, aunque fue difícil no reparar en cómo trataba de calmar a Sara con pequeños besos y carantoñas. Rocío no podía hacerse una idea de cuánto había metido la pata con sus acusaciones a su hermano.

La dulce y servicial Sara le caía bien. Al principio, cuando le anunciaron hace un par de meses que estaban juntos, no le había parecido la pareja más adecuada para un hombre activo y lleno de determinación como Javier, pero, saliera lo que saliese de aquella relación, él se merecía a una buena mujer, y Sara lo era. El problema era que hasta un ciego se habría dado cuenta de que Sara reprimía unos celos casi enfermizos por la amistad que compartían Javier y ella. No la culpaba. Ella tenía parte de culpa por aferrarse egoístamente a aquella amistad, la única que le quedaba y, por algún motivo que prefería no analizar, él hacía lo mismo.

—Voy al baño. —Sara se levantó y se alisó la falda—. ¿Queréis que os traiga algo de beber cuando vuelva?

—Un poco de agua estaría bien, gracias. —Aitana se alegró de que no la mirara cuando su intento de sonrisa fracasó y se convirtió en poco más que una mueca.

En cuanto estuvo segura de que no podía oírla, se giró hacia Javier.

—Tengo que irme —le susurró apresurada.

—¿Para?

—Para quedarme en mi casa.

—Ni de casualidad. —A pesar de que estaba tenso, la firmeza en la voz masculina reveló que era algo que no pensaba tomar ni siquiera en consideración.

—Es lo mejor para todos —insistió Aitana.

—Te acabo de contestar. —Él la fulminó con la mirada—. Y la respuesta sigue siendo no.

—Escúchame. Te agradezco lo que tratas de hacer por mí, pero ya has visto cómo ha reaccionado Rocío, y más que ella me preocupa Sara. No quiero que os peleéis por mí.

—No lo haremos.

—¡Por Dios, Javi! —siseó Aitana—. ¡Deja de ser tan cabezón! Estoy bien. Llamaré a Carol para que me acueste. Por la noche no me pasará nada y siempre puedo llamarte si ocurriese alguna emergencia.

—¿Estás bien? —La carcajada seca de Javier resonó demasiado alta para el gusto de Aitana—. ¿A quién pretendes engañar? ¿Crees que no me he fijado en cómo contraes la cara de dolor o cómo te masajeas la pierna cada dos por tres? Deberías dejar de preocuparte por los demás y tomarte la medicación.

—Ya sabes cómo me dejan esos medicamentos. No quiero estar drogada para cuando vayamos al hospital.

—Apenas son las once, la visita no es hasta las seis y media de la tarde. Tómate un comprimido, descansa hasta el almuerzo y seguro que a las seis ya estás mucho mejor.

—No.

—Además, me harás un favor. Mientras estés así no me apartaré de tu lado, pero si sé que estás dormida, podré adelantar un poco de trabajo y centrarme en aplacar a Sara —insistió Javier.

—¿Acabas de chantajearme? —Aitana arqueó una ceja.

Una sonrisa ladeada se extendió por el rostro de Javier.

—Llámalo como quieras. No conseguirás hacerme sentir culpable, de modo que ni lo intentes.

—Dame esa maldita pastilla —refunfuñó Aitana.

—¡Esa es mi chica! —Él se levantó de un salto y se fue hacia ella.

Los ojos de Aitana se abrieron horrorizados al descubrir a Sara en el umbral con una bandeja de vasos, mirando llena de desconfianza de uno a otro. Asustada, Aitana le lanzó una silenciosa advertencia a Javier y rezó para que no se le ocurriera darle uno de esos besos o abrazos fraternales que solían compartir.

—Las medicinas están en el neceser rosa, sobre la mesita de noche —le comunicó con frialdad.

Los ojos masculinos se encogieron apenas un segundo, el tiempo suficiente como para darle a entender que había entendido el mensaje.

## Capítulo 4

—¿Javi? ¡Javier! —A pesar de que la voz femenina poseía una cualidad melódica, a Rocío comenzaba a sonarle como el chirrido de una tiza.

Tras enjuagar el pincel en el vaso de agua, lo soltó sobre el papel de periódico y se pasó el reverso de la mano por la frente. ¿Es que esa mujer iba a pasarse todo el santo día llamando a Javier? Ni que su hermano no tuviera otra cosa que hacer que estar pendiente de ella. Apenas había pasado seis o siete horas en su hogar y ya se arrepentía por haberse dejado llevar por su conciencia y haber consentido que se quedara. El apartamento era la herencia de sus padres. Les pertenecía a ambos y Javier no tenía derecho a hacer lo que le diera la gana sin consultarla primero. Si, incluso con el bochorno que había pasado esa mañana, ya le entraban ganas de estrangularla, ¿qué le esperaba después de unos días conviviendo con Aitana?

Cuando las voces comenzaron de nuevo, contó de diez a cero.

—Compasión y comprensión —repitió en un murmullo bajo, como si fuese un mantra.

¿Y si estaba dejándose llevar por la irritación? ¿Y si era algo urgente para variar, no como la docena de veces anteriores? Se levantó con un suspiro. Encontró a Aitana en el salón, al lado de la ventana, con el televisor encendido a pesar de que no le prestaba atención.

—Creo que Javi ha salido a comprar algo para la cena —la informó.

Estuvo por preguntarle qué era lo que necesitaba, pero en cuanto reparó en el ceño fruncido de Aitana, decidió que sería algo que podía esperar.

—¿Va a tardar?

Rocío contó hasta tres. ¿Quién se creía que era para hablarle con aquel tono exigente? Ni que fuese su chacha. Puso todo su empeño en ignorar la vocecita en su mente que le advirtió que se lo tenía merecido después de que Aitana la hubiese oído aquella mañana.

—Pues la verdad es que no lo sé. No tengo ni idea de si hay cola en la tienda o si ha aprovechado para ir a hacer otros mandados. A veces tarda cuando sale. ¿Te urge mucho?

—Tengo sed.

Ella parpadeó. ¿Eso era todo?

—Ah, bueno. Hay agua en el frigo. Estás en tu casa. Eres libre de moverte a tu antojo por aquí.

—Estoy en silla de ruedas, por si no te has dado cuenta —masculló Aitana como si acabase de insultarla.

Su respuesta la dejó tan descolocada que no supo si romper a reír o explicarle que ir en silla de ruedas no la convertía en una emperatriz rodeada de sirvientes dispuestos a dar su vida por ella. Cuando comprendió que decirle lo que pensaba solo empezaría una de sus batallas verbales, se fue hacia ella y cogió los mangos de la silla.

—¿Qué haces? —Aitana se puso rígida y se aferró al apoyabrazos.

Rocío sonrió para sus adentros cuando percibió el ligero toque de alarma en su voz. Tal vez la

señora no era tan valiente como trataba de aparentar.

—Llévate a la cocina, ¿qué sino? —le explicó con calma.

—¿Para?

—¿No has dicho que tenías sed? —Se aseguró Rocío con fingida inocencia.

—¿Y?

Reteniendo un bufido, Rocío la dejó frente al frigorífico.

—Dentro tienes una botella de agua. En el lavavajillas hay vasos limpios. Lo encendí después del almuerzo. Le diré luego a Javi que te deje alguno aquí en la rejilla del fregadero, por si quieres beber.

Y con eso, y sin pensárselo mucho, regresó a su habitación, dejando que se las apañara por sí misma. Al sentarse y coger de nuevo el pincel para mojarlo en la acuarela, se detuvo por unos instantes para oír los sonidos en la cocina. Sonrió. Puede que no fuese la amabilidad en persona, puede que ni siquiera fuese buena persona, pero ya era hora de que alguien le enseñase a esa mujer que no era el ombligo del mundo y que estar en silla de ruedas no era excusa suficiente como para manipular a los demás.

—No me quieres aquí.

Rocío detuvo el trazo con el que había estado a punto de definir el borde de la flor que había estado dibujando y se giró hacia la puerta abierta de su habitación, desde donde la contemplaba Aitana.

—No recuerdo haberlo negado. Creo que escuchaste la conversación que tuve con mi hermano.

—Me habrías hecho un favor si te hubieses mantenido en tus trece. —Aitana alzó la barbilla.

Probablemente habría sido un favor para ambas, pero, por algún motivo, a Rocío le molestó que no fuese más agradecida con el gesto que su hermano había tenido con ella. ¿Cuántos hombres habrían hecho lo que él cuando eran meros amigos?

—Claro, habría sido bastante más conveniente para ti si Javi se hubiese ido contigo a tu casa y lo hubieses podido tener como tu esclavo personal las veinticuatro horas del día, ¿no?

—No le pedí a tu hermano que se quedase conmigo.

—No, pero al parecer tu madre sí.

—Y supongo que eso me convierte en culpable ¿no? —preguntó Aitana con ironía.

A Rocío le habría encantado poder decir que sí, en especial por el reto que encontró en los ojos azules, pero no habría sido honesta de hacerlo.

—Tampoco te concede el título de la víctima, por mucho que eso te gustara.

—No me estoy haciendo la víctima.

—Ah, ¿no? ¿Y qué exactamente crees que estás haciendo? —Rocío se mordió los labios ante el dolor que cruzó sus ojos.

—¿Tienes la más ligera idea de lo que es estar atada a una silla de ruedas?

—No, no lo tengo, y siento que lo estés.

—¿Y entonces por qué te comportas como una perra insensible?

Rocío se clavó las uñas en las palmas. No es que no se lo hubiese merecido, pero no por ello escocía menos que la llamaran así.

—¿Por qué quieres tú que los que te rodean estén tan atados a esa silla como tú? ¿Cuántas veces rechazaste a Javi en el pasado? ¿No es lo suficientemente bueno para ser tu pareja, pero sí para ser tu sirviente? —En vez de esperar una respuesta, Rocío se levantó y le cerró la puerta en las narices.



Terminó apoyada contra la pared, con la mano en el pecho y tratando de apaciguar el acelerado latido de su corazón. ¿Qué demonios le estaba pasando? Acababa de comportarse como una auténtica cabrona y, aun a sabiendas de que lo estaba siendo, no había sido capaz de parar. ¡Dios! Esa mujer probablemente necesitaba que alguien la comprendiese y apoyase. ¿Y qué había hecho ella? Acribillarla sin piedad.

Lo peor era que estaba segura de que Aitana se lo iba a contar a Javier y de que este vendría a demandarle respuestas. ¿Qué iba a contarle? ¿Que por algún motivo que desconocía, Aitana sacaba lo peor de ella? ¡Dios! ¡Si Aitana no se marchaba pronto de allí no iba a poder mirarse ni al espejo del asco que se daba ella misma!

Con la inquietud que otorga una conciencia alterada guardó las acuarelas y los pinceles. Incapaz de estarse quieta y sintiéndose como un animal enjaulado en su habitación, se tiró sobre la cama con el portátil. Sus dedos volaron sobre el teclado por voluntad propia, hasta que se encontró frente a frente con el semblante lleno de felicidad de la nueva novia de Raúl. Le bastó leer el mensaje del post para comprenderlo. La madre de Raúl les había regalado una experiencia en los baños turcos a la feliz parejita. Un amargo sabor de traición le inundó el paladar. ¿Tan poco le había importado a su suegra que ya se estaba deshaciendo en favores con la nueva nuera? Llevaba desde los veinte con Raúl. ¡Trece años! ¿Cuándo le había regalado a ella algo así? Lo más que solía recibir en sus cumpleaños y las Navidades eran trastos de cocina.

Furiosa, dirigió el puntero a la esquina de la ventana y cerró Facebook. Se acabó. Era hora de rehacer su vida. ¿De qué servía que provocase a Aitana para reaccionar si ella misma se comportaba como una víctima? Con los labios apretados escribió «página de contactos» en el buscador de Google.

Tal vez Aitana no fuese la única que necesitara un puntapié para poner su vida en orden, por desgracia, al contrario que Aitana, ella no tenía a nadie que se lo diera, excepto ella misma.

## Capítulo 5

Por la suavidad con la que llamaron a la puerta, Rocío supo de inmediato que era su hermano.

—Adelante.

Javier asomó la cabeza.

—¿Podrías echarnos una mano? Vamos a llevar a Aitana al hospital a visitar a su madre. Sara ya ha ido a por el coche para aparcarlo delante de la puerta, pero necesito que alguien baje la silla de ruedas mientras yo cojo a Aitana en brazos.

Rocío puso una mueca.

—Ufff, Aitana es delgada, pero con lo alta que es los cincuenta kilos no hay quien se los quite.

—Conseguí subirla aquí, imagino que seré capaz de volver a bajarla —contestó Javier con semblante inexpresivo.

Ella se puso a sudar solo de pensar en los cinco pisos que tuvo que subir con aquella carga.

—Está bien. —Rocío se levantó con un suspiro y repescó las zapatillas de debajo de la cama.

—Hay algo más. —Su hermano titubeó.

—¿Qué?

—Alguien tiene que quedarse con ella en el hospital hasta que regresemos. El horario de visitas de la UCI comienza a las seis y media, y yo tengo una presentación a las siete.

Rocío cerró los ojos y sacudió la cabeza. Estuvo a punto de negarse, de explicarle que no podía estar con Aitana, que esa mujer la hacía comportarse como una arpía endemoniada, el problema era que no tenía muy claro cómo llegaría a sentirse si no echaba una mano en un momento así. Aunque no lo hiciera por Aitana, debía hacerlo por su madre. Estaba convencida de que la mujer necesitaba ver a su hija y confirmar que se encontraba bien.

—Sal. Necesito vestirme. —Cuando le puso la mano en el pecho para empujarlo fuera de su cuarto, Javier le dio un beso en la frente.

—Gracias, Ro. Sé que te está costando, pero solo serán unos días, de verdad.

—Largo. —Rocío trató de sonreír—. No queremos que le pongan a Sara una multa por aparcar en doble fila, ¿verdad?

Lo de ayudar fue más fácil decirlo que hacerlo. Apoyando la silla de ruedas en el descansillo de la segunda planta, Rocío se secó la frente húmeda e inspeccionó la silla con desdén. Ya podían diseñar aquellos trastos un poco más livianos. ¿Acaso no tenían en cuenta que había gente que seguía viviendo en pisos antiguos sin ascensor? Cuando oyó los pesados pasos de Javier al bajar, volvió a coger la silla y siguió su camino para no entorpecerle el paso. Maldijo cuando golpeó con la carrocería la barandilla de aluminio haciendo que resonara como un trueno por el edificio. Saludó a la vecina chismosa del segundo, que sacó la cabeza ante el jaleo y siguió como pudo por el estrecho espacio.

—¡Ay, por Dios! ¡Cómo lleváis a la pobre criatura! ¡A ver si se os va a caer por las escaleras!

En el recodo, Rocío les echó un vistazo a su hermano y a Aitana. No le extrañaba que la vecina tuviera miedo de que acabaran rodando por las escaleras. El rostro enrojecido de Javier estaba punteado por enormes goterones de sudor que resbalaban con parsimonia por su tez. Aitana, por su parte, le ganaba en la tonalidad escarlata de las manchas que le cubrían cara, cuello y parte del escote. Lo peor, sin embargo, era su mueca de dolor.

Incapaz de presenciarlo sin que se le encogieran las entrañas, Rocío se apresuró en descender el último tramo para dejar la silla preparada. La pareja del tercero que se cruzó con ellos retrocedió, cediéndoles el paso por las escaleras. Si le hubiesen quedado fuerzas, Rocío se habría parado a decirles que, en vez de poner aquellas caras compungidas, bien que podrían echarles una mano. ¡Idiotas egocéntricos! La gente se hinchaba de hablar de lo mal que iba el mundo y de que las personas deberían ser más generosas con los demás, pero cuando surgía la ocasión de arrimar el hombro, nadie hacía nada. Procuró ignorar la voz de su conciencia que le recordó que ella, en el fondo, había actuado incluso peor ante la noticia de que Aitana iba a quedarse con ellos.

Para cuando llegaron a la planta baja, Aitana prácticamente se deslizó de los brazos agarrotados de Javier a la silla. Con un largo quejido, su hermano estiró los brazos y la espalda. Aitana, por el contrario, permaneció en silencio, con la cara roja y la mirada ausente mientras se masajeaba la rodilla izquierda.

—¡Mierda! Se nos ha olvidado que la salida a la calle tiene otros cinco escalones —gimió Javier—. Vamos a tener que cogerla entre los dos. Tengo el lumbago más tenso que la cuerda de una guitarra. Coge tú los mangos para rodar la silla despacio hacia abajo mientras yo sujeto la parte delantera para evitar que se vuelque.

Rocío asintió. Aitana continuó callada, con la mirada fija en su regazo, como si aquello no fuese con ella. La cosa no cambió durante el trayecto al hospital. Mientras Javier y Sara discutían sobre los detalles de la presentación, Rocío y Aitana permanecieron sentadas en silencio en sus respectivos rincones de la parte trasera del coche. No era como si en otras ocasiones hubiesen conversado mucho más, pero el desasosiego que se respiraba era diferente esta vez. Sin poder evitarlo, Rocío le dirigía miradas de reojo. Casi parecía una estatua, si no se tenía en cuenta la inmensa tristeza con la que miraba por la ventanilla. Era una tristeza que partía del alma y parecía arroparla con su manto, una tristeza que casi se podía oler y tocar; una que de alguna forma ella reconocía y que comprendía.

Odiaba las salas de espera de las UCI. Rocío se abrazó. Era el lugar en el que la gente esperaba la muerte de sus seres queridos, el punto de encuentro en el que las familias se reunían tras el accidente de un allegado y donde compartían sus primeras lágrimas y lloros. Era un sitio frío e impersonal que acentuaba la soledad de uno y lo hacía vulnerable al sufrimiento y la desolación que dominaba el ambiente. Resultaba difícil no dejarse contagiar por los rostros atormentados o aquellos otros que se habían vuelto insensibles, sin el menor rastro de ilusión o esperanza, tras horas, días o incluso semanas de regresar una y otra vez a aquel maldito sitio.

Puede que fuese porque quería escapar de allí y alejarse cuanto pudiera que dio un salto y hasta se alegró cuando por la puerta oscilante apareció Aitana empujada por un celador.

—¿Cómo ha ido todo? Gracias —Rocío le dedicó una sonrisa al hombre al hacerse cargo de los mangos de la silla.

—Bien. —El tono de Aitana era tan vacío, tan carente de emociones, como lo estaba su semblante.

—¿Qué tal está tu madre? —Tras llenar sus pulmones con el aire fresco de la calle, Rocío se

dirigió calle arriba.

—Bien.

—¿Hay algún problema si cuelgo mi bolso en la silla?

—No.

—Genial —masculló Rocío. Cruzó la calle hasta la plaza y se acercó a un banco—. Sara y mi hermano aún van a tardar un poco antes de recogernos. ¿Te parece bien que los esperemos aquí o prefieres ir a una cafetería o a algún otro sitio?

—Puedes dejarme aquí si quieres. Puedo esperar sola.

Decidida, Rocío giró la silla hacia el banco y se sentó.

—Aitana, vamos a ser honestas. Me caes como el culo, siempre lo has hecho y es muy posible que sigas haciéndolo en el futuro.

—¿Esperas que te dé las gracias por tu despliegue de sinceridad o prefieres que te toque las palmas? —preguntó Aitana con un deje amargo en su voz.

—No, lo que quiero es que lo entiendas y que aceptes mis disculpas.

Aitana arrugó el entrecejo.

—¿Perdón?

—Lo de explicarme no es lo mío. —Rocío se pasó los dedos por los ojos—. Escucha, siento las barbaridades que he ido soltando a lo largo del día. Que no me caigas bien no quiere decir que posea el derecho a ser insensible y egocéntrica. No suelo ser así. Me has cogido en un mal momento y lo he pagado contigo. Esta mañana no sabía que estabas ahí y lo dije sin pensar, y esta tarde... La verdad, no sé qué me pasó esta tarde. Pero he tenido tiempo de pensar en ello y quería que supieras que durante lo que dure esto puedes contar conmigo. No prometo ser una santa, pero pondré de mi parte.

—¿Y a qué se debe ese cambio repentino y ese alarde de generosidad?

A Rocío no le pasó desapercibido el sarcasmo de Aitana, pero decidió pasarlo por alto.

—Te vi la cara cuando Javi te estaba cargando por las escaleras. No sé qué sentiste exactamente, pero sé que no fue una experiencia agradable y lo siento.

—¿Qué supones que sentía? —Aitana arqueó una de sus cejas con uno de esos ademanes burlones que tan característicos habían sido en la Aitana anterior al accidente, aunque Rocío no se dejó engañar, quizá fuese por la palidez, o las ojeras, pero la vulnerabilidad estaba ahí, claramente reflejada en sus ojos.

—¿Quieres la verdad?

—Es la única que me interesa.

—Dolor, impotencia. —Rocío le mantuvo la mirada—. Y vergüenza, imagino que por no poder hacer nada y ser el centro de atención de la gente.

En su regazo, los dedos entrelazados de Aitana se agarrotaron durante el largo silencio que siguió, como si estuviera librando una lucha en su interior.

—Frustración de no poder contribuir cuando se trata de ti misma y tener que depender de los demás. —El murmullo de Aitana fue casi inaudible—. Cansancio por ser una constante carga y de que la gente me tenga lástima. Soledad e incomprensión.

Eso último era algo que Rocío entendía a la perfección. Probablemente fuera la primera vez desde que la conocía en la que tuvieran algo en común. Suponía que, en cierto sentido, Aitana estaba tan atrapada en su presente como ella lo estaba en su pasado.

—Lo siento. —Rocío le posó la mano sobre las suyas.

—No necesitas hacerlo. —Aitana apartó las manos con brusquedad.

—Escucha, ¿por qué no fumamos la pipa de la paz y empezamos de cero?

Los ojos de Aitana se quedaron fijos en la mano que Rocío había posado en su rodilla.

—Hace tiempo que he dejado de fumar, además, la gente sobreestima los nuevos comienzos. ¿Qué aprenderíamos en la vida si nunca avanzamos? —se mofó Aitana.

El resoplido de Rocío le salió de lo más profundo de su ser.

—Estoy tratando de poner de mi parte para que nos llevemos bien mientras no nos queda otra que convivir, ¿no podrías hacer tú lo mismo?

Aitana se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—¿Y aceptar que me tengas lástima o que me trates como si en vez de mi cuerpo lo que se hubiese atrofiado hubiese sido mi mente? O mejor aún, ¿qué tal si nos juntamos las dos, nos cogemos de la manita y nos autocompadecemos juntas? No, gracias. Prefiero a la niña que me ve como una garrapata molesta a doña generosa que se ocupa de una lisiada para sentirse mejor consigo misma.

## Capítulo 6

Aitana no tenía claro qué era lo que le resultaba más incómodo, si el farfulto de Javier mientras no paraba de echar ojeadas disimuladas a la puerta o la actitud de Rocío, que revisaba el baño como si estuviera preparándose para un examen, en un repentino afán por tener hasta el más mínimo detalle controlado. Entre los dos conseguían que se sintiera como el sujeto de un experimento científico altamente peligroso, en vez de una persona que iba a tomarse una simple ducha.

—¿Seguro que os las vais a poder apañar por vosotras mismas? —Ante la mirada fulminante de su hermana, Javier se rascó la nuca—. Sí... bueno... pues ya me avisáis cuando estéis listas o necesitéis ayuda —se despidió, escapando precipitado de un espacio que él consideraba definitivamente como territorio no apto para hombres.

—Bien, pues vamos allá. —La fingida energía de Rocío le crispaba los nervios a Aitana.

Durante toda la tarde se había negado en redondo a tenerla cerca o a llamar su atención. Que aquella mañana la llevase a la cocina para echarse ella misma un vaso de agua le había escocido más que si le hubiese volcado un bote de sal en el ojo, pero, visto en retrospectiva, lo prefería a la actitud servicial que había adquirido desde que habían salido del hospital. Aitana apretó los labios. De considerarla una inepta caprichosa, Rocío había pasado a clasificarla como una pobre inválida que necesitaba ayuda, *su* ayuda, para ser más específicas.

Jamás había tratado de oponerse cuando su madre la desvestía y la ayudaba a asearse. Lo había aceptado como parte de su día a día, como algo normal. Para su madre era una forma de darle sentido a su vida y a aquella nueva situación en la que se encontraban atrapadas ambas y, para ella... Para ella era una manera de dejarse querer y de no tener que enfrentarse a la mierda en la que estaba hundida hasta las orejas.

Pero Rocío no era su madre y hasta la última célula de su cuerpo se resistía a que la mujer frente a ella la viera como una muñeca de trapo rota e incapaz de ocuparse de sí misma. No había nada en aquella compasión que pudiera equipararse al cariño que le dispensaba su madre y, aun cuando ambas hacían lo mismo, la intención que se ocultaba tras sus acciones era muy diferente.

—Antes, cuando me acusaste de haber estado jugando con tu hermano y haberme dedicado a darle calabazas...

La voz le salió algo áspera después de horas sin hablar y de tener la garganta reseca.

No se había atrevido a pedir agua, y mucho menos había querido ir ella misma a la cocina. Hacerlo habría sido como admitir ante los demás y ante ella misma que había estado actuando como una niña consentida.

—¿Sí? —Rocío se acuclilló para quitarle los zapatos y los calcetines.

—Hay un motivo por el que no podía estar con él, por muy bien que nos llevemos.

Rocío arqueó una ceja y le abrió los botones del pantalón.

—¿Crees que puedes alzarte sobre los brazos para que yo pueda tirar, o debería llamar a Javi?  
—Rocío zarandéó del pantalón mientras ella se alzó con brazos temblorosos. Aitana odiaba aquella constante debilidad que parecía dominarla. La vacilación en los movimientos de Rocío señaló el momento exacto en el que descubrió la maraña de cicatrices en su muslo derecho.—  
¿Estabas con otra persona? —Distraída, Rocío terminó de bajarle las perneras hasta los tobillos.

Que Rocío hiciera como si no hubiese visto las horrendas marcas del accidente solo consiguió que Aitana se reafirmase en su ansia por desestabilizarla. No quería que le tuviera lástima. No ella.

—A veces, sí, aunque no era el motivo principal. —Aitana siguió con una secreta anticipación cómo Rocío doblaba con cuidado la ropa para dejarla encima del lavabo.

—¿Entonces?

Tres, dos, uno... ¡Bomba va!

—No me van los hombres.

El movimiento de Rocío se congeló durante varios segundos, como si su cerebro requiriera un reseteado para afrontar la conmoción que acababa de sufrir.

—¿Eres...? ¿Tú?

—¿Soy qué? ¿Gay, lesbiana, tortillera? —La provocó Aitana alzando altiva la barbilla—. Imagino que debería responder que sí, aunque nunca he sido muy fan de las etiquetas. Tortillera me parece ofensivo y lesbiana me suena fatal. Apuesto a que fue un hombre el que tuvo la genial ocurrencia de llamarnos así. Prefiero «mujer» a secas y que los demás se metan en sus propios asuntos en vez de buscar calificativos con los que definirme.

—Lo siento, yo... No pretendía... No quería ofenderte.

—No lo has hecho.

—No me parece mal, de hecho, me parece genial.

—Genial —repitió Aitana con lentitud.

¿Dónde estaba la sensación victoriosa que debería haber experimentado con el balbuceo atropellado de Rocío? ¿No era justo aquello lo que había pretendido?

—¿Pero...? —Rocío se mordió los labios.

—Pero ¿qué? —Aitana ya no se conformaba con escandalizarla, quería que reaccionase de manera desmedida, que se asustara, quería perturbarla tanto que huyera despavorida, cualquier cosa con tal de resquebrajar la cortés indiferencia que Rocío había estado fingiendo a lo largo de la tarde para ocultar su compasión.

—Siempre has sido tan femenina... jamás habría pensado que...

—Me siento femenina. —Aitana la estudió con la cabeza ladeada—. ¿Crees que es incompatible con amar o desear a otra mujer?

Rocío abrió la boca y acabó por cerrarla.

—No.

—¿Alguna vez has deseado a una mujer?

El ligero rubor que cubrió la tez de Rocío consiguió que su corazón se saltase un latido.

—Tienes razón, es una pamplina. Que seas más o menos femenina no tiene nada que ver con lo que sientes por otras personas. —Rocío sacudió la cabeza, le dio la espalda y abrió el grifo—. Siempre he considerado que es un tema que debería tratarse con mayor profundidad en los centros educativos. Es ridículo que nos hagan estudiar al más mínimo detalle la reproducción de una ameba o que memoricemos el peso de un átomo pero que no nos enseñen a comprender la sexualidad y las emociones humanas.

¿Ahora iba a hablarle de educación? Aitana la estudió a través del espejo. ¿Eran imaginaciones suyas o Rocío había cambiado de tema para no responderle? Aun cuando pareció aceptar su revelación con más naturalidad de la que había anticipado, fue evidente que Rocío estaba retrasando el momento de acercarse de nuevo a ella para terminar de desvestirla. Posiblemente, debería haberla librado de aquella responsabilidad, señalándole que podía deshacerse de su blusa ella misma, en especial cuando no hacerlo la hacía parecer una inútil, pero su curiosidad y su ansia por alterarla le ganaron la batalla a su orgullo herido.

—Ahora me tienes aquí. —Aitana no perdió de vista el semblante de Rocío mientras le desabrochó con manos inestables los botones de su blusa—. Pregúntame lo que quieras.

—¿Javi lo sabe?

Aitana intentó contener su reacción cuando los dedos de Rocío le rozaron sin pretenderlo los senos. Rocío también se había dado cuenta. La delató el modo en que el ligero tono rosado de sus mejillas se tornó más intenso.

—A estas alturas sí —confesó Aitana.

—Vaya, nunca me había comentado nada.

—¿Debería haberme puesto un cartel en la espalda para que el universo entero lo sepa? —La ironía en su tono salió más áspero de lo que había pretendido.

—No, no. No me refiero a eso. —Se apresuró a aclarar Rocío—. Es solo que habría esperado que me hubiese contado el motivo por el que lo vuestro no funcionó.

Aitana apartó la mirada. Era su turno de sentirse incómoda. Había cosas para las que aún no estaba preparada para confesar.

—¿No puede ser que a lo mejor le hirió su amor propio que una mujer pudiera preferir a otra en vez de a él?

—¿Javi? No. Él no es así. —Rocío negó con una seguridad absoluta.

—¿Y tú? ¿Irás ahora por ahí contándoselo a todo el mundo? —indagó Aitana.

En realidad le importaba un pepino, pero era una buena forma de cambiar de tema.

—¿Yo? ¿Por qué habría de hacerlo? —Rocío alzó la cabeza y la miró sorprendida.

—¿Entonces por qué te extraña que Javi no lo difundiera?

—¿Te avergüenzas de ser... homosexual? —La idea parecía alterarla tanto que se detuvo a estudiar a Aitana.

—No.

—¿Entonces por qué te escondes?

—No me escondo. ¿Tú vas por ahí presumiendo de cómo te gustan los hombres? ¿O la postura en la que más disfrutas haciendo el amor? —espetó Aitana con sarcasmo.

—Vale, creo que he cogido la idea. Tienes razón. Lo siento. Ha sido una pregunta estúpida. —Rocío sacudió la cabeza y comenzó de nuevo a desvestirla.

—No me considero diferente a ti o a cualquier otra persona.

—No tienes motivo para hacerlo.

El cuarto de baño se llenó de un incómodo silencio cuando Rocío le abrió el sujetador. Lo que Aitana no habría sabido decir era si se debía al entramado de cicatrices que cubría parte de su cintura y abdomen o a que sus pechos quedaron al descubierto.



## Capítulo 7

*Las sedosas manos exploraron sus pechos con una delicadeza extrema, casi reverente, antes de que uno de sus pezones fuese atrapado en el calor húmedo de su boca. Rocío arqueó la espalda, ofreciéndose al placer. Jamás nadie le había hecho el amor así y aquella mezcla de tierna seducción, tintada con una irrefrenable pasión, era justo lo que necesitaba, lo que siempre había anhelado.*

*Sus dedos se hundieron en la almohada cuando los labios fueron descendiendo por su cuerpo con efímeros besos que, aquí o allá, eran reemplazados por el suave raspado de dientes e imaginarios dibujos con la lengua sobre su estómago.*

*Su vientre se contrajo en anticipación cuando le separaron los muslos y un ardiente aliento acarició sus pliegues entreabiertos, pero nada de aquello la preparó para el rayo de placer que la atravesó ante el repentino despliegue de ansia voraz con la que aquella boca se lanzó a devorarla, ni para la invasión de la lengua que la obligó a rendirse a su irreverente conquista.*

*Su cuerpo tembló de necesidad, sus caderas se alzaron desesperadas y sus dedos se aferraban a cualquier cosa que encontraran a su paso y que le proporcionara la más mínima ilusión de control y estabilidad mientras sus jadeos, cada vez más fuertes, la fueron dejando ronca. Con un último resquicio de conciencia alzó la cabeza para encontrarse con los ojos azules que la observaban por encima de su monte de Venus, y aquel fue el principio y el fin de todo.*

*—¡Aitana!*

*El placer estalló en su vientre con gigantescas olas que arrasaron su cuerpo como si fuese poco más que una extensa playa al capricho de la indomable naturaleza.*

Rocío despertó con un jadeo y con el corazón bombeándole como si quisiera atravesarle el pecho. Los últimos remanentes de placer aún la recorrían, sus pechos seguían sensibles y una traidora humedad se extendía entre sus muslos, obligándola a enfrentarse al sueño que acababa de tener.

Girándose, se tendió bocarriba, separó las piernas y contempló el techo. Todo había sido tan real que aún estaba empapada en sudor y tratando de recuperar el aliento. ¡Dios!

Incapaz de enfrentarse al cúmulo de sentimientos y pensamientos que la embargaban, huyó al baño y se metió en la ducha. Si hubiese sido con cualquier otra persona, se habría recreado en aquel sueño, pero no había sido con un hombre, y ni siquiera con una mujer de fantasía, no, había sido con Aitana. Aitana, la mujer que la irritaba sobremanera y con la que no había parado de soñar desde las confesiones que le había hecho cinco días antes.

—Genial, te estaba buscando. —Javier la interceptó al salir del baño—. Ro, tengo que salir. ¿Te vas un rato al salón? —le pidió por lo bajo, probablemente para que no llegara a enterarse

Aitana.

Rocío tragó saliva. Aitana era la persona a la que menos deseaba ver en aquel momento.

—Necesito vestirme.

Fue consciente de lo patética que había sido aquella excusa incluso antes de que su hermano le respondiera.

—Vale, ve cuando acabes.

—¿Cuándo volverás hoy?

Rocío suspiró en rendición. Se había convertido en una rutina que cuando él se iba, ella se quedara a hacerle compañía a su invitada.

—Estaré de vuelta para la hora del almuerzo —prometió Javier.

—¿Ya se ha tomado la medicación?

No tenía muy claro por qué preguntaba. La mayoría de los días, al menos por la mañana y por la noche, Aitana era capaz de matar por los dichosos analgésicos que le anesthesiaban el dolor. En parte por eso prefería evitarla. Mientras más le dolía, más arisca se volvía Aitana y menos le permitía su propia consciencia reaccionar en consecuencia.

—Sí, está viendo la tele.

—¿Alguna vez hace algo diferente?

—¿Tiene algo diferente para hacer? —le preguntó él con un semblante serio.

A ella se le ocurrían decenas de respuestas, pero, para todas y cada una de ellas, era necesario que Aitana pusiera de su parte. Prefirió callarse. Javier defendería a esa mujer a muerte, hasta cuando no tuviera razón.

Tal y como le había predicho su hermano, encontró a Aitana en el salón. Entró sin hacer ruido, dejó su taza de té en la mesa y montó su portátil. Se sentía como quien entra en la cueva de un dragón que está durmiendo con los ojos abiertos. Mientras consiguiera no despertarla y llamar su atención, se encontraba a salvo. Por desgracia, esa situación no solía durar demasiado y al final, la dragona Aitana, terminaba por enseñarle sus afilados dientes mientras amenazaba con engullirla y escupir sus huesos.

Deseando olvidarse de Aitana y de sus malditos sueños, entró en su ordenador y metió la clave de la plataforma de citas. Estaba claro que había llegado la hora de admitir que necesitaba relacionarse con otras personas y calmar sus instintos fisiológicos más básicos. Suponía que podía considerarse afortunada por tener a un par de candidatos entre los que elegir, aunque en el fondo fuesen desconocidos.

—¿Por qué no paras de hacer muecas ante el ordenador?

Rocío alzó la cabeza y parpadeó desorientada. No supo muy bien lo que contestar ante los inquisidores ojos que la observaban. Llegar a confesarle que estaba metida en una web de contactos ya era humillante, pero contarle además que el tipo que en los últimos dos días le había parecido un hombre serio y formal, y con el que había aceptado ir a cenar el sábado, le acababa de pedir que le enviase una foto de sus pies, era algo que pasaba a otro nivel.

Puede que si hubiesen sido amigas se lo hubiese contado, puede que incluso se hubiesen reído juntas del hecho de que el muy idiota le había especificado que le producía morbo que se pintase las uñas de color rojo sangre y que le encantaría que se colocara un anillo en uno de los dedos y que usase unas sandalias negras con tacones de diez centímetros de altura.

—¿Y bien? —Los labios de Aitana se fruncieron con mofa—. ¿Tan malo es que no puedes decírmelo?

¡Sí! De todos modos, no pensaba revelarle confesiones tan íntimas, pero comenzaba a hartarse

de las continuas puyas y provocaciones de Aitana. ¿Por qué demonios la tenía cogida con ella? Se había estado esforzando estos últimos días para que se llevaran bien, pero por más que lo tratara, no había manera.

—No creo que sea asunto tuyo.

Cuando Aitana achinó los ojos con expresión calculadora, ella la ignoró y devolvió su atención a la conversación con el tipo de la página de contactos. En cuanto vio la pantalla tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no poner otra mueca. ¡El capullo le había enviado la imagen de una modelo para mostrarle cómo quería que llevase los pies a su cita! ¿Y qué significaba eso de «seré tu esclavo si lo haces»? ¡La madre que lo parió! El tío era rarito de cojones.

—¿No tendrás por casualidad unas vendas y un esparadrapo? Me estoy rozando el muslo contra la silla, y me saldrán llagas si no me protejo la piel.

—¿No sería mejor que te pusieras un pantalón largo?

Rocío estudió sus piernas. Aparte de las cicatrices rojizas en su rodilla y muslo, su piel seguía tan inmaculadamente blanca como de costumbre, sin embargo, si algo había aprendido durante los últimos días, era que cuando a la falta de movilidad de cintura para abajo se sumaba la ausencia de sensibilidad en una pierna, o permanecer mucho tiempo sentada o tendida, surgían bastantes más problemas de los que nunca se hubiese planteado.

—Si no supiera que me cuidas tanto, diría que quieres verme sudar como un cochinito —replicó Aitana con ironía.

Rocío se mordió los labios. Un día de estos la iba a mandar a tomar viento fresco. Cada tarde, cuando iba con ella al hospital a visitar a su madre, recordaba los motivos por los que no debía comportarse como una arpía con Aitana, pero la única razón por la que en ese momento no la mandaba a la mierda era porque parecía ser precisamente lo que estaba buscando. ¿Le molestaba su amabilidad? Pues que se preparara, le iba a dar bastante más que eso.

—No creo que haya esparadrapos, cariño. ¿Qué tal una toalla? —le ofreció con su sonrisa más servicial y empalagosa—. Serviría para cubrir los filos y mantener tu piel protegida.

Aitana entrecerró los ojos en dos finas ranuras.

—Mejor una sábana o algo que tenga una tela más suave que no me frote.

—Por supuesto, cielo, ahora mismo voy.

Cuando fue a minimizar la ventana que tenía abierta en el ordenador, se topó de frente con la imagen del tipo arrodillado ante ella. No supo qué le impuso más, si el que estuviera desnudo o la máscara negra con hocico de perro y orejas que le recordaba al Dios egipcio Anubis. Cambió a otra pantalla del navegador y salió apresurada del salón, aliviada de tener una excusa para huir y que Aitana no pudiera verle la cara. Al pasar por delante de la cocina entró a refrescarse la frente y las mejillas.

¿Qué diantres había sido eso? No es que no disfrutase de los juegos eróticos, ni tampoco se consideraba una estrecha de mente, pero que antes de una primera cita, el tío ya le dejase las cosas tan claras... ¡Ufff! No quería pasarse el resto de su vida azotándole el trasero a un sumiso bipolar y llamarlo perra mientras le chupaba los pies. Aunque suponía que siempre podía adiestrarlo para que le trajera las zapatillas y el periódico. Sacudió la cabeza con una risita tonta. ¡Ay, Dios! ¿Y cómo iba a quitarse ahora de encima a ese chucho de dos patas que llevaba el rabo entre las piernas? Se tapó la boca para que Aitana no la oyera reír.

Cuando regresó al salón, encontró a Aitana donde la había dejado, con el rostro algo colorado y sudoroso, como si hubiese realizado algún esfuerzo. Rocío echó un rápido vistazo a la pantalla

del portátil y exhaló aliviada cuando comprobó que estaba en el mismo portal de compras en la que la había dejado.

—Esto debería servir. —Le señaló las dos sábanas encimeras, pulcramente dobladas, que había traído—. También hay unas mantas polares pequeñas, serían más mullidas si vas a estar sentada encima. Lo que no sé es si te iban a dar demasiado calor.

—Sí, sí. —Aitana parecía no estar echándole ni puñetera cuenta.

—Entonces, ¿qué?

—¿Perdón? —Aitana alzó confundida las cejas.

—¿Manta polar o sábanas? —preguntó Rocío mientras alzaba las que había traído.

—Ah, si... Probemos primero con las sábanas, si no te importa.

—Vale. Levanta el trasero. —Rocío le colocó los suaves pliegos de tela poniendo un cuidado extremo en no rozarla. No estaba preparada para ello con el sueño aún tan reciente, aunque Aitana estaba tan ensimismada que de cualquier modo no se habría dado cuenta—. ¿Te ocurre algo? —preguntó al terminar.

—No. ¿Debería?

—Parece que estuvieras en modo automático. Actúas casi como un robot —se burló Rocío, asegurándose de que no quedase ninguna esquina suelta que pudiera enredarse en la rueda y colocándole bien los pies sobre el reposapiés.

—No, todo está bien.

Rocío asintió a pesar de que la voz distraída de Aitana contradecía sus palabras. Cuando se sentó ante el portátil reprimió un pesado suspiro. Se había olvidado de advertirle a su nueva *mascota* que tenía que regresaría en unos minutos y parecía que después de un rato de incertidumbre, en el que el tipo le preguntaba dónde estaba, había pasado a una fase de exigencias y luego a otra más agresiva.

¿Mojigata retrógrada? ¿Putas calentabraguetas? Parecía que para ser un hombre al que le gustaba que lo insultaran no se quedaba atrás en absoluto. Rocío no supo muy bien si sentirse ofendida o aliviada de que su cita del sábado se hubiese suspendido sin que tuviera que mover un dedo. Aunque, más que insultada por un imbécil que no parecía tenerlas todas consigo, se sintió deprimida. ¿En el fondo aquel capullo no tendría razón? ¿De qué servía ser abierta de mente, si luego nunca había puesto en práctica ninguna de sus fantasías, ni se había acostado nunca con otro hombre aparte de Raúl? Había sido virgen cuando se conocieron en el instituto y, desde el momento en que había entrado en su vida, los demás hombres dejaron de existir. Sus fantasías, sueños y planes habían estado centrados en él... o casi. Le echó un vistazo disimulado a Aitana y apartó la vista enseguida cuando la pescó.

—¿En qué estás pensando?

—En si soy una mozigata retrógrada. —Se arrepintió de haberlo dicho en el mismo instante en que lo soltó. Cuando Aitana abrió la boca para contestar, ella negó con la cabeza—. No quiero saber la respuesta —le confesó antes de cerrar el portátil y marcharse a su dormitorio.

Lo que pensase Aitana de ella no tenía importancia, o al menos no debería tenerla.

## Capítulo 8

Había pocas cosas que Aitana odiara más que el que Rocío asomase la cabeza al salón con aquella expresión cautelosa para comprobar cómo se encontraba, y una de ellas era la certeza de que la culpa de que ocurriera era enteramente suya. En su afán de evitar que le tuviera lástima o de que se percatara de lo que sentía por ella, estaba fomentando que Rocío la temiera a ella y a sus exabruptos. Que, además, a veces se dejase llevar por la irritación que le provocaba el dolor o los medicamentos, solo empeoraba la situación.

—Mi hermano me ha dado una pomada. Dice que tengo que darte un masaje en las piernas con ella.

«Y tú, por supuesto, siempre haces lo que te diga tu hermano». Fue el primer comentario mordaz que a Aitana se le vino a la mente. Por una vez apretó los labios y se mantuvo callada. Puede que a veces se comportase como una desquiciada caprichosa, pero no era lo suficientemente idiota como para negarse a sentir las delicadas manos de Rocío recorriendo su piel. Puede que fuese su única oportunidad de hacerlo y, si era así, no iba a desaprovecharla, ni siquiera, aunque fuese con aquella pastosa y maloliente crema que, en el fondo, carecía de efectividad.

—Haz lo que tengas que hacer —replicó con una indiferencia fingida.

Con un suspiro, Rocío pasó a la habitación, sacó el tubo anaranjado de la caja y usó el tapón para punzarlo. Como si de repente hubiese visto un cadáver, sus ojos se abrieron horrorizados, su tez adquirió un tinte amarillento y lanzando la pomada sobre la mesa salió corriendo con la mano sobre la boca. En menos de treinta segundos se escuchó cómo su estómago se vaciaba agónicamente en el cuarto de baño. Sin perder tiempo, Aitana fue en su busca.

—¿Qué has comido? Debe de... ¡mierda! —masculló Aitana cuando la cabeza de Rocío prácticamente desapareció en el inodoro.

No era como si no supiera a aquellas alturas lo que era sentirse impotente, pero la impotencia que la embargaba era de un tipo diferente. No tenía ni idea de cómo reaccionar o qué hacer viendo a Rocío tan mal, incapaz de ayudarla mientras la pobre seguía haciendo el esfuerzo por vomitar un alimento fantasma que ya hacía rato que no se encontraba en su estómago.

Maldiciendo para sus adentros, Aitana se dirigió a la cocina. Le entraron ganas de tirar trastos contra la pared cuando comprobó que no quedaban vasos limpios en el lavavajillas y que la vitrina se encontraba fuera de su alcance. Con el ceño fruncido repasó las posibilidades que le quedaban. Usar una olla iba a ser un poco exagerado. ¿Y el vaso medidor de la batidora? La torturada arcada proveniente del cuarto de baño no la dejó pensar.

¡Maldita sea! Era una adulta, y lo único que tenía atrofiadas eran las piernas, no su cerebro. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Como si la divina providencia la hubiese escuchado, sus ojos cayeron sobre el frigorífico. ¡A la mierda con los remilgos! Consiguió alcanzar la botella

con agua y la situó entre sus muslos. Rechinó los dientes ante el frío, pero no se dejó detener.

El camino hacia el baño se convirtió en una odisea en la que, sin perder de vista la botella, contaba las veces que Rocío le daba a la cisterna o encendía el grifo solo para acto seguido repetir los sonidos guturales que indicaban que su estómago seguía rebelándose.

Para cuando llegó a su destino, encontró a Rocío en la misma posición en la que la había dejado, arrodillada ante el inodoro, con los ojos rojos del esfuerzo y las mejillas irritadas de secarse las lágrimas. Por su semblante cruzó una breve expresión de sorpresa cuando le entregó la botella de agua.

—Gracias.

La voz de Rocío era poco más que un aliento extenuado.

Aitana encogió los hombros.

—Voy a llamar a un médico. ¿Tienes uno propio o llamo al mío?

—No necesito ningún médico —murmuró Rocío soltando agotada la botella en el suelo.

—Claro que lo necesitas. Llevas media hora aquí metida vomitando, te pondrás mala si no lo atajamos de alguna forma y...

—No necesito ningún médico.

—Tenemos que avisar a tu hermano para que te traiga suero de la farmacia y...

—¡He dicho que no necesito ningún médico! —chilló Rocío histérica.

—Rocío, mira —Aitana se armó de paciencia—, te conozco y sé lo cabezona que eres, pero...

—¡¿Por qué no puedes escucharme por una vez?! ¡He dicho que no necesito ningún médico! ¡Estoy embarazada!

El silencio que inundó el baño fue irrumpido únicamente por los sollozos de Rocío y el ruido de la cisterna al llenarse. Aitana la estudió sin hablar, a medida que las piezas del puzzle parecieron ir encajando en su mente. La palidez, las ojeras, esa mano que posaba con frecuencia sobre su estómago y que ella había confundido con molestias menstruales... ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Felicitarla? ¿Animarla y decirle que no pasaba nada?

Tomó una profunda inspiración. Rocío se estiró para coger el rollo de papel higiénico, arrancó un trozo y se sonó la nariz.

—Ven aquí. —Aitana estiró los brazos hacia ella, pero Rocío apartó el rostro.

—No necesito tu lástima —le espetó, aunque el sollozo solitario que siguió desmintió sus palabras.

Aitana se habría reído de haber podido. ¿No era irónico que justo en ese instante descubriera que ella y Rocío tenían mucho más en común de lo que se había esperado? No solo eran tercas, sino que no les gustaba la compasión ajena.

—Vamos. —Aitana se inclinó y le sujetó la muñeca para tirar de ella, obligándola a complacerla a menos que quisiera caerla.

Con torpeza consiguió que se sentara sobre su regazo y, como si aquello hubiese sido lo único que hubiese esperado, Rocío se abrazó a su cuello y rompió a llorar.

Ignorando los efectos del peso sobre sus piernas, Aitana se mantuvo callada. No había nada que pudiera decir, se limitó a abrazarla y sentir su calor, mientras su corazón amenazaba con resquebrajarse ante el sufrimiento de aquella mujer.

—Lo... lo... siento. —Rocío alzó la cabeza y se secó los ojos.

—¿Por qué ibas a sentirlo? No veo que tengas ningún motivo para hacerlo.

—Por haberte chillado, por... por haberte mojado la camiseta. —Soltó una carcajada entremezclada con un sollozo.

Aitana siguió la dirección que le marcó con su barbilla y se fijó en la mancha oscura sobre su camiseta gris.

—¿Eso significa que ahora estamos en paz o que podré chantajearte a gusto?

—Idiota. —Rocío puso los ojos en blanco.

Aitana la estudió.

—¿Mejor?

Tras una inspiración profunda Rocío asintió.

—Supongo que sí.

—¿Quieres hablar de ello?

El bufido seco de Rocío no dejó demasiado a la imaginación.

—No hay mucho que decir al respecto. Es de mi ex, me dejó por otra y ahora estoy sola.

—¿Te dejó sabiendo que esperas a su hijo? —Ella la miró incrédula, el enfado atenazándole el estómago. ¿Cómo podía ser alguien tan cabrón?

Que Rocío negase y apartara la mirada la cogió desprevenida.

—No. Las cosas ya habían estado algo tensas por algún tiempo. No le conté de mis sospechas de que pudiera estar encinta. Acababa de hacerme la prueba de embarazo cuando llegó para anunciarme que se acabó y que estaba enamorado de otra. No tuve tiempo de contarle nada. Estaba tan conmocionada que ni siquiera fui capaz de reaccionar y él tampoco me dio la oportunidad de decir mucho. Hizo las maletas, me dijo que esperaba que cuando regresara me hubiese largado, y se fue de viaje con su nueva novia, que lo aguardaba en el coche.

—Vaya. —La mente de Aitana se quedó en blanco.

—Sí, vaya —repitió Rocío con una sonrisa triste.

Aitana le cogió la mano izquierda y se la giró, dejando a la vista la parte interior de la muñeca.

—¿Fue cuando pasó esto?

Ambas miraron la fina línea rosada y Rocío asintió.

—Cuando vi tanta sangre me asusté y reaccioné. Patético, ¿verdad? No sé en qué pensé al hacerlo, bueno, en realidad creo que ni siquiera pensé.

—A veces nos hundimos en un pozo tan profundo que dejamos de ver la salida. —Aitana trazó la cicatriz con el pulgar—. Me alegra que cambiaras de opinión.

Rocío asintió pensativa.

—Tapé el corte con un paño de cocina y llamé a Javi. Apenas recuerdo nada a partir de ese momento, excepto que mi mayor miedo era haberle hecho daño al niño. Javi se encargó de todo. Después del hospital me trajo aquí. Recogió mis cosas de la otra casa... y el resto ya te lo puedes imaginar —finalizó, levantándose y simulando un tono de voz animado.

Aitana reprimió una mueca de dolor.

—Parece que a tu hermano se le da bien lo de ser un buen samaritano.

—No te rías de él. No sé qué habría hecho si él no hubiese estado a mi lado. —Le defendió Rocío indignada.

Aitana alzó de inmediato las manos.

—No era una crítica. Me refería a que a mí también me ha recogido y cuidado.

Rocío relajó los hombros.

—Tu accidente le afectó mucho.

Aitana se pasó una mano por los ojos.

—Lo sé.

—¿Tú también crees que fue culpa suya?

—No.

—¿Entonces por qué le haces pagar por ello?

A Aitana le habría gustado poder mofarse de semejante pregunta y poder negarlo, pero habría sido una hipócrita si lo hubiese hecho. ¿Por qué se desahogaba con Javier?

—Lo hago con todos, pero tienes razón, con él más. ¿Y por qué lo hago? Porque no soy capaz de enfrentarme al hecho de que he sido yo quien ha jodido su puta vida, porque soy incapaz de asumir que ya no tengo futuro y porque él es el único que me aguanta y acepta que lo culpe — admitió en voz baja.

La verdad la golpeó de frente. No necesitaba mirarse al espejo para ver el monstruo que era. Sin decir ni una palabra más se largó a refugiarse a su dormitorio. Cerró la puerta, se pegó de espaldas a ella y puso el seguro de la silla, como si con ello pudiera evitar que alguien entrara. Echando la cabeza atrás, contempló el techo. ¿En qué clase de desecho humano se había convertido?



## Capítulo 9

Que Aitana ignorase las llamadas cada vez más seguidas no podía ser bueno. Rocío trató de abrir la puerta, pero a los cinco centímetros se topó con un obstáculo. ¡Maldita sea! Debería haberla seguido de inmediato en vez de meterse en la ducha y entretenerse en cepillarse los dientes.

—¡Aitana! ¡Aitana! ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? —Ante la falta de respuesta, zarandéo la puerta, cada vez más histérica. Cuando la puerta se abrió de golpe tropezó y casi acabó estampada contra el suelo—. ¿Qué demonios ha pasado?

Aitana se acercó con la silla hasta la cama como si no hubiese ocurrido nada extraordinario.

—Estoy cansada. ¿Puedes ayudarme a subir a la cama?

Rocío la estudió con los brazos en jarras. Estaba pálida y tenía ojeras, pero aquello no era nada anormal en ella, lo que sí llamaba la atención eran los ojos enrojecidos, no por el cansancio, sino por las lágrimas.

—Parece que hoy hacemos una buena pareja —bromeó al acercarse a ella y ayudarla a acomodarse en la cama.

—¿Puedes darme mi neceser para coger las pastillas? —preguntó Aitana sin entrar en debates.

—¿Aún no te has tomado tu medicación? —Rocío la estudió con suspicacia.

—No esta.

—¿Y cuál es?

—Una que va a dejarme fuera de combate hasta la tarde. Es posible que tengas que despertarme para la visita de mi madre.

—¿Y qué pasa con el almuerzo? —Rocío le entregó su neceser.

La invadió una repentina intranquilidad al observar cómo sacaba las patillas.

—Aunque consiguieras reanimarme, posiblemente esté demasiado atontada y sin ganas de comer. Simplemente déjame descansar. Ya tomaré algo cuando me levante.

—Aitana, ¿estás segura de que quieres tomarte esas pastillas? Por cómo hablas tienen pinta de ser muy fuertes.

Los labios de Aitana se estiraron en una mueca.

—Eso es lo mejor que tienen.

—Aitana...

Al encontrarse con los ojos azules, se detuvo.

—Hoy las necesito. Necesito unas horas sin dolor y también olvidarme de la clase de monstruo en el que me he convertido —pidió Aitana con el ruego reflejado en sus ojos.

—Aitana... Si es por lo que te he preguntado antes en el baño. No me eches cuenta. No es para tanto. Javi ya hace tiempo que te hubiese parado los pies si estuvieras abusando de él. Últimamente digo muchas gilipolleces y la mayoría no son más que pamplinas —se precipitó en

asegurar Rocío.

Aitana sonrió con amargura.

—Sé reconocer la verdad cuando la tengo enfrente, Ro. No trates de convencerme de lo contrario. Estoy bien, o al menos lo estaré luego, cuando despierte. Solo déjame descansar un rato.

—De acuerdo. —Reticente, Rocío fue a por un vaso de agua y se sentó a su lado para ver cómo se tomaba la medicación. Cuando acabó, tomó el vaso y lo dejó sobre la mesita de noche, se aseguró de que Aitana estuviera cómoda y se tendió a su lado.

—¿Ocurre algo? —Aitana se quedó mirándola extrañada.

Rocío trató de sonreír.

—¿Hay algún problema en que pasemos nuestras calamidades en compañía?

—No digas eso. Deberías estar feliz por tu embarazo. No quiero darte lecciones y sé que ahora no te lo parece, pero seguro que acabará siendo una de las mejores cosas que te hayan pasado en la vida.

Acariciándose la barriga por encima del albornoz, Rocío se relajó.

—Lo sé. Aún no soy capaz de sentir esa alegría, pero estoy convencida de que será así.

—¿Entonces por qué sigues así? ¿Es por el capullo de tu ex?

—Tú lo has dicho, es un capullo. Intento no pensar en él, aunque a veces cuesta.

—¿Tanto lo quieres aún?

—¿Me creerías si te dijera que no lo sé? —admitió Rocío después de analizar sus sentimientos—. Duele, es humillante y quiero que sepa todo lo que se ha perdido, pero si ahora mismo regresase de rodillas a mí, no creo que fuera a volver con él.

—¿Qué otras cosas te quedan por las que preocuparte?

—¿Qué hacer cuando se me acabe la prestación por desempleo? ¿Cómo enfrentarme al hecho de ser una madre soltera?

—¿Qué hacer con la idiota de Aitana cuando se pone tonta? —siguió Aitana por ella.

Divertida, Rocío la miró de reojo.

—Eso también, aunque, no te preocupes, no eres la única que a veces se pone tonta. Si te contara... —Rocío sacudió la cabeza—. Te reirías de mí de lo idiota que puedo llegar a ponerme.

—Ponme a prueba.

Rocío negó con la cabeza, pero con las mismas ansias con las que quería mantenerlo en secreto, también necesitaba confesárselo a alguien.

—¿Alguna vez has sentido la imperiosa necesidad de que te abrazaran en silencio y sentir el contacto de la piel contra otra piel? En ocasiones es tan violento que parece que fuera a desgarrarte por dentro.

—¿Es eso lo que sientes ahora mismo? —preguntó Aitana tras una corta pausa.

—Sí.

Sin inmutarse, Aitana asintió y estiró el brazo para que pudiera apoyar la cabeza en su hombro.

—Eso tiene fácil solución. Ven aquí—. Aitana esperó a que siguiera sus indicaciones—. Si tiras de mi pierna derecha quedaré girada y ambas estaremos más cómodas.

—¿Así? —preguntó Rocío antes de volver a acurrucarse junto a ella.

—Sí, perfecto. ¿Y tú?

—Mejor, mucho mejor. —Y, aunque le sorprendía, era cierto—. Ojalá todo pudiera solucionarse con la misma facilidad.

—Aprovecha para desahogarte ahora que puedes, antes de que me quede dormida. Es probable que cuando me despierte ni siquiera me acuerde de lo que has contado.

—¿Lo dices en serio? —Rocío alzó la cabeza para mirarla y comprobar si le estaba diciendo la verdad.

—Mhm. —Aitana cerró los ojos.

—¡Me estás tomando el pelo! No puedes quedarte dormida tan rápido.

Sin abrir los ojos, Aitana sonrió.

—No, tan rápido no, pero sí estoy alcanzando ese tipo de morriña placentera que te invade antes de dormir.

—Vas a tener que darme una de esas pastillas a mí también.

—No puedes. —Aitana abrió un ojo—. Estás embarazada.

—Ya, no es algo que pueda precisamente olvidar —replicó Rocío con ironía.

—¿Tan malo está siendo el embarazo?

—En realidad no. Apenas tengo náuseas. Me paso el día hecha polvo, eso sí. Por lo demás, casi todo es como de costumbre. La mayor putada es no poder compartirlo con nadie. Sería bonito poder hacerlo.

—¿Son imaginaciones mías o no se lo has contado a tu hermano tampoco?

Rocío titubeó.

—No, no se lo he dicho.

—¿Por qué no?

—Necesitaba tiempo para asimilarlo antes de compartirlo con él. Sé que me exigirá que se lo comunique a Raúl, y aún no estoy preparada para enfrentarme a él. No creo que se lo tome a bien ahora que está con otra.

—No estamos hablando de ese imbécil, sino de tu hermano. Con él tendrías a esa persona que necesitas a tu lado para ayudarte y compartir tus problemas.

Rocío soltó una carcajada seca.

—Hay cosas que no se pueden compartir con un hermano, créeme.

—¿Como qué? —Aitana la estudió llena de curiosidad.

Rocío titubeó.

—Prométeme que no te reirás.

—Pienses lo que pienses de mí, no soy tan mema.

—Después no digas que no te lo avisé. —Rocío soltó un suspiro y se colocó una mano debajo de la mejilla para poder mirarla de frente—. Sé que es totalmente irracional y que parece sacado de la trama de una mala película, pero es como si mis hormonas descontroladas se hubiesen propuesto volverme loca. Ya no se trata solo de esa necesidad casi dolorosa de ser visible para alguien, que me miren, que me toquen y que me quieran aunque solo sea durante los minutos que estén conmigo. Quiero sentir la cercanía de una persona que me demuestre que siente algo por mí, y quiero que me haga sentir mujer y humana de nuevo. Anhele el placer y convertirme durante un instante en el centro de atención de esa persona, y quiero sentir su calor y su deseo por mí. Se trata de una urgencia tan intensa y arraigada en mi interior que duele y me parte por dentro. —Su voz se quebró—. No sé explicarlo de otra forma, solo sé que es algo que me domina, y que puede que dentro de un rato me ría de ello, pero ahora mismo no tengo ningún modo de contener esas emociones.

—¿Y no has tratado de buscar a nadie con el que puedas tener esa experiencia que tanto deseas?

—¿Con quién? Ya apenas salgo de casa, no me quedan amigos y lo poco que he encontrado por internet es para echarse a llorar.

—¿Tan mal te ha ido? ¿Qué he dicho? —Aitana frunció el ceño—. Tienes cara de haber visto a la reina de Inglaterra bajando de un ovni.

## Capítulo 10

Rocío rio en contra de su voluntad ante la ridícula afirmación de Aitana y negó.

—Acabo de acordarme de la conversación que tuve anoche con un tipo.

—Pues parece que fue algo digno de recordar —bromeó Aitana con debilidad.

—No creo que se me vaya a borrar de la memoria en los años venideros. —Rocío soltó una carcajada seca—. Habíamos quedado para salir a tomar café mañana, pero adivina el mensaje que recibí ayer de madrugada. —No esperó a que ella le contestara—. Parece ser que ha hecho las paces y que ha vuelto con su mujer.

—Bueno, deberías alegrarte por él.

—Lo haría si no fuera porque la semana pasada me contó que estaba divorciado y que su ex se había casado con otro y se había ido a vivir a Alemania.

—Vaya... —Aitana encogió la nariz—. ¿Qué crees entonces que haya podido pasar?

—Que unas horas antes le había confesado que estaba embarazada, eso es lo que ha pasado —espetó Rocío con rabia contenida.

Cada vez que pensaba en aquel mensaje cargado de mentiras volvía a alterarse.

—En ese caso no te merecía. No le des más vueltas. —Aitana le tocó la mano y Rocío se la cogió y se la colocó debajo de la mejilla.

No le pasó desapercibida la sorpresa en los ojos de Aitana, pero se sentía demasiado bien como para renunciar a ese contacto.

—Lo sé y no lo hago, pero me ha hecho plantearme mi situación. Si ahora no le intereso a ningún tipo, ni siquiera para echar una canita al aire o tomar un café, ¿qué ocurrirá en un par de meses cuando parezca un tonelete? ¿Y cuando haya tenido al bebé y ya ni siquiera tenga tiempo de salir a solas? Sé que encontrar el amor no es fácil, mi parte racional lo comprende y soy capaz de aceptar que las cosas buenas tardan en llegar. Pero ¿y hacer el amor? ¿Voy a llevarme los próximos años sin poder experimentar ni el más mínimo contacto humano? No quiero renunciar a mi sexualidad, ni a mis fantasías. No quiero dejar de sentirme mujer por el simple hecho de convertirme en madre. No puedo.

—Te comprendo. Tener una minusvalía es como llevar un enorme cartel estampado en la frente que dice «yo no necesito sexo». Y supongo que basta que te digan que no lo necesitas para que acabes obsesionándote con él.

—¡Exacto!

Ambas se llevaron un rato en silencio.

—¿Te conformarías con una mera relación física? —preguntó Aitana con cautela.

—¿Relación? —Rocío rio con amargura—. Ahora mismo pagaría incluso por menos de eso. Lo único que quiero es sentir, calor humano y correrme. Suena feo que lo diga así, ¿verdad?

—Suena sincero —la corrigió Aitana—. Lo que no comprendo es por qué tienes que contarles

a esos hombres que estás embarazada si no esperas nada más de ellos.

Rocío abrió el cinturón del albornoz y, con cuidado de no mostrar más de lo que pretendía, le enseñó su vientre abultado.

—¿Puedo? —Aitana esperó a que Rocío asintiera y lo tocó con reverencia.

—Con ropa holgada aún puedo disimularlo. Siempre he sido algo rellenita, pero desnuda es imposible de esconder.

—Estás resbaladiza. —Aitana carraspeó cuando su voz salió demasiado áspera.

—Aceite de almendras dulces. Previene las estrías. Por eso siempre me paso un rato en albornoz al salir de la ducha, es para no manchar la ropa.

Aitana apartó la mano.

—¿Y si yo tuviera la solución para tus problemas?

—¿Cuál? —preguntó Rocío escéptica, tapándose de nuevo.

Que Aitana le alzase la barbilla para que la mirase la tomó desprevenida. Sus pupilas se habían dilatado tanto que el azul de sus iris se había convertido casi en un halo alrededor de ellas.

—Cierra los ojos, Ro —le pidió Aitana con una seductora firmeza.

Como si estuviera hipnotizada, por su mente ni siquiera pasó la posibilidad de resistirse y cerró los párpados. De repente, la cercanía de Aitana se magnificó ante sus sentidos. El peso que hundía el colchón a su lado, el calor de su cuerpo, el suave aliento que le acariciaba la piel...

Aitana le recorrió la mejilla con ternura, con reticencia, como si esperase que fuera a rechazar su caricia. Aún impactada por el momento, Rocío podría haberle aclarado que no lo haría, que sus dedos se sentían como las primeras gotas de lluvia después de una temporada de sequía, frescos, balsámicos, llenos de promesas. Fue el temblor que se extendió en su interior el que le impidió confesárselo.

Dejó de respirar cuando las yemas de Aitana se deslizaron por su cuello, siguiendo el filo del albornoz hasta llegar a su escote, donde fue entreabriendo con parsimonia la mullida tela, dándole tiempo de cambiar de opinión y de pararla si hubiera querido hacerlo. ¡Como si pudiese hacerlo!

Sus pechos subían y bajaban agitados bajo los efímeros roces de los delicados dedos femeninos, y eran la única señal de que aún seguía llegándole aire a sus pulmones. Encogió el estómago cuando Aitana deslizó su mano por la resbaladiza piel, aunque no había mucho que pudiera hacer para ocultar la redondez cada vez más notoria de su vientre. Por la forma en la que Aitana aprovechó sus caricias para apartar el albornoz, no pareció compartir su preocupación. Había algo extrañamente sensual en estar ante ella medio desnuda, mostrándole apenas la curvatura de un pecho, el inicio de una areola y, sin embargo... Al abrir los párpados descubrió los ojos de Aitana fijos sobre el diminuto triangulo oscuro ubicado en su monte de Venus, mientras sus dedos se deslizaban ansiosos hasta alcanzarlo. Una sensación de lujurioso poder dominó a Rocío al ver cómo Aitana tragó saliva justo antes de que traspasara aquella pequeña barrera y alcanzase sus pliegues para perderse entre ellos.

Jadeó y por puro instinto estuvo a punto de cerrar de nuevo los párpados, dejándose llevar por las sensaciones, pero había algo en la expresión de Aitana y el deseo que reflejaba que la mantenía fascinada. Como si hubiese oído sus pensamientos, Aitana alzó la cabeza.

—¿Es esto lo que quieres? —le preguntó en apenas un murmullo ronco.

Rocío asintió, incapaz de articular una palabra coherente. Aitana apartó la mano, arrancándole un gimoteo de protesta, pero pronto acabó por arquear la espalda con un grito ahogado cuando los dedos se aventuraron debajo del albornoz, trazándole un pezón sin destaparla, como si fuese

algo tan prohibido que era mejor mantenerlo oculto.

El placer se intensificó con cada centímetro de piel que le fue cubriendo con la palma hasta que envolvió su pecho y lo amasó con una exquisita sutileza, como si quisiera memorizar su tacto, su forma y hasta su peso.

Raúl había sido un buen amante, o al menos aquella era la visión que siempre había tenido de él, sin embargo, no recordaba la última vez que se entretuvo lo suficiente con sus pechos como para proporcionarle un placer semejante. ¿Lo había hecho alguna vez? En cuanto cayó en la cuenta de que estaba pensando en él lo echó de su cabeza. Quizá aquella fuera la prueba que confirmaba que podía encontrar a alguien que pudiera ofrecerle mucho más que él.

Como si Aitana se hubiera percatado de que había perdido parte de su atención, bajó la cabeza y tomó uno de sus pezones entre sus labios. Rocío gimió y Raúl desapareció de sus pensamientos a la par que su cordura se evaporó. Pronto sus caricias o la atención de su boca dejaron de ser suficientes. Sin perder a Aitana de vista, Rocío le cogió la mano y la deslizó por su cuerpo para guiarla hasta donde realmente la necesitaba. Ambas jadearon al unísono cuando quedó al descubierto la espesa humedad alojada entre sus muslos y Aitana no dudó en explorarla con pericia. Con cada roce, pasada y presión, Rocío se encontró más cerca de perderse a sí misma.

Se sentía vulnerable, expuesta, pero a la vez tan excitada por el morbo de la situación que incluso el hecho de que no la besara o que no dejase de observarla solo ayudaba a incrementar la ola de calor que iba conformándose en un auténtico infierno de placer, alojado en el hueco más recóndito de su vientre. Cuando, sin dejar de acariciarle el sensible manojito de nervios, los dedos de Aitana encontraron el camino hacia su interior, penetrándola con una delicada determinación, Rocío alzó sus caderas con un sollozo. Sujetándose a la muñeca de Aitana con ambas manos, siguió su ritmo, acercándose más y más a la línea que la lanzaría sobre el precipicio.

Aitana alcanzó su pecho con los labios, atendiéndolo con tanta ternura que Rocío quiso pedirle a gritos que dejase de torturarla. Su cuerpo se convulsionó y, con la espalda arqueada, acabó por entregarse a la explosión de luces que estalló desde su bajo vientre y arrasó su cuerpo, recorriéndola como una corriente eléctrica, hasta dejarla jadeando débil y exhausta sobre el colchón mientras Aitana retiraba sus dedos como si le costase desprenderse de ella.

—Gracias. —Fue lo único que se le ocurrió murmurar en el incómodo silencio que se produjo.

Aitana deslizó la mano bajo su nuca y se inclinó sobre ella para besarla con la misma mezcla de hambre y ternura con la que la había llevado hasta la cima de su orgasmo. Cuando alzó la cabeza le abrió el albornoz, descubriéndola a su mirada. Rocío se mordió los labios al recordar cuánto le habían aumentado las areolas en las últimas semanas, pero se mantuvo quieta cuando Aitana se recostó de lado y se llevó uno de sus pechos a la boca para chuparlo. Con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, aquella única caricia de Aitana la inundó de nuevo con un irrefrenable deseo de más.

No fue hasta que la succión se detuvo que Rocío se percató de que Aitana se había quedado dormida y que se encontraba a solas con sus caóticos pensamientos.

Despegándose despacio de ella, Rocío se tendió bocarriba y miró el techo. No se tomó el trabajo de taparse. ¿Estaba de nuevo en uno de aquellos sueños eróticos que no paraban de perseguirla o esta vez era real?

Deslizando una mano por su cuerpo, dejó que sus dedos se hundieran entre sus pliegues, donde su clítoris seguía palpitando hinchado y sensible. Cerró los ojos con un gemido. ¡Dios! ¿Qué había hecho?

## Capítulo 11

A pesar de que estaba sentada al lado de la cristalera, estaba más pendiente de cómo sonaba la ducha desde el baño que de la gente que pasaba por la calle. En el fondo, era lo mismo cada día y estaba harta. Harta de aquel claustrofóbico apartamento, en el que moverse con la silla de ruedas se convertía en una hazaña a causa de los muebles con los que tropezaba por doquier y harta de ocultarle a Rocío lo que sentía por ella.

Desde el día anterior había estado haciéndose la tonta e ignorando las miradas de reojo de Rocío. Si se arrepentía de lo que había pasado, no quería enterarse. Y si no lo lamentaba... entonces era mejor cortar por lo sano. Que hubiese metido la pata dejándose llevar no significaba que no fuese consciente de que Rocío se merecía a alguien mejor que ella, alguien que pudiera darle lo que necesitaba, que pudiera cuidarla y protegerla y no a alguien como ella, que solo añadía una carga más a las que ya tenía.

Si hubiese podido apañárselas por sí misma o hubiese existido la más mínima esperanza de que en un futuro próximo pudiera volver a andar, no se lo habría pensado. Se habría lanzado a por Rocío, incluso bajo el riesgo de estrellarse contra un muro, pero no existían esperanzas para ella. Los médicos se lo habían dejado claro. Con una rodilla y el coxis destrozados, una vértebra con fisura, la médula inflamada y una hernia discal, necesitaba prácticamente un milagro. ¿Qué clase de futuro le esperaba a Rocío y a su hijo si llegase a albergar algún tipo de sentimiento por ella?

Desmoralizada, se acercó a la mesa a coger la botellita de agua que Javier le había dejado allí. Fue a bajar la tapa del portátil de Rocío cuando, sin pretenderlo, rozó el teclado y la pantalla se iluminó. Se detuvo al reconocer la web de contactos que también había estado abierta el otro día. La conocía. En más de una ocasión la había usado para encontrar algún flirteo de fin de semana y echar alguna que otra canita al aire.

Miguel, José, Jorge, Camilo, Antonio, Curro, Pablo... Por la lista que llevaba acumulada, Rocío no parecía estar decantándose por ninguno en concreto, aunque había tenido al menos tres conversaciones con cada uno. La tentación por entrar en los chats para averiguar qué hablaba con ellos fue grande, al igual que lo fue la decepción de descubrir que, a pesar de lo que habían compartido el día anterior, no la había retenido de volver a entrar en aquella página. Malhumorada, cerró el portátil.

Si alguna vez había tenido alguna duda, entonces se le acababa de disipar. Rocío podía tener un desliz con una mujer, pero estaba claro que lo que le iba eran los hombres de mediana edad, mayores que ella y con estudios, no mujeres rubias en sillas de ruedas. No era como si no lo hubiese supuesto con anterioridad, pero el encontrar la prueba definitiva, dolía. Dolía incluso más que las dichas punzadas que no paraban de pulsarle en las piernas.

Rocío se la encontró masajeándose ausente los muslos.



—¿Te ocurre algo?

—Nada fuera de lo normal. —Aitana trató de sonreír, aunque sus labios se resistieron a mostrar algo más que una mueca.

—Esto es para ti —Rocío dejó dos sobres frente a ella y abrió uno mientras se sentaba—. Los traje Javi anoche del buzón, pero se me olvidó entregártelos.

A Aitana le bastó un vistazo a los volantes médicos que contenían para soltar un resoplido y lanzarlos lo más lejos que pudo.

—¡Hey! ¿Qué pasa? —Rocío se inclinó a recuperar las cartas.

—Ese hijo de puta se cree que además de las piernas tengo paralizadas las neuronas. ¡Me ha mandado la misma medicina que tomo, solo que de otra marca! ¡Joder! ¡No soy tan idiota como para no reconocer la composición de un medicamento!

Rocío estudió las hojas que había recogido, aunque, por cómo su cara se mantenía en blanco, no tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Y si lo llamas y le dices que esas medicinas no te hacen efecto? Total, nunca se va a enterar si de verdad las has tomado o no.

—Sí, voy a llamarle, pero para decirle que es un maldito sacacuartos que no tiene ni idea de lo que hace, excepto cobrarle a los pobres ignorantes que tiene por pacientes.

—Aitana, no hace falta que te pongas así. A lo mejor no se ha dado cuenta de lo que ha hecho.

—¡Cobra a cien euros la visita! ¡Bien que debería tener una idea de qué es lo que está haciendo!

—Pero...

—¿En serio estás tratando de defenderle? —Aitana la miró alucinada—. ¡Joder, esto ya es lo último que tenía que oír!

—No lo estoy defendiendo, solo te estoy viendo muy alterada y...

—¿Qué carajo sabrás tú sobre mí y de cómo me siento? Estoy hasta las narices de la gente como tú que pretende saber mejor que yo cómo soy o cómo debería ser. ¿Qué sabéis vosotros de convivir con un dolor continuo que no te deja ni dormir? Solo porque estoy lisiada os creéis con derecho a tratarme como a una niña pequeña con rabieta. ¿Queréis niña pequeña? ¡Aquí la tenéis! —Aitana pasó el brazo sobre la mesa tirando al suelo todo lo que se encontraba en su camino.

Experimentó una secreta satisfacción ante el fuerte golpe del jarrón al estrellarse contra el suelo y la forma en que las recetas, las citas médicas y el historial se esparcieron por el suelo como una moderna manta de *patchwork*.

No fue hasta que el salón quedó en silencio y que Rocío siguió callada en vez de lanzarle uno de sus airados ataques que Aitana se tornó consciente de que algo había salido peor de lo que había calculado. Se tensó ante la repentina palidez con la que Rocío observó inerte el suelo. El silencio se volvió tan denso a medida que pasaron los segundos que costaba trabajo respirar. Rocío cogió una servilleta de papel para extenderla sobre el suelo y se arrodilló a recoger los fragmentos del jarrón de uno a uno, con el cuidado que uno dispensaría a un tesoro de incalculable valor. Conmocionada, Aitana vio las lágrimas que resbalaban silenciosamente por sus mejillas.

La disculpa que su conciencia gritaba a voces que dijera antes de que fuera demasiado tarde permaneció atrapada inmóvil sobre su repentinamente pastosa lengua. ¿Qué acababa de hacer? ¿Y por qué Rocío no se lanzaba sobre ella, desahogándose con insultos, patadas y puñetazos? Cualquier reacción o insulto por parte de ella habría sido mil veces mejor que aquellos

temblorosos labios sellados que solo dejaban escapar algún modesto sollozo de cuando en cuando, augurando la dolorosa tempestad que se mantenía reclusa en su interior.

Cuando Rocío salió de la habitación con su frágil hatillo de papel de cocina, Aitana se quedó a solas, con su consciencia en pie de guerra.

Para cuando Javier regresó, Aitana seguía sentada allí.

—¿Qué ha pasado aquí? —Javier encendió la luz del salón y contempló el caos que la rodeaba.

—Mi temperamento se me fue de las manos.

—¿Dónde está mi hermana? —En los ojos masculinos se reflejó la preocupación.

—En su habitación. Encerrada. Esperaba que acabase gritándome y mandándome a la mierda, pero no... esto.

—¿Qué hiciste?

—Tiré las cosas que había sobre la mesa. Las piernas llevan todo el día doliéndome y llegaron las nuevas recetas que básicamente son una repetición de lo que ya tenía, pero con otro nombre, como si el médico me tomase por imbécil. Cuando Rocío habló lo pagué con ella. Yo... lo siento.

Él sacudió la cabeza con las manos en la cintura y la vista sobre el suelo.

—Sé que estás atravesando un mal momento, pero ella no lo está pasando bien tampoco.

—Rompí un jarrón —dijo Aitana, sintiéndose estúpida por no encontrar una explicación mejor.

Javier alzó la cabeza.

—¿El horterero con flores? —Javier maldijo al ver las lascas—. Mierda, ese fue un regalo de mi padre cuando Ro se fue a vivir con su novio. No era un hombre muy dado a palabras y ella solía tener ese jarrón en el sitio menos visible de la casa, porque creo que en el fondo le parecía tan horrible como a mí, pero el día que mi padre murió empezó a ponerlo en la mesa del salón, y es lo único que se trajo de la casa cuando dejó a ese cretino de su ex.

—Joder, yo... Lo siento. —Las manos de Aitana temblaban tanto que acabó por clavarse las uñas en las palmas para poder controlarlo.

—No es a mí a quien tienes que pedirle perdón. —Javier se pasó los dedos por el pelo—. Voy a ver cómo está Ro y luego recogeré esto.

La cena fue silenciosa. Javier le había llevado a Rocío una bandeja a su cuarto y, aunque intentó entablar conversación con Aitana, esta no se encontraba de humor para hablar.

—No tendrás por casualidad una ligera idea de dónde compró tu padre el jarrón, ¿no?

La compasión en la mirada de Javier la hizo apartar la vista.

—No, pero, aunque lo supiera, no creo que sirviera de mucho que le regalaras uno igual. Nunca le gustó ese jarrón, para ella el valor era puramente sentimental.

Aitana cerró los ojos y se echó atrás en su asiento.

—La he cagado, ¿verdad?

—Total y absolutamente —coincidió él, adusto.

En parte le agradeció su honestidad y que no tratase de justificarla. Estaba tan acostumbrada a que todos trataran de consolarla que había acabado cogiéndole asco, en especial porque estaba

segura de que no lo hacían con sinceridad, sino por la lástima que sentían por ella y porque consideraban que con aquella actitud podían cumplir con su buena obra del día.

Antes de irse a la cama, Aitana se pasó por el dormitorio de Rocío y llamó. Tras varios intentos sin que nadie le contestara, abrió la puerta. No pasó del umbral. No se atrevía. Rocío se encontraba encogida en un ovillo sobre la cama. Sus ojos brillantes, ligeramente enrojecidos, contradecían la impasibilidad del resto de su semblante. Aitana tragó saliva.

—Lo siento. Sé que no tengo ningún tipo de excusa. Tú no tienes la culpa de lo que me pasa, ni de ese dolor punzante que me va volviendo loca poco a poco. Tampoco es excusa que yo ignorase que ese jarrón significara tanto para ti. Lo que he hecho es imperdonable. Me gustaría hacer algo que lo compensase. Dime qué puedo hacer.

—Cierra la puerta cuando salgas. —Si lo hubiese chillado en vez de susurrado, las palabras de Rocío no podrían haber resonado más en aquella habitación.

Con un suspiro derrotado, Aitana se estiró para coger el pomo y cerró la puerta.

## Capítulo 12

Rocío miró largo rato la pantalla antes de decidir qué hacer con la invitación que le había hecho ese tal Pablo para que se encontraran el viernes en un local de copas. Lo cierto era que no le apetecía salir con nadie, no cuando seguía dándole vueltas a cómo había reaccionado a las caricias de Aitana y, menos aún, cuando tenía la mesita de noche repleta de pañuelitos de papel arrugados y los ojos hinchados por lo que había pasado aquella mañana.

Finalmente decidió dejarlo en manos del destino. No quería volver a perder el tiempo con un idiota que no la merecía. En el mismo instante en que lo pensó, se dio cuenta de que aquello era justamente lo que le había dicho Aitana.

Ro-Queen: «Antes de que nos veamos, me gustaría decirte una cosa. No sé si puede suponer algún problema para ti».

Pablo: «Dime».

Ro-Queen: «Estoy embarazada».

Se mordió los labios cuando no hubo una respuesta inmediata. Tenía toda la pinta de que iba a ser otro de esos imbéciles que se echaban atrás en cuanto se enteraban. Ni siquiera le afectaba esta vez. ¿Qué excusa se inventaría este para dejarla plantada?

Pablo: «¿Estás casada?».

Ro-Queen: «Separada».

Pablo: «Por mí genial, me gusta hacerlo a pelo, y si ya lo estás no puedo volver a dejarte preñada, jajaja».

Pablo: «¿Rocío? ¿Estás ahí? En serio, no me importa. Me quitas un peso de encima. No me gustan los compromisos».

Ro-Queen: «Prefieres un “aquí te pillo y aquí te mato”, ¿no?».

Pablo: «Me alegra que lo entiendas. Estoy harto de las tías que se creen que por echar un polvo ya me comprometo a pedirle cita al párroco».

Ella contempló la pantalla sin saber muy bien cómo tomárselo. ¿Se suponía que por estar encinta una iba acostándose a diestro y siniestro con cualquier tipo que se cruzase en su camino? Probablemente ese tipo hasta se creía que era así como se había quedado embarazada. ¿Y de verdad pretendía proponerle pasar de los preservativos sin que se conocieran siquiera? ¿Qué había de las enfermedades de transmisión sexual? Si hubiesen estado en un restaurante, no habría tardado ni una milésima de segundo en volcarle el plato sobre la cabeza. ¿Qué clase de capullo le soltaba semejante gilipollez a una mujer con la que pretendía salir?

Sin pensárselo demasiado, Rocío le bloqueó.

—¡Ahí tienes tu respuesta, gilipollas! *Sayonara, baby.*

No revisó el resto de mensajes no leídos que tenía pendientes. Se podían ir todos a freír espárragos. Le asqueaba incluso la idea de leerlos. Tras cerrar el portátil ahuecó la almohada y se

tendió en la cama. Los hombres eran unos capullos. Y no era como si las mujeres no lo fuesen también, Aitana definitivamente lo era. Después de que le hubiese hecho el amor, había esperado algún gesto o palabra por su parte, pero por más que había buscado, no hubo ni la más mínima señal de que se acordara de cómo la había tocado o revolucionado su mundo interior.

Ni siquiera cuando le había ayudado a ducharse por la noche había reaccionado a su tacto o a sus miradas intencionadas. O Aitana no se acordaba de nada, tal y como había predicho antes de quedarse dormida, o simplemente le había hecho un favor y se había percatado de que ella no era su tipo.

Que encima la tratase como una mierda y que rompiera su jarrón, fue la gota que colmó el vaso. Le dolía. ¿Cómo había podido hacerlo? Podía entender su rabia y agonía, ella también había pasado por ahí, pero nada, absolutamente nada, justificaba que se desahogase de aquel modo con ella.

Se encogió sobre sí misma y nuevas lágrimas brotaron de sus ojos. Se sentía sola, tan, tan sola. Lo único que quería era que alguien la abrazara, que le dijese que todo saldría bien y que le dejara saber que estaría a su lado para lo que hiciera falta. ¿Tan difícil era quererla? A veces tenía la sensación de que era invisible y de que la gente veía a través de ella. ¿Cuántas veces había tratado de hablar con alguien que no la escuchaba?

Acariciándose el vientre, cerró los ojos. ¿Cambiarían las cosas cuando naciera su bebé? Rezaba porque así fuera. Era su mayor ilusión. Puede que solo le durase unos años, hasta que su hija o hijo fuese mayor e hiciera su propia vida, pero hasta entonces sería la persona más importante para él y tendría la libertad de amarlo desde lo más hondo de su ser.

Comenzaba a ser evidente que aquello era lo único que tendría durante los próximos años, y estaba casi segura de que sería suficiente. El problema era que su pequeñuelo aún no estaba con ella, y que aquellos meses a solas hasta que pudiera sujetarlo en sus brazos se le antojaban una eternidad.

—Todo saldrá bien, cielo. Estaremos bien, ya verás —murmuró más para ella que para el diminuto ser que crecía en su vientre—. Nos tendremos el uno al otro y siempre estaré ahí para ti. Te sentirás amado y protegido, te lo prometo.

Rocío se secó las lágrimas. Precisamente por eso, porque tenía a una criatura de la que cuidar, no podía venirse abajo. ¿Y si su bebé podía sentir lo que ella sentía? La simple idea la sobrecogió. ¡Se acabó! Era fuerte, había sobrevivido para llegar hasta ahí y seguiría haciéndolo. No necesitaba a ningún hombre, ni tampoco a Aitana, solo una ducha y dormir. Todo estaría mejor cuando se despertara.

## Capítulo 13

A la mañana siguiente, nada había cambiado para Aitana. Rocío la castigó con su silencio, salía de su habitación para lo imprescindible y se ocupó de ella como quien arregla al maniquí de un escaparate, de forma automática y sin hablar. El único modo de arrancarle una palabra era haciéndole preguntas directas. Las respuestas fueron tan escuetas que Aitana acabó por rendirse. Con gusto se habría vuelto a tomar una de las pastillas que la dejaban aturdida e incapaz de pensar, pero su conciencia le indicaba que se merecía lo que tenía y que lo justo era que afrontara las consecuencias de lo que había hecho.

Se sintió trasladada a la época de su infancia, cuando la señora Pili la castigaba a un rincón de la clase a recapacitar sobre su comportamiento. No era como si tuviera mucho sobre lo que reflexionar en esta ocasión. Reconocía su culpabilidad y, también, que ni su dolor ni sus celos eran excusas justificadas para su reacción desmedida. Rocío no tenía la culpa de lo que le pasaba. Desde el accidente había estado comportándose como una imbécil con todo el que se cruzaba con ella, y lo peor era que se lo habían consentido. No creía que pudiera cambiar de la noche a la mañana, pero si algo había aprendido de aquello, era que iba a tener que poner de su parte para empezar a dominar su genio y mal humor.

El tintineo de fragmentos de cerámica en la cocina la sacó de su ensimismamiento. Esperó a que Rocío regresara a su habitación y cerrase la puerta para acercarse a confirmar sus sospechas. Lo malo de encontrar los trozos del jarrón esparcidos en el cubo de basura no solo era el sufrimiento que le había provocado a Rocío, sino lo fácil que le resultaba identificarse con aquellos pedazos rotos. ¿No era así como se sentía también ella? ¿Hecha añicos y desechada?

Sin saber muy bien qué hacía, comenzó a sacar los fragmentos de porcelana, limpiándolos uno a uno con papel de cocina y un poco de limpiador multiusos y echándolos en el paño de cocina que se había colocado en el regazo. Terminó por llevarlos a su dormitorio y esconderlos en uno de los cajones, sin tener muy claro lo que iba a hacer con ellos.

—¿Y Rocío? ¿Dónde está?

Aitana trató de mantener la sonrisa al aproximarse a la cama de su madre en la habitación del hospital que le habían asignado. Detestaba verla con aquella palidez grisácea y los labios azulados, y aborrecía las máquinas que la rodeaban.

—Hoy no se encontraba bien. ¿Y tú? ¿Qué tal te encuentras, mamá? —Aitana le cogió la mano entre las suyas, con cuidado de no mover los finos tubos que iban hasta la bolsa de suero.

—Mejor. Deseando que me hagan las pruebas que faltan y poder regresar a casa contigo. ¿Cómo lo llevas tú, cielo? Esta tarde te veo seria.

A pesar del cansancio, los ojos de su madre la estudiaron con atención. Aitana se habría reído

de haber podido.

—¿Sería? ¿Más que de costumbre? —preguntó con ironía.

Su madre negó con la cabeza.

—Estos últimos días te había visto más animada, más decidida, por definirlo de alguna manera. Me pareció que estaba sentándote bien el estar en contacto con otras personas.

—Es posible. He decidido que voy a retomar mi trabajo. Nos vendrán bien los ingresos extra.

—Cambió de tema, incapaz de confesarle lo que había hecho.

—Eso son noticias geniales, pero ¿seguro que ya estás preparada para enfrentarte a esa rutina?

—Por el momento solo serán algunas horas al día. Terminar algunos de los proyectos que se quedaron pendientes y sentar las bases para algunas ideas que tenía en mente. Nada complicado. Me ayudará a volver a centrarme en algo más aparte de en mí misma.

Su madre le apretó la mano con ternura. Tras mantener la mirada durante un largo rato sobre los tubos transparentes que se perdían bajo el esparadrapo en la muñeca de su madre, Aitana al fin alzó la vista.

—Lo siento, mamá —soltó de improviso—. Siento haberte hecho la vida tan difícil últimamente.

La sorpresa en los ojos de Marta fue inconfundible.

—Necesitabas tiempo para aceptar lo que ha pasado —respondió su madre con calma.

—Tiempo y equivocarme hasta que no hubiese marcha atrás —murmuró Aitana con voz apagada.

—¿Vas a contarme qué es lo que ha pasado?

—¿Alguna vez se te escapa algo, mamá? —Aitana puso una mueca.

Divertida, su madre arqueó una ceja.

—Nena, te he parido. Te conozco desde que dabas pataletas en la barriga. ¿En serio esperas que se me pase por alto algo que te afecte?

Aitana sacudió la cabeza, le besó la mano y apoyó la frente en ella.

—He metido la pata, pero en plan bestia, mamá. He hecho algo tan vergonzoso que no me atrevo ni a contártelo.

—¿Con Rocío?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Aparte de porque no ha venido? —Su madre arqueó una ceja—. Porque está claro que cuando te inquieta tanto es porque está relacionado con alguien que te importa mucho, y esa chica te importa desde hace ya algún tiempo.

Echándose atrás en su silla, Aitana la estudió.

—¿Tanto se me ha notado?

—Hasta el punto de que he llegado a preguntarme si el motivo por el que pasabas tanto tiempo con el hermano era porque eso te permitía estar cerca de ella.

—¡Dios! —Aitana se tapó los ojos.

—Y eso sin contar que es la única mujer a la que te he visto mirar con adoración y a la que nunca le has llegado a tirar los tejos, al menos no en mi presencia —se burló su madre.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¿Vas a negarlo?

Dejando caer los hombros, Aitana sacudió la cabeza.

—A Rocío le gustan los hombres. No tendría sentido tratar de ligar con ella.

—¿Cuándo te ha detenido eso con las otras?

—Las otras eran... —Aitana se mordió los labios. Se llevaba bien con su madre, pero reconocer que se divertía acostándose con mujeres sin ir más allá, y que le importaba un bledo que esas chicas la usaran para experimentar con su sexualidad o el simple morbo de estar con otra, era un grado de confianza bastante superior al que la hacía sentir cómoda—. Las otras no eran Rocío —terminó por decir.

—De modo que estás enamorada de ella —constató su madre con tranquilidad.

—Siempre lo he estado —confesó Aitana.

¿De qué le servía negar lo evidente?

Su madre sonrió.

—Me gusta esa chica. A pesar de su dulzura tiene personalidad y es capaz de mantenerte a raya. Creo que haríais buena pareja.

Su corazón se encogió. Sí, ella también lo creía y, aunque fuese algo masoquista por su parte, le gustaba cuando Rocío le hacía frente y que no se dejase amedrentar por su mal carácter. Con un suspiro, regresó al mundo real.

—Tal vez si le atrajeran las mujeres, pero no es el caso, mamá.

—¿Y qué tienes que perder por intentarlo?

Aitana abrió la boca y acabó por cerrarla de nuevo. En los ojos de su madre apareció esa expresión de «échale cuenta a tu madre» que tan bien conocía.

—Lo siento, pero el horario de visita acabó. Tienen que despedirse —anunció la enfermera con amabilidad.

—Vendré mañana si Javi puede traerme.

Su madre estiró el brazo para acariciarle la mejilla.

—Haz las paces con Rocío y no te lo pienses, cielo. No necesitas decirle de frente lo que sientes por ella, pero deja que conozca a tu verdadero yo, ese que has estado escondiéndole hasta ahora.

En vez de contestar, Aitana le cogió la mano y se la besó. La enfermera la ayudó, llevándola a la zona de espera. Al verla, Javier se levantó de la silla en la que había estado aguardándola y se despidió de la persona con la que había estado hablando por el móvil.

—¿Ya ha terminado la hora de visita? —Parecía decepcionado cuando ella asintió—. Me habría gustado despedirme de tu madre.

—¿Mucho jaleo con el nuevo proyecto? —preguntó Aitana distraída.

—Más del que me gustaría, y ya conoces a González cuando se pone al teléfono. ¿Qué tal ha ido todo?

—Bien.

—¿Bien? ¿Eso es todo? —preguntó al coger los mangos de la silla y empujarla en dirección a la salida.

—No seas entrometido. Hemos tenido una de esas conversaciones madre e hija.

—Ajá... ¿Y le has contado lo que te ha pasado con mi hermana?

Aitana se puso rígida, pero optó por la verdad.

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho en relación a Ro?

—Que arregle las cosas con ella.

—¿Solo eso? No es propio de Marta.

—No.

—¿Entonces?



Incómoda, Aitana se reacomodó en la silla.

—Nada.

—Venga ya, Aitana. —Javier la rodeó y se acuclilló a su lado—. Somos amigos. Ya hace tiempo que lo tengo superado.

Ella le mantuvo la mirada antes de soltar un suspiro y asentir.

—Mi madre cree que debería lanzarme y tratar de enamorar a tu hermana.

—¿Y no crees que tal vez tenga razón? —preguntó él con cautela.

—¿Y a ti no te importaría?

—Te mataría con mis propias manos si la hicieras infeliz, pero me alegraría si las cosas entre vosotras salieran bien.

—No me mataste ayer —lo retó Aitana.

—No. No lo hice. Pero yo que tú no jugaría con fuego en lo que a ella se refiere.

—¿Alguna vez le contaste lo que pasó entre nosotros la noche del accidente?

Javier apretó la mandíbula y negó.

—No, nunca he llegado a contárselo a nadie.

—Nunca hemos llegado a hablar sobre ello. ¿Quieres hacerlo?

## Capítulo 14

Después de pegar la última pieza del jarrón, de lo único que le quedaban ganas era de estamparlo contra la pared. Aitana se separó de un empujón de la mesa y dejó colgar la cabeza hacia atrás con un gruñido. ¿Por qué resultaba tan difícil dar marcha atrás? ¿Por qué, entre todos los inventos habidos y por haber no había uno que permitiera retroceder en el tiempo y enmendar los errores?

Le echó otro vistazo crítico al jarrón. Le había dedicado más de cinco horas. Le dolían el trasero y la espalda y lo único que había conseguido era que pareciera justo lo que era: un trasto fracturado. Apretó los párpados y se masajeó el ceño. Se negaba a entregarle semejante horror a Rocío. No pensaba hacer el ridículo. Probablemente hubiese sido más práctico y productivo que hubiese empleado aquellas horas en trabajar en su proyecto de arquitectura y con el dinero que cobrarse, regalarle alguna obra artesanal que le gustara.

Derrotada, echó mano de su portátil y entró en YouTube. Tras varios tutoriales acabó más deprimida de lo que había estado antes. Era fácil unir secciones cuando un objeto se había partido por la mitad, pero no cuando había quedado hecho añicos. Y no importaban los llamativos titulares con los que los manitas quisieran venderse en aquellos vídeos sobre restauración, en la gran mayoría, el arreglo quedaba evidente. Por más pegamento que le echase a las juntas, al final, seguiría notándose que estaba agrietado.

Desanimada abrió Google y, solo por consolarse, escribió «jarrones rotos» en el buscador. La pantalla se llenó de primeros planos de fuentes y piezas de cerámica decorada con irregulares vetas doradas. Se veían modernas y bellas, y ni siquiera parecía que hubiesen estado rotas. ¿Había encontrado al fin lo que buscaba? Pinchó en un par de aquellas imágenes y todas la llevaban a páginas con un término en común: *kintsugi*.

*«Kintsugi, en japonés, significa carpintería de oro. Esta técnica milenaria consiste en arreglar las fracturas con barniz de resina mezclado con polvo de metales preciosos. La filosofía en la que se fundamenta el kintsugi profesa que las roturas y arreglos son parte elemental de la historia de un objeto y que, por ello, deben exhibirse en vez de ocultarse. Nos muestra la belleza de las imperfecciones, en cuanto que reflejan su pasado y la transformación que han sufrido a lo largo de su recorrido».*

Tras leer, Aitana se echó atrás en su silla y estudió los cuencos y jarrones arreglados con aquel método. ¿Qué tenía que perder? Seguro que ya no podía empeorar las cosas más de lo que ya estaban.

Cansada, cerró los párpados. Si no hubiese sido por el tráfico y los ruidos de la calle, el silencio por el apartamento bien que podía haberse comparado con el del interior de un sarcófago. Trató de evocar la voz algo escandalosa de Rocío. Daba igual de qué humor estuviera, incluso triste o enfadada solía llenar la casa con vida. Una vida que ahora se había quedado

encerrada detrás de una puerta. ¿Cuánto tiempo más pensaba seguir en ese plan? ¿No iba a perdonarle nunca?

A pesar de que hasta el último resquicio de lógica le indicaba que era mejor no hacerlo, dejó que ganase su ansiedad por verla y descubrir cómo estaba. Con un clic en el icono lateral que tenía entre sus «páginas favoritas» entró en la web de citas. Probablemente le hubiese tomado horas encontrar a Rocío entre los perfiles de búsqueda, pero le bastó introducir el nombre de usuario que le había visto en las conversaciones de chat para encontrarse de frente con su selfi.

Sin poder evitarlo, Aitana sonrió con calidez. Rocío debía de ser una de las pocas personas que no habían buscado fotografías que sirvieran para aparentar más de lo que era. Ni siquiera había tratado de sonreírle a la cámara o puesto uno de esos morritos sexis que últimamente estaban de moda. No, era Rocío en su estado más puro: seria, inocente, vulnerable... preciosa, como de costumbre. No le extrañaba la cantidad de pretendientes que tenía en aquella plataforma. Era auténtica y lo transmitía.

Repasó los labios de Ro con sus yemas. Siempre le habían encantado. No eran especialmente espectaculares en lo que a perfección se refería, el inferior era demasiado abultado, dando la sensación de que estaba algo hinchado, y el superior era un tanto asimétrico. Cuando Ro se los pintaba sin repasar las líneas con un perfilador, siempre le habían dado la sensación de que parecían los labios de una mujer a la que acabaran de besar apasionadamente, justo como se veían en aquella imagen. Eran imperfectos, jugosos, reales, besables y absolutamente morbosos, como todo en ella.

En el álbum del perfil encontró más fotos de ella. Ro en un balcón de París, en su habitación, vestida para salir, con el pelo suelto, recogido, en el parque... En algunas parecía que sus ojos, de un raro gris azulado, podían atravesar la pantalla y ver a quién se encontraba allí. ¡Dios! ¡La echaba de menos! Si la hubiese tenido enfrente, tal y como estaba en aquel selfi de un balcón en París, le habría cogido el rostro con ambas manos y la hubiese besado sin pensárselo dos veces.

En un repentino arranque, Aitana borró su propia imagen de usuaria, modificó algunos detalles de la información y revisó su álbum de fotos, asegurándose de que no aparecía en ninguna de ellas. No había mucho que pudiera hacer, Rocío jamás sabría que era ella, pero al menos podía decirle lo guapa que estaba y comprobar cómo se encontraba. Si Rocío no quería hablar con ella en persona, a lo mejor estaba dispuesta a hacerlo con una persona desconocida. Estaba resuelta a hacer lo que fuera con tal de asegurarse de que estuviera bien.

*«Hola, Ro-Queen. Después de encontrar tu perfil, no podía irme sin decirte lo que me han impresionado tus ojos. Tienes una mirada penetrante y a la vez tan llena de profundidad que no puedo dejar de preguntarme qué secretos se esconden en ellos. Por cierto, yo también he paseado por esa calle de Montmartre. ¿Te imaginas que nos hubiéramos cruzado sin saberlo?».*

Tan pronto envió el mensaje, Aitana se arrepintió. ¿Qué estaba haciendo? No podía hacerse pasar por otra persona, y menos por un hombre. No estaba bien, no quería, ni podía engañar a Rocío. Cerró el portátil de un golpe y salió enfadada de su dormitorio.

Al pasar por delante de la puerta cerrada de Rocío se detuvo, alzó el brazo para llamar y finalmente terminó por bajarlo de nuevo y seguir su camino hasta el salón.

Su madre y Javier estaban equivocados, por mucho que sintiera por Rocío, nunca iba a haber nada entre ellas. No podía haberlo. Al menos, no más allá de sus sueños.

## Capítulo 15

La llamada antes de que se abriera la puerta fue tan corta, que Aitana no tuvo tiempo de tapar su trabajo, ni de guardar las pinturas y utensilios. Se tensó cuando Rocío se asomó y se detuvo en el umbral como si la hubiese paralizado un rayo.

—¿Qué estás haciendo?! —Rocío la fulminó con la mirada en cuanto reconoció el jarrón que tenía sobre la mesa.

Aitana alzó las manos.

—Solo estoy tratando de arreglarlo.

—¿Arreglarlo? Lo destrozaste, ¿qué pretendes hacer? ¿Pegar y esperar a ver si doy saltos de alegría cuando me lo devuelvas hecho un asco? —El enfado de Rocío se entremezcló con la ironía en su voz.

—No, no puedo deshacer lo que hice por mucho que me arrepienta y quisiera hacerlo. — Aitana dejó caer los brazos en rendición. Había desperdiciado su tiempo y su dinero en una tarea inútil.

—¿En serio crees que puedes tratar a la gente como una mierda, romper lo que te da la gana y luego esperar que con cualquier gesto te perdonen? —Rocío esperó con las manos en las caderas—. Dime una cosa, ¿cuál es el fin de tantas molestias si en cuanto algo se arregla, acto seguido vuelves sobre tus pasos para hacer daño a la gente?

—A lo mejor, porque no soy tan mala como crees y aún si te parece imposible, resulta que tengo ética y conciencia. No me enorgullezco de las cosas que he hecho y reconozco que soy culpable de lo que me acusas, pero también creo que, si quiero subsanarlo, estoy en mi derecho de intentarlo.

—¡Y una mierda! —espetó Rocío rencorosa, aunque a Aitana no le pasó desapercibido el leve temblor en su voz—. Y, para empezar, ese jarrón es mío y si lo he tirado a la basura, entonces es porque es justamente donde quiero que este.

—De acuerdo, es a ti a quien le pertenece.

Con un profundo suspiro, Aitana cerró brevemente los ojos y acabó por apartarse del escritorio en el que había estado trabajando.

En cuanto Rocío asió el jarrón, se detuvo con un jadeo, como si le hubiesen pegado una guantada ,y se miró la mano derecha, luego estudió la pintura dorada con la que Aitana había cubierto una buena parte de las grietas.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Rocío ausente.

—¿Alguna vez has oído la palabra *kintsugi*? —Aitana esperó a que ella negase con la cabeza—. Es una técnica japonesa para arreglar roturas con oro, plata o platino.

—Pero, aunque quedase bonito, ya no sería el mismo jarrón —murmuró Rocío sin demasiada convicción.

—La teoría del *kintsugi* es que, cuando esté terminado, será mucho más que un jarrón roto, será un objeto con una historia digna de mostrarse, en vez de un trasto estropeado que debería tirarse u ocultarse. Se supone que no solo será más bello que antes, sino que además ahora tendrá historia y se habrá convertido en arte. Según esa hipótesis al valor que ya tenía por recordarte a tu padre y tu relación con él, ahora se añadirá el testimonio de lo que ha pasado entre nosotras.

Rocío se sentó en el filo de la cama y observó el jarrón, los pinceles, tubos y botes que Aitana tenía dispuestos en orden sobre la mesa.

—Por como hablas, no pareces muy segura de que acabará siendo más bonito y valioso que antes.

Aitana puso una mueca.

—Porque es eso, solo una teoría. Soy buena haciendo puzzles y he conseguido recomponerlo, también soy habilidosa con el dibujo técnico. —Aitana se encogió de hombros—. Pero pintar con pasta y pintura líquida y sin líneas rectas es harina de otro costal. Nunca se me ha dado bien.

—¿Esta es la pintura que estás usando para cubrir las uniones? —Rocío se estiró a coger el tubo de pasta dorada y lo inspeccionó con más detenimiento.

—Sí. No es oro como el que se usa en las obras de arte de verdad, pero dicen que aplicado bien tiene el mismo efecto y que, además, rellena los huecos que hayan quedado en las uniones.

Rocío abrió el tubo y trazó una línea de dos o tres centímetros sobre una de las hojas de periódico que Aitana había colocado para no manchar la mesa. Asintió y dejó el tubo de nuevo sobre la mesa, antes de incorporarse.

—Cuando acabes de rellenar los huecos más profundos con la pasta, avísame, yo me encargaré del trabajo más fino. Si es la historia de ambas, debemos participar las dos.

Cuando sonó el clic que confirmaba que había cerrado la puerta tras ella, Aitana exhaló con una sensación de euforia. Sabía que el jarrón no quedaría perfecto, pero ya no importaba. Rocío no solo le había perdonado, además parecía querer que ambas formaran un recuerdo común.

Aquella fue la primera tarde que Rocío volvió a acompañarla al hospital. No había hablado mucho en el trayecto, pero entró con ella a saludar a su madre. Nada más verla su madre sonrió.

—¡Rocío! ¡Qué alegría verte! Ya era hora de que tú y Aitana hicierais las paces.

Rocío intercambió una larga mirada con Aitana.

—¿Se lo contaste?

—Es imposible no contarle algo a mi madre si ella se lo propone —respondió Aitana con ironía, aunque no era más que la verdad. Era más fácil escapar del abrazo mortal de una pitón gigante que de la dulce insistencia de Marta.

—No le echas cuenta. —Marta hizo un aspaviento con la mano libre—. Se sentía tan culpable que estaba deseando contármelo.

—Pues más le vale —murmuró Rocío al acercarse a la cama para darle un beso a Marta—. Yo también me alegro de verte. ¿Qué tal te encuentras?

—Con ganas de irme a mi casa —susurró la mujer después de echarle una ojeada cautelosa a la puerta entreabierta—. La comida está tan insípida, que como me lleve otra semana más aquí, me acabará por quedar grande hasta la ropa del año pasado.

—Bueno, en ese caso tendrías una excusa para comprarte ropa nueva, ¿no? —Sonrió Rocío.

Marta la estudió y acabó por asentir con una enorme sonrisa.

—¿Ves ahora por qué me gusta esta chica? —le preguntó a Aitana—. Siempre encuentra el

punto de vista positivo.

—Te gustaría todavía más si te hubiese traído unas chocolatinas o unos bombones, y engordan —resopló Aitana.

—Ah, pues sí, en eso tienes razón, con los bombones hubiera pasado a adorarla directamente.

Marta le echó a Rocío una de esas miradas con enormes ojos de minino hambriento que conseguía ablandar incluso al corazón más duro.

—Mamá, ni lo intentes. Rocío no va a traerte dulces de contrabando.

—¡Pero si no he dicho nada! —protestó Marta con inocencia.

—Mamá, mira que nos conocemos.

Aitana compartió un guiño disimulado con Rocío, quien seguía divertida la conversación.

—Faltaba más, soy tu madre —gruñó Marta—. Y para que lo sepas, no es Rocío la que debería traerme el chocolate, sino tú, que por algo eres mi hija.

Aitana arqueó una ceja.

—Fíjate lo buena hija que soy, mamá, que cuando salgamos de aquí voy a invitar a Rocío a una copa de helado con nata a tu salud, y te prometo que pensaremos en ti mientras nos la comemos.

—Si ya lo decía el refrán: cría cuervos...

Sentadas en la heladería, Rocío se metió la punta de la cucharadita en la boca, cerró los ojos y soltó un largo gemido. Aitana fue incapaz de apartar la mirada y su bajo vientre se contrajo ante aquel sonido bajo y algo áspero.

—¿Te gusta? —Aitana tuvo que obligarse a mantener la mirada sobre el paraguas de colores que coronaba una de las bolas de helado.

—¡Me encanta! —Suspiró Rocío satisfecha—. No sé si estamos aquí porque pretendías darle una lección a tu madre o porque te apetecía salir después de llevarte tantos días encerradas en el piso, pero gracias. Llevaba semanas de antojo de helado de huevos Kinder.

—Más bien lo primero. Si te soy sincera, tampoco solía salir demasiado cuando estaba en mi propia casa.

—¿Por qué no? —Rocío chupó la nata del tubito de galleta antes de mordisquearlo feliz.

Aitana encogió los hombros.

—Me resulta incómodo exponerme a la gente. Me avergüenza que las personas que me conocen me vean así.

La cucharilla de Rocío chocó ruidosamente contra el platito en el que reposaba su copa cuando la miró boquiabierta.

—¿Vergüenza? ¿Por qué ibas a avergonzarte? Ni que hubiese sido algo que te hubieses hecho queriendo o que fueras un bicho raro.

—Fácil. Veo la compasión en sus ojos, la forma en la que me miran o apartan la mirada. —Aitana soltó una carcajada seca—. ¿Te puedes creer que algunos hasta cambian de dirección en medio de la calle con tal de no cruzarse conmigo?

Rocío estudió la espesa gota de helado que fue resbalándose por el cristal estriado.

—¿Te has planteado que quizá sea porque no saben lo que hablar contigo?

—¿Y qué me importan a mí los motivos que tengan? —bufó Aitana.

—Porque en parte la culpa es tuya —le explicó, manteniéndole la mirada cuando Aitana frunció el ceño—. Nos miras como si tuviéramos la culpa de lo que te pasa. La mayor parte del

tiempo no hablas, ladras como un perro que quisiera que protegieran su territorio con una alambrada. No te enfades por lo que voy a decirte, creo que es importante que lo sepas: las personas se dan cuenta de que eres un animal herido y tienen miedo de que les muerdas si se acercan demasiado a ti.

Aitana dejó la cucharilla rebosante de helado en la copa y la miró.

—¿Y tú? ¿También me tienes miedo?

Rocío ladeó la cabeza.

—¿Quieres la verdad? Creo que me tienes más miedo tú a mí que yo a ti.

## Capítulo 16

En cuanto localizó una mesa libre en la pequeña cafetería del centro comercial Rocío se apresuró a pillarla. Antes de sentarse comprobó que tuviera una buena vista a la peluquería. Con una sonrisa dejó el bolso en la silla adyacente y el móvil sobre la mesa. Convencer a Aitana de que fuesen a pelarse fue lo mejor que podía haber hecho. No contaba con que Aitana insistiera en que ella también se hiciera un cambio de imagen, ni que pagase por él, pero había sido un plus. Se sentía guapa para variar y, aunque Aitana se había hecho de rogar para hacerse también una manicura y pedicura, a ella le bastaba mirarla para darse cuenta de que, con el corte y las transparencias en el cabello, volvía a parecerse a la Aitana elegante y cosmopolita de antaño. Solo le faltaba un poco de maquillaje, pero eso era algo de lo que iba a encargarse en cuanto llegaran a casa.

Aitana necesitaba volver a cuidarse un poco a sí misma y ella no se quedaba atrás. Ambas se lo merecían y ambas necesitaban dar un paso hacia el futuro.

La vibración del móvil la sacó de sus pensamientos.

RA22: «¡Hola! ¿Cómo te van las cosas?».

Titubeó al ver el mensaje que había recibido por la web de citas, pero acabó por pinchar en la burbuja de respuestas.

Ro-Queen: «Vamos a dejar una cosa clara desde el principio, estoy harta de gilipolleces y no tengo ganas de seguir perdiendo el tiempo. Estoy embarazada».

RA22: «Te diría que enhorabuena, pero te noto a la defensiva. ¿No quieres tenerlo?».

Ella bufó irritada.

Ro-Queen: «¡Claro que quiero! ¡Es mi hijo!».

RA22: «¿Y entonces por qué me lo dices como si tuviera que salir corriendo?».

Ro-Queen: «Porque todos los hombres hasta ahora han salido huyendo en estampida en cuanto se han enterado».

RA22: «Pues en ese caso me alegra no ser como “todos” los hombres».

Ro-Queen: «Tampoco me voy a la cama con el primero que llega, y jamás me he acostado con un hombre en la primera cita».

RA22: «No esperaba que lo hicieras, pero está bien que me lo hayas dejado claro».

Ro-Queen: «¿No te importa?».

RA22: «¿El qué? ¿Que no te quieras acostar conmigo en la primera cita? Pues la verdad es que no, de hecho, preferiría que nos conociéramos un poco mejor por aquí antes de meternos en una cita en la que ambos nos sentiremos incómodos».

Ro-Queen: «Eres el primero que me dice que quiere tomarse su tiempo».

RA22: «A este paso, o vas a acabar de acomplejarme o a hacer que se me infle el ego. ¿Es bueno o malo que sea tan diferente a los demás?».



Ro-Queen: «Supongo que es bueno».

RA22: «¿Supones? Eso no suena muy alentador».

Al leerlo, los labios de Rocío se curvaron por voluntad propia.

Ro-Queen: «Es para que no se te suba a la cabeza».

RA22: «Muy graciosa».

Ro-Queen: «Ah, ves, eso de ser graciosa se me da genial».

RA22: «Me da que eres genial en bastantes más aspectos que ese».

Ro-Queen: «De ti depende averiguarlo».

Cuando Aitana llegó a su lado, Rocío bajó el móvil despacio.

—¡Guau! Creo que te conozco. ¿Tú no eras esa chica del instituto que tenía a todos los tíos loquitos por ella?

Aitana entornó los ojos.

—Hoy tienes el gracioso subido.

—No, lo digo en serio. El peinado te sienta genial y llevaba tanto tiempo viéndote sin maquillaje que ya ni recordaba a la antigua Aitana.

—¿Antigua Aitana? Eso ha sonado a vejestorio. No sé si sentirme insultada. En cuanto a las sombras de ojos, la chica de la manicura insistió en ponerme un poco.

—Llámalo como quieras, me refiero a esa mujer sofisticada, elegante y tan segura de sí misma que el resto de los mortales nos apartábamos de su trayectoria para que no nos pisase como las hormigas que parecíamos a su lado.

—¿Es así como me veías? —La sonrisa de Aitana había desaparecido.

—No, no lo entiendas como una crítica o en el mal sentido —se corrigió Rocío apresurada—. No era mi intención insinuar que fueras amenazante a propósito, me refería más bien a la admiración que despertabas por doquier. Representabas el ideal de lo que a una chica le habría gustado ser y lo que un chico podía desear en una mujer.

—¿En serio?

—¿Tú te has visto la piel que tienes? —Rocío alargó la mano para tocarle la mejilla, pero la retiró en cuanto su mirada se encontró con la de Aitana—. Es tan delicada y blanca que parece porcelana y hace que el azul de tus ojos resulte magnético. Tu cuerpo es perfecto, eres alta y estilizada y tu buen gusto a la hora de vestir lo destaca aún más. Y encima eres inteligente. ¿Cómo puede extrañarte que las demás nos sintiéramos en inferioridad estando a tu lado?

—Es curioso —murmuró Aitana después de un largo rato estudiándola—. Lo que a mí me encantaba era tu tez morena y saludable, tus pechos redondos y llenos y tus curvas tan femeninas. Que encima fueses tan inocente que no te dieras ni cuenta del morbo y la sensualidad que desprendías siempre me resultó... —Rocío detuvo la respiración cuando Aitana hizo una pausa—, fascinante.

Con los vellos erizados, Rocío carraspeó y borró de su mente la palabra «excitante» que le había aparecido de la nada.

—Bien, parece que nadie está conforme nunca con lo que tiene —bromeó Rocío—. Entonces, ¿qué más quieres hacer ahora que estamos aquí? —Cambió rápidamente de tema, incapaz de seguir enfrentándose a una mirada que parecía ser capaz de colarse en sus pensamientos y leerlos—. Son las nueve y he quedado con Sara y Javi en que vendrán a recogerlos cuando cierre el centro comercial a las diez. Iremos juntos a cenar. Eso nos deja aún una hora —finalizó Rocío

moviendo las cejas con intención.

—Innos de compras —sonrió Aitana sin pensárselo.

—¿Quieres entrar en una tienda de puericultura? —Rocío se detuvo ante la puerta automática y miró las estanterías llenas de coloridos trajecitos, mantas, juguetes y demás trastos que probablemente apenas se usaban, pero que eran el sueño de cualquier madre y bebé—. ¿Por qué?

—Porque creo que ya es hora de que dejes de actuar como si no estuvieras embarazada y que lo asumas —respondió Aitana con calma.

—Lo tengo asumido.

—Entonces no veo por qué no podemos entrar.

—Porque esas cosas cuestan un pastón y es mejor no precipitarse.

A pesar de que decirlo en alto hacía que se le hiciera un nudo en el estómago, era la verdad y debía de ser coherente con su situación.

—Pues en ese caso, es tu día de suerte, tengo el capricho de comprar uno de esos preciosos peleles de recién nacido y algún que otro antojo.

—Aitana, no puedes gastarte tu dinero en eso.

—Estabas dispuesta a llevarme de tiendas. ¿Qué más da en qué me quiero gastar mi dinero?

—De tiendas, sí, pero para ti, no con la intención de que me compraras nada a mí o a mi hijo.

—¿Quién decide eso? —Aitana alzó ambas cejas.

—No te sobra el dinero —se justificó Rocío al percatarse de lo controladora que había sonado.

—No, no me sobra, pero sigo cobrando por mi baja médica y tengo algo ahorrado.

—Javi me dijo que no os podíais permitir demasiados lujos.

Rocío se cruzó de brazos. No le gustaba recordárselo, pero no iba a permitir que pasase apuros económicos por ella.

—A ver. —Aitana se echó atrás en su silla de ruedas—. Cuando pasó lo del accidente tuvimos bastantes gastos extra y también es cierto que ya no cobro la productividad y los incentivos que cobraba antes y que eran bastantes. Ese fue el motivo por el que mi madre y yo llegamos al acuerdo de que debíamos apañárnoslas con nuestros ingresos mensuales y no tocar los ahorros. Ya sabes, por eso de que, si ocurría algo, que pudiéramos estar tranquilas, pero no es como si no pudiera permitirme algunos caprichitos y demás.

—Ya te has concedido unos cuantos hoy y también me has pagado el corte de pelo, no hace falta que te gastes más en mi.

—Ro, ¿me has visto tener muchos gastos desde que estoy viviendo con vosotros?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tiene que ver porque lo estás cogiendo de excusa para no entrar en esa tienda y comprarle algo a tu bebé.

—Yo no... —Rocío abrió la boca para negarlo, pero acabó por cerrarla.

Aitana se inclinó hacia delante y la miró fijamente.

—Podemos elegir lo que voy a comprar entre las dos, o puedo hacerlo yo sola, tú decides. Lo que no es negociables es que vayamos a comprar algo. —Sin esperar su respuesta, pasó al establecimiento y fue directa a la estantería de ropa de recién nacido—. ¡Mira esta preciosidad!

Rocío trató de no fijarse en lo bonito que era aquel trajecito de punto de dos piezas con patitos bordados en el frente.

—Es rosa. Aún no sé si es niño o niña.

—Mira, aquí tienen el mismo, pero en blanco roto. —Parecía que Aitana estaba decidida a no permitir que ella le estropease el momento.

A Rocío tampoco le pasó desapercibido que se lo estaba enseñando de tal forma que no pudiera ver la etiqueta del precio. Mordiéndose los labios, asintió.

—Es precioso, sí.

Sin decir nada más, Aitana se lo colocó sobre el regazo y siguió mirando cosas. Aun si hubiese querido, Rocío no podría haberla seguido. Un enorme nudo le atenazaba la garganta y los ojos le quemaban.

—¿Ro? ¿Va todo bien? —Aitana se volvió hacia ella y la estudió preocupada.

Tras asentir, Rocío terminó por negar.

—El martes tengo la cita para hacerme la ecografía. No quiero ir sola —admitió con la voz quebrada por el esfuerzo de no romper a llorar.

—No tienes que ir sola. A mí me encantaría acompañarte —se ofreció Aitana con determinación.

Con un pequeño asentimiento, Rocío se acercó a un expositor al lado de Aitana en el que había diferentes tipos de sonajeros. Escogió un hipopótamo de vivos colores y lo acarició ausente.

—Tenías razón, he estado evitando este tipo de situaciones.

Aitana le cogió la mano y se la apretó con suavidad.

—Es una experiencia única. Tienes que empezar a disfrutar de ella.

Secándose las lágrimas, Rocío sonrió.

—Este me lo llevo sí o sí, pero lo pago yo.

—Ve a por una cesta. Hoy nos van a tener que echar de la tienda —bromeó Aitana con un guiño.

Aitana tuvo razón, para cuando llegaron a la cola de caja, por la megafonía resonaba una voz recordándoles a las once personas que quedaban en la tienda que cerraba en quince minutos y que fuesen terminando sus compras.

—Mierda, va a ser imposible que Javi no se fije en esas bolsas de papel —gimió Rocío al ver la que la cajera le entregó a una de las clientas. No solo eran de un intenso color verdoso, sino que la marca resultaba inconfundible.

—¿Y no crees que ya es hora de contárselo a tu hermano? Tiene derecho a enterarse por ti.

—Lo sé. —Cansada, Rocío se frotó el entrecejo. Aitana tenía razón, estaba de acuerdo con ella, pero era bastante más sencillo decirlo que hacerlo—. Creo que lo que realmente me retiene es el tener que enfrentarme a su juicio silencioso. Javi nunca dice lo que piensa si cree que con ello puede hacerte daño. El problema es que, si no te lo dice, tampoco puedes explicarte, ni tratar de que te entienda.

—Creo que te equivocas con tu hermano, es mucho más comprensivo de lo que crees. Si se lo hubieses planteado, probablemente ahora mismo sería él quien estuviera aquí contigo en vez de yo.

Rocío soltó una carcajada seca.

—Aitana, mira a tu alrededor. Las mujeres o vienen solas o con sus parejas. No hay hermanos aquí. —Señaló con disimulo a los dos hombres que se encontraban en la tienda. Uno de ellos tenía entrelazados los dedos con la chica que iba a su lado, y al otro lo habían visto apenas unos minutos antes besando a su pareja—. Otra cosa muy diferente son las hermanas o las amigas. —Rocío se giró hacia las dos mujeres apostadas en una esquina eligiendo un carrillón musical—. Las hermanas sí te acompañan a... —Lo que iba a decir se esfumó de su mente en cuanto la

pelirroja acunó la mejilla de la rubia y la besó con tanta dulzura que Rocío no fue capaz de apartar la vista de ellas, aun a sabiendas de que era de mala educación.

—¿Qué decías de las hermanas?

Incluso cuando su tono y su ceja arqueada dejaban claro que estaba mofándose de ella, en los ojos de Aitana se reflejaba una expresión extrañamente intensa que consiguió que el corazón de Rocío se saltase dos latidos.

Rocío le dio la espalda antes de tragar saliva. Aitana no necesitaba descubrir cómo le afectaba aquella mirada ni, mucho menos, averiguar que le recordaba a la mañana en la que le había hecho el amor.

## Capítulo 17

Ro-Queen: «Una pregunta. Lo del 22 de tu alias, no será tu edad, ¿no?».

RA22: «¿Importaría que lo fuese?».

Ro-Queen: «Tengo 33 años».

RA22: «¿Eres de ese tipo de personas que juzgan a la gente por su edad, el color de su piel y ese tipo de cosas?».

Rocío juntó las manos y trató de encontrar una respuesta que no sonase horrible. No le importaba que fuese de otra raza, pero ¿qué haría si tuviera veintidós? Eran once años menos que los que tenía ella. Siendo honesta consigo misma, no se veía saliendo con un chico tan joven y, mucho menos, si se tratase de una relación seria con vistas a un futuro. Pero ¿cómo de superficial resultaría que le confesase eso?

RA22: «Tardas en contestar. ¿Tienes dudas al respecto?».

Con un suspiro de rendición decidió ser sincera o, al menos, todo lo que se atrevía a serlo.

Ro-Queen: «Nunca antes me había planteado estar con alguien tan joven. Nos encontramos en diferentes fases de la vida. No sé si una relación así podría salir bien. Tengo mis dudas al respecto, lo siento».

RA22: «¿Y si fuese más viejo que tú?».

Ro-Queen: «¿Cuanto más?».

¡Dios, por favor, que no sea un anciano jubilado buscando recuperar su juventud perdida! Esperó sin aliento mientras el cuadrado del chat le señalaba que RA22 estaba escribiendo.

RA22: «¿3 más?».

—¡Bien! —exclamó Rocío con un gesto de victoria. El carraspeo de Aitana le recordó que no estaba sola, al levantar la vista de la pantalla, se encontró con la ceja arqueada de Aitana y su expresión burlona—. Yo... eh... acabo de enterarme de que... ¡he ganado a la lotería!

—Ah, vaya. Eso es genial. ¿Y cuanto has ganado?

—Sí, eh... Treinta y seis —respondió después de sacar sus cuentas mentales, satisfecha de que no estuviese mintiendo del todo.

—Suficiente como para que te toque pagar el café la próxima vez que salgamos.

Rocío encogió la nariz, pero consiguió morderse la lengua. Era un precio barato a cambio de poder seguir conservando su secreto. Por mucho que le gustaba conversar con RA22, por algún motivo se sentía mal al confesárselo a Aitana.

RA22: «¿Sigues ahí?».

Ro-Queen: «Sí, aquí estoy».

RA22: «No me has contestado».

Ro-Queen: «Me parecería una edad muy interesante».

RA22: «Me alegro, pero esa no es mi edad».

—¡La madre que lo parió!

—¿Y ahora qué es lo que ha pasado? —Aitana alzó ambas cejas.

Rocío miró de la pantalla a ella y otra vez de vuelta.

—Parece que me he equivocado de fecha. No me ha tocado la lotería —masculló malhumorada.

—Ah.

Ro-Queen: «Cuántos años tienes entonces».

RA22: «37. Aunque me falta poco para celebrar los 38».

Cuando se dio cuenta de que Aitana la estaba vigilando, reprimió su exclamación. Habría estrangulado a RA22 si lo hubiese tenido a mano.

Ro-Queen: «Muy gracioso».

RA22: «No voy a dejar que tú seas la única graciosa de los dos».

Le tomó todo su autocontrol mantener su rostro impassible cuando Javier entró con grandes zancadas en el salón y tiró su chaqueta sobre el sofá antes de hacerse con el mando del televisor.

—Nenas, espero que no os importe, pero están retransmitiendo el derbi Betis-Sevilla y yo no lo quiero perder. —Javier se tiró en el sofá y buscó el canal.

—¿Dónde he estado que no me he enterado? —preguntó Aitana colocándose a su lado.

—¿En serio? —Rocío miró de uno a otro.

Aitana se limitó a encoger un hombro.

—¿Tienes idea de lo divertido que es ser de un equipo de fútbol que siempre le pega palizas al de tu mejor amigo? —preguntó Aitana burlona.

—Hoy no caerá esa breva. El Betis lleva una temporada que se sale y vamos a hacer que los «palanganas» os retiréis con el rabo entre las patas —replicó Javier sin siquiera mirarla.

—¿Ves? —le preguntó Aitana a Rocío—. Dentro de un rato lo voy a tener arrastrándose a mis pies mientras lo humillo. ¿Puede haber algo más divertido?

—No sé cuál de los dos es peor. —Rocío entornó los ojos.

—Ella. —Javier señaló a Aitana con una amplia sonrisa—. No te fíes de su calma, es solo una fachada. Prepárate a descubrir su doble personalidad cuando comience a insultar al arbitro, al entrenador, a los jugadores y hasta al presidente del Sevilla.

—¿Dónde estaría la gracia del futbol si no sirviera de desahogo psicológico? —preguntó Aitana con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Pues sí, sí que va a ponerse interesante la cosa hoy —murmuró Rocío cabeceando.

—Oye, ¿ese no es el jarrón de papá? —preguntó de pronto Javier.

—Sí. —Rocío sonrió feliz y reajustó las margaritas que había comprado para estrenarlo.

—Vaya... está... ¿diferente? —Javier se rascó la cabeza—. Pero lo cierto es que ahora me gusta. Ha quedado genial con esas vetas doradas.

—Sí, ¿verdad? A mí también me gusta bastante más ahora —admitió Rocío con una mirada agradecida hacia Aitana, quien contemplaba su obra de arte con una extraña mueca.

—Ro, ¿le has echado agua? No creo que eso haya sido una buena idea. Dudo mucho que el adhesivo aguante.

Mordiéndose el interior de la mejilla, Rocío cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Estás tratando de insinuarme que soy tonta?

—No, claro que no —Aitana la miró espantada—. No trataba de decir eso, sino que...

—En ese caso, ¿compraste un pegamento de resina y no te leíste las instrucciones?

—Claro que me las leí y solo ponía que era conveniente mezclar bien los dos componentes. —

Por el ceño fruncido de Aitana, no se hacía ni una ligera idea de por dónde iban los tiros.

—Y también describía para qué servía, ¡y que era resistente al agua! —Rocío sacudió la cabeza al ver cómo se relajaron los hombros de Aitana—. ¿Seguro que no eres un hombre disfrazado de mujer?

Se dio cuenta demasiado tarde de lo que había dicho.

Aitana se limitó a arquear una ceja.

—Total y absolutamente segura. Diría que a estas alturas ya deberías saberlo. Eres tú la que me ayuda con la ducha, ¿no? —la retó Aitana con un tono tan sensual como ambiguo.

Sin poder evitarlo, a Rocío se le agolpó la sangre en las mejillas. Con alivio comprobó que Javier estaba tan enfrascado con las primeras imágenes del partido que ya no les prestaba atención.

—Me voy a hacer una pizza. ¿Alguien quiere?

Incluso antes de que pudieran responder, Rocío ya había huido hasta la puerta.

—A la mía échale mucha cebolla —gritó Javier tras ella.

—¡Y maíz! —añadió Aitana.

Cuando Rocío la miró por encima del hombro, los labios de Aitana esbozaban una sonrisa secreta cargada de intencionalidad. ¿No estaría Aitana recordando bastante más de aquella mañana en la que hicieron el amor de lo que había dejado traslucir por su comportamiento?

## Capítulo 18

Fue el pitido del móvil sobre su mesilla de noche lo que la sacó de su mundo de ensueños. Un vistazo a su despertador le arrancó un gemido. ¿Quién se despertaba a las seis de la mañana y se entretenía en mandar mensajitos?

Más dormida que despierta alargó el brazo y pescó el móvil a tientas.

RA22: «¡Buenos días!».

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. ¿Hasta qué hora habían estado hablando los dos anoche? ¿Y ya volvía a acordarse de ella? Se estiró con un bajo ronroneo de placer.

Ro-Queen: «Buenos días, madrugador».

RA22: «¿Te he despertado?».

Ro-Queen: «Ya estaba despertando».

RA22: «Me alegro. Te echaba de menos».

Rocío se tapó la boca con un pequeño grito.

RA22: «¿Hola? ¿Estás ahí?».

Ro-Queen: «Sí, desperezándome».

RA22: «Eso suena sexi».

Ro-Queen: «Si me vieras no dirías eso».

RA22: «Si pudiera verte, probablemente te estaría haciendo el amor».

Por un momento, Rocío se olvidó de respirar. ¡Dios! ¿No era adorable?

Ro-Queen: «¿Me harías el amor sin revelarme tu nombre?».

RA22: «¿Y perderme la oportunidad de lograr que lo chilles? No».

Ro-Queen: «¿Entonces no crees que ya sería hora de que hagamos las presentaciones?».

RA22: «Sabrás mi nombre cuando estés lista para que te haga el amor».

Ella tecleó una respuesta. Se mordió los labios, borró lo que había escrito y tamborileó con las uñas sobre el reverso del móvil.

Ro-Queen: «¿Y si te dijera que estoy preparada?».

Fue el turno de RA22 de retrasarse con su respuesta.

RA22: «¿Estás segura?».

Ro-Queen: «Ponme a prueba».

Mientras esperaban en la consulta del ginecólogo, Rocío no fue capaz de sacarse la pregunta de RA22 de la cabeza. ¿Se encontraba preparada para acostarse con él? ¿Quería realmente hacerlo?

Le gustaba. De eso no le cabía ni la menor duda. Era un tipo divertido que la hacía sentir bien



y, en ocasiones, habían entablado conversaciones interesantes sobre temas políticos o sociales que eran una prueba irrefutable de que era inteligente, con ideas originales, socialmente comprometido y con una buena dosis de empatía. ¿Se le podía pedir más a un hombre?

La verdadera cuestión era: ¿por qué, si era tan perfecto, seguía dudando? Y a esa pregunta sí que conocía la respuesta, estaba sentada justo a su derecha. Una mirada de reojo le mostró la sonrisa de Aitana al leer algo en el móvil. ¿Con quién hablaba cuando ponía ese tipo de expresiones?

—¿Ocurre algo? —Los ojos de Aitana se encontraron con los suyos.

—Estaba preguntándome a qué se debía esa sonrisita tonta que tienes. Te la veo mucho últimamente. —Cuando Aitana se limitó a arquear una ceja, Rocío insistió—. ¿Has conocido a alguien nuevo?

Aitana titubeó.

—En realidad no, podría decirse que es alguien de mi pasado.

—¿Una ex?

—Algo así.

—¿Y sigues sintiendo algo por ella? —Rocío se frotó los brazos.

—Me enamoré de ella cuando tenía dieciocho años y jamás he dejado de amarla.

—Lo dices con tristeza. ¿Qué pasó?

—No estábamos hechas para compartir un destino juntas.

—¿Y ahora sí?

Aitana estudió el móvil que había dejado bocabajo sobre su regazo.

—Probablemente no, pero he decidido disfrutar el momento.

Rocío abrió la boca y la volvió a cerrar. ¿Qué podía contestarle a eso? Se colocó una mano sobre el pecho, en un intento por aliviar el repentino peso que parecía estar aplastándola. ¿Por qué no quería, ni podía imaginarse a Aitana con otra mujer?

Fue la chica de recepción la que la libró de seguir enfrentándose a aquellos interrogantes.

—Señorita Garrido, puede pasar a la consulta dos.

Siempre que se encontraba en aquella camilla, con las piernas abiertas y la barriga descubierta, se sentía extrañamente vulnerable, pero no recordaba ni una sola vez en la que se hubiese sentido tan desamparada como en aquel momento. Le habría gustado engañarse a sí misma y autoconvencerse de que solo se trataba de nervios. No lo era. Era por Aitana y la misteriosa mujer que había conquistado su corazón.

—¡Oye! ¿Va todo bien? —La cálida mano de Aitana le envolvió la suya.

—No. Yo...

—Buenas tardes, señorita García. ¿Qué tal nos estamos encontrando? ¿Sigue con las náuseas y los mareos?

Aitana no le soltó la mano mientras contestaba a las preguntas que le fue haciendo la ginecóloga y pronto por la pequeña habitación resonó el latido acelerado de su hijo. Cuando le echó un vistazo a Aitana, esta miraba fascinada el monitor, en el que se perfilaba la silueta del bebé.

—¿Estás viendo eso? ¡Es precioso! Me vas a llamar loca, pero esa naricita es tuya. —Rio Aitana con lágrimas en los ojos.

Ella siguió su mirada y rio y lloró con ella.

—No sé qué tal bueno sea eso. La tengo demasiado chata y regordeta.

—Deja de decir pamplinas, adoro tu nariz y sea lo que sea, esa criatura será igual de guapa que

tú. —Aitana le besó la mano, sin importarle la presencia de la ginecóloga.

—Hoy va a ser su día de suerte, suponiendo que quieran saber el sexo del bebé —intervino la mujer.

Rocío compartió una mirada insegura con Aitana, quien asintió.

—Sí, me encantaría —confesó Rocío, feliz de poder compartir aquel momento con ella.

—En ese caso, espero que le gusten las niñas, porque lo que tenemos aquí es definitivamente a una chica y, por cómo se mueve, me da que las va a traer de cabeza.

—Entonces ya no quedan dudas de que es como su madre —bromeó Aitana con una enorme sonrisa—. Cuando salgamos de aquí, vamos a ir directamente al centro comercial a por ese trajecito de color rosa. Puedes comprarle coches en vez de muñecas, pintarle el cuarto del color que quieras, pero quiero verla con ese conjunto. Si es tan morena como tú y saca esos enormes ojos, va a estar para comérsela.

Tapándose la boca, Rocío soltó un sollozo.

—Enhorabuena. —Sonrió la ginecóloga recogiendo sus trastos y entregándole a Aitana una imagen tridimensional de la ecografía—. La niña está sana y todo va de maravilla.

Para cuando la mujer se fue y las dejó a solas, Aitana seguía admirando maravillada el trozo de papel.

—Creo que deberíamos comprar algún álbum en el que guardar estas cosas como recuerdo.

—Me encantaría, pero me conozco, no soy tan organizada como para llevarlo durante tantos meses. —Rocío se bajó con cuidado de la camilla.

—Para eso me tienes a mí. Si hay algo que se me da bien, entonces es la organización y el orden.

—¿Y estarás? —preguntó Rocío sin atreverse a mirarla.

—Ro, ven aquí. —Cuando se acercó, Aitana le tiró del brazo para que acabase sentada sobre su regazo—. La única que puede decidir si estaré a tu lado eres tú.

Sin esperar su respuesta, Aitana la besó con una mezcla de dulzura y hambre. Su mente se quedó en blanco, sus párpados se cerraron y lo único que permaneció fue el lento e incitante baile de sus lenguas y la sensación de que aquel beso iba mucho más allá del mero contacto de sus bocas.

—Pensé que estabas enamorada —musitó Rocío cuando sus labios se separaron y la realidad regresó de golpe.

—Lo estoy. ¡Hey, espera! —Aitana la retuvo por la muñeca cuando ella se levantó con piernas temblorosas y trató de alejarse.

—Tengo que vestirme —se excusó Rocío.

—Aún no te he dicho de quién estoy enamorada.

—¿Quién dice que quiera saberlo? —preguntó Rocío dando un tirón de su brazo para liberarse.

Como si no la hubiese escuchado, Aitana siguió hablando.

—Se llama Rocío, es la hermana de mi mejor amigo y me encapriché de ella cuando la conocí en su primer día de instituto, exactamente veintidós días después, la vi enfrentándose en el recreo a un matón que le sacaba dos cabezas y que acosaba a una chica empollona de su clase a la que nadie tragaba.

Rocío frenó en seco y se giró hacia ella.

—¿Cómo puedes acordarte de eso?

—Porque fue el día en que me enamoré de ti.

—¿Lo dices en serio? —Rocío la estudió boquiabierta.

—Muy en serio.

—Nunca me insinuaste nada, al contrario, me evitabas como la peste y me tratabas como a una niñaata.

—Tu hermano jamás habría permitido en aquel entonces que tratase de seducirte. Era demasiado protector para eso.

—Pero... todos estos años...

—Creí que eras hetero, eras la hermana pequeña de Javi, te echaste novio y tu hermano tenía sentimientos por mí. No eran precisamente los ingredientes para un cuento de hadas —confesó Aitana.

—¿Necesitan que les eche una mano? —preguntó la enfermera que asomó la cabeza por la puerta.

—No, no, gracias, ahora mismo nos vamos —balbuceó Rocío agitada.

Cuando volvieron a quedarse a solas, contempló a Aitana sin saber muy bien qué decir o hacer. Fue Aitana la que se hizo cargo de la situación.

—¿Por qué no te vistes y nos vamos a un lugar más tranquilo? —le propuso Aitana con suavidad—. No es que no me encante tenerte sin bragas, pero creo que deberíamos hablar antes de pasar a esa parte de nuestra relación.

—El día que hicimos el amor... lo recuerdas, ¿verdad?

—Hasta el más mínimo detalle —aseguró Aitana con ternura.

Fue el móvil de Aitana el que las interrumpió, rompiendo el hechizo.

—Creo que voy a vestirme antes de que crean que nos lo estamos montando aquí dentro.

Los labios de Aitana se estiraron hacia un lado.

—¿Me estás dando ideas? —preguntó echándole una ojeada a la camilla con las perneras.

—¡Pervertida! —Rocío la miró horrorizada, aunque muy en el fondo no le quedaba más remedio que admitir el morbo de la situación.

—Siempre. —Sonrió Aitana—. Te espero afuera antes de que caigamos en la tentación —susurró al aceptar la llamada.

A solas, pasaron varios segundos antes de que Rocío se pusiera en marcha. Temblaba como una gelatina y se sentía con ganas de pegar saltos de la emoción. Si era un sueño, entonces no quería que la despertasen. Tampoco pensaba analizar lo que podía implicar. No en ese instante, ni en ningún momento cercano. Era el momento de no pensar y dejarse llevar por lo que el destino le tuviera preparado.

Diez minutos después, su tímida sonrisa se congeló al encontrar a Aitana en el pasillo, con la tez cenicienta, los hombros caídos y la mirada perdida en algún punto indefinido frente a ella.

—Aitana, ¿qué ocurre? —Rocío corrió a su lado.

—Ya he avisado para que nos recoja un taxi —la informó Aitana con la voz hueca.

—Aitana, ¿qué ocurre? —insistió Rocío de nuevo, poniéndose nerviosa.

—Tenemos que irnos. Es mi madre.

A la llegada del hospital, Javier las estaba esperando con la cara descompuesta.

—Están a punto de meter a Marta en el quirófano. Tenemos que aligerarnos. Van a permitirte que la veas antes de que entre —explicó Javier mientras ayudaba a Aitana a bajar del taxi—. Solo van a dejar que entre ella, quédate con su bolso —le pidió a Rocío al empujar la silla a pasos agigantados hacia la entrada. Te veo en la sala de espera.

A Rocío apenas le dio tiempo de asentir antes de que se encontrase a solas frente al enorme

complejo hospitalario. Tomó varias inspiraciones fuertes para tratar de calmarse antes de salir con pasos temblorosos en busca de la sala de espera.

¿Cómo era posible que en tan poco tiempo su mundo y el de Aitana hubiesen dado un giro tan tremendo? Intentando no deprimirse, Rocío revisó su móvil. El encontrar un mensaje de RA22 la hizo titubear. No se sentía bien hablando con él con lo que había compartido con Aitana en la clínica. Era como si estuviese jugando a dos bandas y ella no era de ese tipo de personas. Necesitaba hablar con Aitana y aclarar lo que existía entre ellas y le debía una explicación a RA22 de por qué no iba a seguir en contacto con él.

Decidida a coger el toro por los cuernos; abrió el mensaje de RA22.

RA22: «Hola, ¿tienes planes para esta noche? Aunque estemos separados, me encantaría que viéramos las estrellas juntos».

Con un profundo suspiro, Rocío se echó atrás en el respaldo. Si no hubiese sido por Aitana y los sentimientos que había despertado en ella, de verdad que podría haberse enamorado de RA22. Tenía esa cualidad tierna y romántica con la que te hacía sentir el centro de su universo y eso era algo que ella había ansiado encontrar en una pareja.

Rocío: «Hola, ¿estás ahí?».

El móvil de Aitana vibró en su bolso. Intentó buscarlo, pero la pequeña mochila de piel de Aitana era como un bolsito mágico en el que los objetos desaparecían para no volver a salir jamás. Solo Aitana era capaz de encontrar algo en aquel bolso.

Rocío: «RA22, necesitamos hablar. ¿Me avisas cuando llegues?».

El móvil de Aitana volvió a vibrar, casi como si se hubiese sincronizado con ella. Rocío lo ignoró.

Rocío: «Por cierto, la idea de ver las estrellas juntos es preciosa».

Esta vez, cuando sonó la vibración en la mochila, Rocíoladeó la cabeza y la estudió. Una vez era casualidad, dos una curiosidad, pero tres ya parecía demasiada coincidencia.

Rocío: «¿Hola?».

Vibración.

Rocío: «?».

Rocío: «?».

Rocío: «?».

Rocío: «?».

Rocío: «?».

Con cada mensaje la vibración se repitió una y otra vez, como una grotesca burla. Rocío se tapó la boca con un sollozo. La había engañado. Todo ese tiempo había estado tomándole el pelo. ¿Cómo podía hacerle eso? ¿Qué le había hecho para merecerse algo así?

Rocío: «R de Rodríguez y A de Aitana. Ha estado todo este tiempo delante de mis narices y yo, tan tonta, no me he dado cuenta. Con razón dijiste que yo te parecía inocente. Espero que te lo hayas pasado bien riéndote de mí».

## Capítulo 19

En alguna parte se escuchaba una megafonía que repetía de forma estridente:

—Los familiares de Marta Sanz, por favor, acudan a la consulta número cuatro. Los familiares de Marta Sanz, por favor, acudan a la consulta número cuatro.

—Aitana, despierta, Aitana. —Javier la zarandeó con suavidad—. Te están llamando.

Con un gemido de dolor, Aitana se incorporó y se apartó con manos inestables los mechones que se le habían pegado a la cara.

—¡Mi madre! ¿Qué ha pasado?

—Creo que te buscan para comunicarte los resultados de la operación —le dijo Javier empujando la silla por el largo pasillo mientras buscaba las indicaciones.

Encontraron la puerta de la consulta abierta. Cuando se asomaron, el médico, sentado tras el inmenso escritorio lleno de carpetas, alzó la cabeza de los documentos que estaba revisando.

—¿Son los familiares de Marta Sanz?

—Soy su hija, sí. —Se apresuró a aclarar Aitana.

El hombre asintió.

—Pasen, por favor y tome asiento. —Le señaló una silla a Javier—. La intervención ha salido bien, le hemos desobstruido una arteria coronaria que ha sido la causante del ataque que sufrió. Por el momento sigue sedada y la mantendremos durante cuarenta y ocho horas en observación. Si todo va bien, pasado mañana pasará de nuevo a planta.

—¿Qué riesgos hay de que no salga bien? —A Aitana le temblaba la voz.

El hombre se deslizó las gafas por la nariz y la miró por encima.

—Señorita...

—Rodríguez, Aitana Rodríguez.

—Bien, señorita Aitana Rodríguez. Si lo que busca son garantías, no se las puedo dar. Podría ponerle las cosas muy negras, dejarla pasar dos días muy malos y al final darme palmaditas en la espalda cuando su madre se encuentre fuera de peligro, sin embargo, no voy a hacerlo tampoco. Su madre es una mujer de cierta edad, pero se conserva bien, es fuerte y tiene ganas de vivir. Ha salido bien de quirófano y si no fuese así, ni yo, ni ningún médico nos cogeríamos los dedos por afirmar lo contrario. De modo que mi consejo es que piense en positivo y que descanse y recupere fuerzas para estar cuando su madre la necesite.

—Gracias —murmuró Aitana.

—¿Cuántas horas lleva sentada en la silla? —le preguntó el médico de repente.

Aitana encogió los hombros.

—No lo sé, doce, quizá catorce horas.

El médico se levantó y rodeó el escritorio para alzarle el dobladillo del pantalón.

—Tiene los tobillos hinchados. De un grado de uno a diez, ¿cuánto le están doliendo las

piernas? Porque imagino que es a eso a lo que se deben sus muecas.

Aitana podría haberse puesto a reír. ¿Solo las piernas? Le dolían la espalda, el trasero y hasta el alma.

—Seis la rodilla izquierda, diez la pierna derecha.

—¿Quiere que le mande a un compañero para que le den una inyección? Será más efectiva que las pastillas que esté tomando de forma habitual.

—No, me las apañaré con...

—Sí, se lo agradeceríamos mucho —la cortó Javier.

El médico lo estudió con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos, acabó por asentir y escribió con letra inteligible sobre un taco de notas, arrancó la hoja y se la entregó a Javier.

—Vaya a la consulta once y entrégueme esto. La atenderán enseguida. Y procure que repose —le advirtió el hombre a Javier antes de sentarse y devolver su atención a los documentos que tenía frente a él.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —exigió Aitana nada más salir de la consulta—. No quiero inyecciones.

—Incluso ese hombre, con solo verte, sabe que estás pasando dolor. Necesitas dormir y los demás también.

—¿Y qué te iba a impedir dormir? —preguntó Aitana con sarcasmo.

—Saber que una persona a la que quiero está sufriendo —espetó Javier con sequedad.

Aitana se masajeó el puente de la nariz. Puede que tuviera razón, puede que necesitase sencillamente cerrar los ojos y no pensar en nada más hasta que volviera a amanecer.

—¿Rocío y Sara siguen esperando afuera?

—No, he llevado a Rocío a casa. Toma tu bolso, lo dejó colgado aquí detrás.

—¿Y Sara? —A Aitana no le pasó desapercibido el tono funesto de Javier.

—Tampoco está.

—Javi, ¿qué ha pasado?

—¿Qué más da?

—¿Que qué más da? ¿Me lo estás diciendo en serio? —Aitana se giró para mirarlo, incrédula por encima de la silla.

—Sara y yo hemos acabado. No hay nada más que decir al respecto.

—¿Ha sido por mi culpa?

—La culpa es algo relativo y ya somos todos mayorcitos.

—Javier...

—Aitana, preocúpate mejor por lo que ha pasado con Rocío.

—¿Rocío? —Un escalofrío le recorrió la espalda—. ¿Qué ha pasado con Rocío?

—No ha querido contármelo, aunque yo también tengo una pregunta que hacerte: ¿Desde cuándo sabías que estaba embarazada?

La sangre pareció evaporarse de sus venas junto a sus fuerzas.

—¿Te lo ha contado? —indagó con cautela.

—Sí, entre lloros y sollozos.

—¿Qué le ha pasado? —Aitana no sabía cómo ponerse para poder verle la cara. Se le encogía el corazón solo de pensar que Rocío pudiese estar sufriendo.

—Por lo que se ve, alguien le ha partido el corazón —la acusó con una mirada fulminante.

—Pero ¿qué dices? Todo iba bien entre nosotras. Esta tarde... estaba bien hasta que me llegó la llamada de urgencias.

—Pues algo debe de haber pasado cuando se ha puesto así —le replicó él con una repentina frialdad.

—Javier, no tengo ni idea. Ni siquiera se me ocurre el motivo.

Él se detuvo y la miró de frente.

—Dímelo, Aitana. ¿Cuándo te enteraste de que estaba embarazada?

—Casi desde que me mudé a vuestro apartamento —confesó Aitana. Javier soltó una maldición, apretó la mandíbula y siguió empujando la silla—. Javi, ella tenía derecho a elegir cuándo contártelo, era su secreto, no el mío.

—Te consideraba mi mejor amiga —espetó Javier con furia contenida.

—Y lo soy, pero...

—¡Y una mierda! ¡Eras consciente de que mi hermana necesitaba apoyo y no me lo dijiste!

—Javier...

—Déjame de «Javier», he dejado a mi hermana llorando en mi casa, a solas, por estar aquí contigo. No estoy de humor para aguantar una de tus excusas sin fundamento.

Por mucho que le doliera, Aitana sabía que no volvería a hablar con ella hasta que se calmara. Abriendo su bolso rebuscó en él hasta encontrar su móvil. Su intención de llamar directamente a Rocío quedó aplazada cuando vio el aviso de los diez mensajes que le había enviado por el chat. Le bastó echar un vistazo a los mensajes que solo llevaban un signo de interrogación para sumar dos más dos.

¡Joder! ¿Es que tenía que caerle toda la mierda junta? Sin pensárselo siquiera, Aitana marcó el número de Rocío.

Nada.

Su vida entera se estaba yendo al traste, y no se le ocurría nada para evitarlo.

## Capítulo 20

—Gracias por traerme. Puedes irte sin problemas. Avisaré a Carol para que me ayude a acostarme y con el chute que me han dado, dormiré como un tronco hasta que ella regrese por la mañana —le explicó Aitana al llegar a su casa.

Ambos habían decidido que, después de lo que había pasado con Rocío y Sara, y sobre todo el esfuerzo que implicaba subirla por la escalera, era mejor que pasase la noche en su casa en vez de en el apartamento de Javier. Y lo cierto era que no le había mentido, su lengua ya estaba tan pastosa que se le trababa al hablar.

—Ya he llamado a mi tía para que se quede con Ro.

—No es necesario que pases una mala noche, puedes regresar a tu casa, en serio —le aseguró Aitana.

—¿Es así como me ves? ¿Como la clase de persona que te dejaría tirada en un momento como este solo porque esté enfadada contigo o porque prefiera dormir en su cama?

—Yo no he dicho eso...

—Voy a prepararte la ducha —le comunicó Javier con un tono que no dejaba cabida a réplicas o discusiones.

Le podía haber informado de que no tenía ni las ganas ni las fuerzas de pelearse con él, pero se limitó a asentir y, en cuanto él desapareció en el baño, cogió el móvil. Marcó una vez más el número de Rocío, pero el resultado fue el mismo que el de los últimos diez intentos: ninguno.

Finalmente, entró en el chat y leyó el último mensaje que le había enviado.

*Rocío: «R de Rodríguez y A de Aitana. Ha estado todo este tiempo delante de mis narices y yo, tan tonta, no me he dado cuenta. Con razón dijiste que yo te parecía inocente. Espero que te lo hayas pasado bien riéndote de mí».*

Con los ojos irritados de retener las lágrimas, Aitana comenzó a responder.

Aitana: «Jamás me reiría de ti de esa forma. Has sido y serás siempre la mujer a la que amo».

Aitana: «La R es de Rocío, la A de Aitana y el veintidós los días que tardé en descubrir que eras la mujer de mi vida».

—¿Lista? —preguntó Javier al regresar al dormitorio—. Te he dejado una toalla en el lavabo. Desvístete hasta donde puedas y cúbrete con la toalla, resolveremos el resto como se vaya presentando.

Exhausta, Aitana dejó el móvil en la mesita de noche. Consiguió seguir sus instrucciones y esperar a que él cerrase la mampara de la ducha tras él, pero en cuanto sonó la puerta del baño anunciando que se encontraba sola, todas las lágrimas, tensiones y emociones acumuladas se desbordaron y acabó doblada sobre sí misma y sollozando con el puño metido en su boca.

No fue muy consciente de cuándo se abrió la mampara y se apagó el agua, pero cuando Javier la cubrió con una toalla y la tomó en brazos, ella apoyó su frente sobre su hombro y siguió



llorando.

—Todo saldrá bien, ya verás —la consoló Javier.

—Ya no hay nada que pueda salir bien —farfulló desconsolada. ¿Qué le podía salir bien? Su madre se encontraba de nuevo en la UCI y la única mujer que había amado no quería verla ni en pintura.

Javier la llevó directamente a la cama y la tapó con la sábana después de secarla. Para el cabello húmedo le dejó una toalla seca sobre la almohada para que no la mojara.

—Mañana cuando despiertes verás las cosas de otra manera —la animó.

—En vez de confesarle lo que siento por ella, la dejé creer que era otra persona. Era consciente de que no estaba bien, pero pasó y ya no fui capaz de retroceder. Lo siento, lo siento mucho, Javier. Debes de despreciarme tanto como ella. —Aitana se tapó el rostro con ambas manos.

Con un suspiro, Javier acercó un sillón a la cama y se dejó caer en él.

—No soy quién para recriminarte nada —le replicó él con tranquilidad.

—Eres su hermano, tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo.

—¿Tú crees? ¿Piensas que eres la única que le ha ocultado cosas?

—Nadie espera que uno le confiese sus trapos sucios a su hermana pequeña —refutó Aitana.

Con los codos apoyados sobre las rodillas, él se estudió los dedos antes de contestar.

—Ella sospecha, y con razón, que lo que ocurrió entre nosotros el día del accidente fue algo más que una simple discusión, pero jamás he sido capaz de contarle la verdad sobre lo que pasó. Sencillamente no he podido.

—Pues estáis equivocados ambos —respondió Aitana, con una bienvenida laxitud extendiéndose más y más por su cuerpo.

—¿De verdad pretendes convencerme de eso? —Javier soltó una carcajada seca—. Me comporté como un monstruo. Te acusé de cosas horribles y te amenacé. ¿Y por qué? Porque me sentí herido en mi estúpido orgullo masculino.

—Siempre has sido algo tendente a exagerar y, que conste, que si tuviera fuerzas, estaría entornando los ojos.

—No hay un día de mi vida en que no me arrepienta de lo que te dije.

—Para ahora mismo con esa idiotez. Pasó lo que tenía que pasar. Te declaraste, te rechacé y de paso descubriste que la persona de la que estaba enamorada era tu hermana. Era algo que jamás te debería haber mencionado. No en aquel momento, al menos. Y sí, es cierto que tú te podías haber parado un poco a pensar antes de ponerte hecho un energúmeno, pero tú no ibas al volante ni de mi coche ni de aquel camión. ¿Y sabes algo más? —Aitana esperó a que él la mirara—. Si no hubiese pasado ese accidente, es muy posible que a estas alturas siguieras sin hablarme y que, conociéndote, no me hubieses dejado acercarme a tu hermana a más de dos kilómetros de distancia.

—¿Y no habría sido eso preferible a tener que pasarte la vida en esa silla, renunciando a tu libertad y pasando día tras día por ese dolor que te consume?

—¿Estás tratando de pescar un cumplido o de deprimirme? —se burló Aitana con las pocas energías que le quedaban.

—¿Cómo lo haces? —preguntó él, incrédulo.

—¿El qué?

—Seguir bromeando incluso en los peores momentos.

—¿Qué otra cosa me queda si no lo hago?

Javier le cogió la mano entre las suyas.

—Espero que mi hermana recapacite y se percate del error que está cometiendo. No es fácil encontrar a una persona como tú.

Aitana sonrió con tristeza.

—¿Sabes algo curioso? —Ella le devolvió el apretón de manos y cerró adormilada los ojos.

—¿El qué?

—Que, si hubiese podido enamorarme de un hombre, habría sido la mujer más afortunada del mundo teniéndote a ti a mi lado.

## Capítulo 21

Aitana parpadeó ante la tenue luz que le cayó sobre el rostro y tardó varios segundos en darse cuenta de que se encontraba en su propia habitación. Era raro estar allí. Se había acostumbrado tanto al apartamento de Rocío y Javier que incluso lo extrañaba.

Miró el despertador, apenas eran las ocho. Hasta las once no iban a dejarla entrar en la UCI a ver a su madre. Con un suspiro situó su pierna para dejarse caer de espaldas.

No estuvo segura de si fue algún sonido o su instinto el que le hizo alzar la vista, pero su corazón se detuvo durante varios latidos ante la figura quieta que la contemplaba desde el umbral de su dormitorio.

—¿Rocío? —Aitana tragó saliva.

—Mi hermano se ha ido a descansar un rato.

—Es lo mejor, sí —murmuró Aitana.

Existían tantos sentimientos contradictorios reflejados en los ojos de Rocío, que el tirante que caía por su brazo desvelando el inicio de sus redondeados senos, o la forma en que el ligero vestido veraniego apenas llegaba a la mitad de sus muslos, mostrando sus torneadas piernas, pasaron a un segundo plano.

—¿Recuerdas que ayer por la mañana me preguntaste si de verdad estaba segura de querer hacer el amor contigo? —Una firme determinación esculpía la expresión de Rocío.

—Sí. —Aitana ni siquiera trató de negar que ella fuese RA22. Ya era demasiado tarde para ello, y tampoco era como si quisiera prolongar aquella mentira.

El sonido de las sandalias de Rocío al impactar sobre el suelo enmascaró en parte la incitante fricción de sus muslos y la fina tela de algodón al caminar. Aun así, el pulso de Aitana se volvió errático a medida que Rocío se acercaba a la cama.

La ausencia de palabras resultaba tan excitante como aterradora, pero se negó a romperla, y se limitó a observar cómo Rocío dejó un tarro sobre la mesita de noche, junto a un paquete de toallitas húmedas, una botellita de aceite y pinceles de varios tamaños.

—Esta noche he tenido tiempo de pensar en ello. —Rocío tiró de las sábanas.

Aitana dejó de respirar, atenta a cada uno de los cambios en su semblante. No hubo rechazo ni arrepentimiento a medida que iba descubriendo sus cicatrices, su sexo desnudo, los muslos pálidos y faltos de vida y la llamativa «S» que sobresalía sobre la estirada piel de su rodilla. Después de dejar las sábanas arremolinadas a los pies de la cama, Rocío se sentó en el filo y cogió el aceite.

—¿Y a qué conclusión llegaste? —indagó Aitana.

Los ojos de Rocío se encontraron con los suyos.

—Que mi respuesta es sí, que estoy lista.

—Lo dices como si hubiese un «pero».

—Lo hay —coincidió Rocío—. El «pero» es que he descubierto que la que no se encuentra preparada para pasar a otro nivel eres tú.

Bajo la vigilancia de los penetrantes ojos de Rocío, Aitana fue incapaz de preguntar o negar su afirmación. Tal vez se debiera a que su boca estuviese reseca, por el nudo en su garganta o, quizá, por su miedo a estropear la pequeña esperanza que se había alzado en su interior. Fuera lo que fuese, le impidió hablar.

Mostrándole el envase de aceite corporal, Rocío le dio tiempo de protestar o frenarla. Aitana casi soltó una carcajada seca. ¿Pararla? Estaba deseando el contacto de sus manos sobre su piel. No importaban sus malas miradas, su desdén, sus palabras chocantes y a veces demasiado sinceras y, ni siquiera, el motivo. Deseaba aquel roce humano, su calor, cualquier gesto que confirmara que se encontraba junto a ella, con ella.

El líquido transparente cayó como una fuente aterciopelada sobre su estómago, trazando caprichosos caminos sobre su cuerpo. Sus músculos se tensaron con anticipación bajo el satinado líquido y acabó por sujetarse con disimulo a la cama cuando Rocío soltó el frasco sobre la mesita de noche.

Las primeras caricias con las que extendió el aceite resultaron ser como el soplo de la tibia brisa que anuncia el cambio de mareas durante un día de espesa calima. Los rígidos músculos de Aitana se relajaron bajo el calmante recorrido de sus palmas a medida que se deslizaban con movimientos largos y suaves, embadurnándola hasta dejarla convertida en una brillante y resbaladiza ofrenda a algún dios pagano. Allá por donde pasaron, las manos de Rocío dejaron tras de sí un sendero de deliciosa satisfacción y agónica necesidad.

La manera en la que lo hacía, semejaba un ritual destinado a envolverla en una cálida sensualidad. ¿Era Rocío consciente de lo que le provocaba con sus manos? ¿Qué haría si le confesase que se moría porque se tendiera desnuda a su lado para sentir su piel y que quería que sustituyera las manos por su cuerpo? Despacio, Aitana soltó el aire retenido en sus pulmones. ¿Cuándo se había sentido tan conectada a otra mujer como a aquella? No recordaba a ni una sola antes del accidente y, después, simplemente no las hubo.

Estuvo por apartarle el mechón que caía como una cortina en su cara para colocárselo detrás de la oreja, pero el temor a que Rocío se apartase la detuvo, por lo que se limitó a observarla, a disfrutar de la belleza del ligero rubor sobre su tez morena, de la forma en que sus pechos seguían el vaivén de cada inclinación y cada estiramiento, y el lujurioso hormigueo que despertaba su tacto a su paso.

Su pierna izquierda dio una sacudida involuntaria ante el contacto, pero Rocío la presionó con suavidad hasta que el tic nervioso se calmó y siguió masajeando sus muslos y pantorrillas con la misma minuciosidad con la que había atendido el resto de su cuerpo.

Cuando llegó a sus pies, a Aitana le faltó poco para ronronear de placer. Que su sensibilidad fuese casi nula en el derecho, no significaba que no pudiera sentirlo, y nadie le tocaba los pies nunca, excepto en ese corto momento del aseo, en el que apenas por unos segundos la esponja pasaba por ellos como si fuese el cruce en una carretera.

Rocío se incorporó y regresó a su lado para limpiarse las manos con las toallitas. Aitana requirió de todo su control y fuerza de voluntad para no rogarle que siguiera. Habría estado dispuesta a pagarle, o lo que hiciera falta, con tal de que no se alejase.

Inconsciente de la tormenta que se desencadenaba en su cabeza, Rocío volvió a sentarse a su lado en la cama, se estiró a por el tarro que había dejado en la mesita y lo abrió, antes de remover su contenido con una de las brochas. No fue hasta que la alzó que Aitana pudo ver cómo de las

cerdas colgaban espesas gotas doradas.

—Es maquillaje mezclado con un poco de crema. Me he asegurado de que los ingredientes no vayan a provocarte ninguna reacción.

Aitana parpadeó confundida. ¿Reacción? No comprendió a qué se refería, hasta que las húmedas cerdas recorrieron la cicatriz que cruzaba zigzagueante su cintura.

—¿Vas a convertirme en una diosa dorada? —Lo que debería haber sido un comentario jocoso, su voz quebrada lo convirtió en un murmullo asustado.

Rocío negó en silencio. Las emociones de Aitana amenazaron con desbordarse. Por más que disfrutara de las atenciones de Rocío, era evidente que estaba ocurriendo algo mucho más importante.

## Capítulo 22

Rocío alzó la mano y estudió el trazo dorado que acababa de dibujar.

—Ayer, cuando descubrí que eras RA22, me sentí engañada y muy, muy enfadada. Tuviste suerte de no estar allí conmigo. Creí que me tomabas por tonta y que te estabas riendo de mí.

—No hubo nada más lejos de mi intención. Te lo juro —susurró Aitana sin apenas voz.

—Lo sé. He comprendido que el problema no estaba en mí, sino en ti. Incluso a pesar de la imagen segura y sofisticada que has proyectado ante el mundo, siempre has llevado oculta una cierta inseguridad. Tienes miedo al rechazo, ¿verdad? Por eso no me confesaste entonces que me querías y por eso renunciaste a cualquier posibilidad de que alguna vez pudiéramos estar juntas, incluso antes de intentarlo. Lo que ocurrió ayer en la clínica fue un simple impulso que se escapó de tu control. Estoy casi segura de que en cuanto lo hubieras racionalizado te habrías vuelto a inventar una de tus excusas para alejarte de nuevo de mí.

A Aitana le habría gustado poder negarlo, pero sospechaba que Rocío la conocía mejor que ella misma.

—Sigue.

—He decidido mostrarte que veo tus cicatrices, tus imperfecciones y tu fragilidad y que me parecen hermosas. Quiero que entiendas que me pareces bella y única y que me he enamorado de ti tal cual eres, y también pretendo que te veas como yo te veo. Voy a cambiar la historia de esas marcas y lo que significan y no pararé hasta que comprendas que formo parte de ti y de ellas. —Rocío bajó el pincel y la miró a los ojos—. No importa lo que te ame, no podrás devolverme ese amor hasta que no aprendas a perdonarte a ti misma, a aceptar tus imperfecciones y a amarte tal y como eres. A mí me ha costado comprenderlo, pero he asimilado la lección. Ahora te toca a ti.

—Ro...

—No, no hasta que termine, Aitana. —La acalló Rocío, regresando a su trabajo de cubrir las suturas con en el untuoso fluido dorado.

El tiempo pasó despacio, casi como si se hubiese detenido bajo aquellos calmantes toques de las cerdas. A pesar de que su desnudez incrementó la sensualidad de las aterciopeladas caricias del pincel, el ambiente se cargó de algo más que puro deseo sexual. La cercanía entre ellas se tornó mucho más etérea y espiritual y, a la par, más fuerte y resistente. Apareció una conexión entre ellas que no había existido antes y, por muy extraño que pareciera, Aitana anhelaba más el abrazarla y sentirla piel contra piel que el que se inclinara sobre ella y la besase.

Para cuando Rocío acabó de trazar la última pincelada de su obra de arte, Aitana la deseó con cada poro y con cada átomo de su ser, pero la anhelaba como un alma ansía a otra, con las ganas de fundirse en una sola para calentarse con su calor y compartir el suyo propio.

Conmocionada, Aitana observó en silencio cómo Rocío se dirigía al tocador y descolgó el espejo de la pared para acercárselo a la cama. Estudió a la mujer en el reflejo. Tenía un cierto

parecido con ella, con la mujer con la que desde el accidente no había querido identificarse, pero, a la vez, era tan diferente que apenas la reconocía. La pintura dorada recorría su cuerpo en un intrincado dibujo de delicadas flores, hojas y brotes, cuyas ramas se entrelazaban artísticamente cubriendo sus cicatrices y haciéndolas invisibles a la vista.

—Aún falta algo —murmuró ronca.

—¿Dónde? —Rocío arrugó el ceño y estudió su cuerpo como si esperase encontrar alguna marca que se le hubiera escapado.

—Suelta el espejo y ven aquí.

Apoyando el espejo sobre el sillón de la esquina, Rocío regresó junto a ella. Aitana palmeó el filo del colchón para que se sentase y, tomándose su tiempo, le deslizó los tirantes del vestido por los hombros y le abrió los diminutos botones. Al finalizar, Rocío se levantó, dejó caer el vestido al suelo y, sin necesidad de que se lo pidiera, se deshizo de su ropa interior.

—¿Y ahora?

—Dame la pintura y tiéndete aquí junto a mí. —Aitana le dejó espacio en el lado izquierdo de la cama.

Reticente, Rocío le entregó el recipiente, se acomodó sobre el colchón y la miró expectante. Sin ofrecerle explicaciones, Aitana usó el pincel para dibujar sobre su vientre. Sus habilidades artísticas jamás estarían a la altura de las de Rocío, pero en aquella ocasión esperaba que la intención fuese lo que contara. Aunque, durante los primeros segundos, Rocío dejó de respirar, al poco comenzó a ayudarle sin la necesidad de mediar palabras, moviéndose y colocándose de tal manera que Aitana pudiera terminar su composición.

—Deja el bote en la mesita y gírate hacia el espejo —la instruyó Aitana cuando acabó.

Después de hacerlo, ambas miraron a la pareja que se vio reflejada desde el otro lado de la habitación.

—Es hermoso, ¿verdad? —le preguntó Rocío con voz temblorosa.

Aitana se fijó en sus ojos brillantes, el sedoso cabello oscuro que caía sobre sus hombros y pechos, enmarcándolos como un suave chal de seda, tentándola con lo que le ocultaba y aquello otro que dejaba entrever, la tripa algo abultada, cubierta por enormes margaritas y flores de fantasía, y a ella misma, a su lado, con la mano apoyada sobre las caderas femeninas.

—Muy hermoso —murmuró de vuelta—. Estás tan preciosa que no creo que jamás olvide esta imagen.

Fue en ese mismo instante cuando, a través del campo de margaritas de su barriga, pareció barrer una suave, casi imperceptible brisa, que agitó las flores. Ambas soltaron un jadeo.

—¿Has visto eso?! —musitó Rocío llena de una asombrada fascinación.

Sin poder evitarlo, Aitana estiró la mano para tocarle el vientre y Rocío posó la suya encima.

—¿Duele? —preguntó Aitana muy bajo, para no asustar a la criatura.

Rocío negó con lágrimas en los ojos.

—¿Ves como eso de las barrigas al final no resulta nada sensual? —bromeó.

Aitana alzó una ceja.

—Tienes el don de la oportunidad. Siempre escoges el momento menos adecuado para provocarme. Ahora se me ocurren mil formas de demostrarte que no tienes razón.

—¿A qué te refieres? —Rocío dejó que tirase de ella hasta que ambas acabaron acostadas la una al lado de la otra.

—A que seguimos teniendo esa conversación pendiente y a que necesitamos confesarnos la una a la otra lo que sentimos.

—¿Tú crees? —Rocío le trazó el contorno del rostro con una expresión que le llegó al corazón —. Yo diría que ya sabemos lo que sentimos la una por la otra.

—¿Segura? No quiero que haya más malentendidos entre nosotras.

—Si lo que quieres es hablar, entonces hazlo, pero siempre pensé que lo de hablar es lo que venía después de las buenas comidas, los polvos alucinantes y...

—¿Acabas de decir polvo alucinante? —Aitana arqueó divertida una ceja—. Te has cargado el romanticismo del momento.

—Ves, es mejor no hablar —opinó Rocío con un mohín.

—No, puede que no, quizá sea mejor que lo dejemos para después. —Aitana se inclinó hacia ella, en busca de su boca, pero Rocío la detuvo colocándole un dedo sobre sus labios.

—Por cierto, lo de que eligieras tu alias con nuestros nombres y el número de días que tardaste en enamorarte de mí fue un detalle que me puso la piel de gallina. Jamás lo hubiese acertado. Creo que en el fondo eres una romántica empedernida.

—Ajá... Me alegra que te gustara. —Aitana retomó su intento por besarla.

—¿Y qué te pareció el mío? ¿Qué? ¿Por qué pones esa cara? —preguntó Rocío entrecerrando los ojos.

—Ro-Queen... Rocío Reina —pronunció Aitana despacio en un intento por ganar tiempo—. Imagino que no me conviene decir que me suena a actriz de cine porno, ¿verdad?

—No, para nada —le aseguró Rocío decidida.

—¿Y si te confesara que me encanta que te hayas vuelto una mujer poderosa, decidida a tomar las riendas de su vida y que te has ganado el derecho a llamarte reina? ¿Y que, además, me chifla que seas la mía?

—Sabes lo que decirle a una mujer, nena.

—Ventajas de ser una, supongo.

—Y si...

—¡Ro! ¡Por todo lo que es santo! ¡Cállate y bésame!

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca —sonrió Rocío.

—Luego me llaman a mí manipuladora —gimió Aitana—. Esto era justo lo que pretendías, ¿cierto?

Aitana apretó sus labios sobre los de Rocío, antes de que pudiera abrirlos para algo que no fuese responder a su beso. Tendrían tiempo para hablar, luego. En ese preciso instante, lo único que quería era sentirla y fundirse con ella hasta que el universo entero latiera solo al ritmo de sus corazones.



## Epílogo

—Es preciosa. —Raúl contemplaba embelesado la manita de la bebé que se aferraba a su dedo—. Y fuerte —añadió orgulloso.

—Eso lo ha heredado de nosotros. Y ¿has visto esa naricita? Es clavadita a ti de bebé —afirmó la madre con el semblante iluminado y los ojos llenos del inconfundible amor de una abuela.

Rocío sonrió con sentimientos encontrados. Estaba encantada de que Raúl se mostrara tan fascinado por su hija y, al mismo tiempo, ansiaba que se largara junto a su madre y la dejara a solas con Aitana, que aguardaba pacientemente en un rincón de la habitación del hospital.

Aitana la había acompañado durante el parto y fue la primera en verla al salir de observación con la niña, pero en cuanto llegó Raúl con su madre, se había apartado, quedándose en un discreto segundo plano. Entendía que lo hiciera, pero no estaba muy segura de que le gustara.

Aitana tenía más derecho que nadie a estar allí con ella y con la niña. Por mucho que Raúl fuera el padre genético, ella era la que realmente había compartido la ilusión del embarazo y también era la que iba a estar a su lado en el futuro para criarla. Era tan madre como ella de Alba y se merecía que todo el mundo le reconociera ese derecho.

El móvil de Raúl sonó con varios pitidos. Tan pronto como revisó la pantalla sus facciones se endurecieron. Apretó los labios, la comisura descendió y una profunda arruga se formó entre sus cejas. Rocío conocía aquella expresión. Fuera lo que fuese que pusiera en aquellos mensajes, le irritaba y mucho.

—Mamá, tenemos que marcharnos —masculló Raúl entre dientes.

—¿Ya? —Los ojos de la madre se agrandaron con incredulidad—. Pero si apenas hemos estado un ratito.

—Seguro que Rocío también quiere descansar. Parece agotada. —Raúl se metió las manos en los bolsillos y evitó mirarla.

—Yo me haré cargo de Alba. —Aitana se acercó en su silla.

La madre de Raúl le echó un corto vistazo a sus brazos extendidos antes de ponerle a su hijo ojazos de súplica.

—¿No podemos quedarnos aunque sea diez minutitos más?

Raúl soltó un pesado suspiro.

—Iré a por el coche. Te espero al lado de la parada de taxis. No te entretengas. No quiero que me pongan una multa. Adiós —se despidió Raúl dándole un último beso a su hija en la frente.

Rocío tardó unos segundos en recomponerse de la mirada llena de añoranza que le dirigió antes de marcharse.

—Seguro que es otra vez por esa marimandona que tiene de novia. No veas cómo se puso cuando se enteró de que estaba esperando una hija contigo. Lleva haciéndole la vida imposible

desde entonces. Aunque, la verdad —continuó la madre de Raúl—, nunca me cayó demasiado bien. Solo piensa en ropa, potingues y esas estúpidas fotos que se saca para Gistagram o como se llame.

—Instagram —la corrigió Rocío.

—Eso. Cuando los invito a casa, en vez de comer se pone a sacarle fotos a los platos de comida. No me extraña que esté tan canija. Cualquier día va a tener que ampliar las imágenes para poder verse a sí misma.

—Bueno, ahora se llevan las mujeres delgadas —alegó Rocío al percatarse de que ya no le importaba cómo se llevase Raúl con su pareja.

—Pamplinas. —La madre de Raúl hizo un gesto despectivo con la mano—. Raúl podrá llevarla del brazo, pero a mí no se me escapa cómo les mira el trasero a las otras chicas.

—Vaya.

Rocío tragó saliva. ¿Cuántas veces lo había pescado haciendo eso mismo mientras estaba con ella? ¿Por qué se lo había aguantado? Ya ni siquiera recordaba las justificaciones que se había inventado en aquella época.

—A ti también te mira. —Los ojos de la madre se volvieron inquisitivos—. ¿Por qué no vuelves con él? Estoy convencida de que no se lo iba a pensar dos veces.

¿Raúl no le había contado nada a su madre?

—Ya es demasiado tarde para eso —le aseguró Rocío con un rápido vistazo a Aitana, que las estudiaba a ambas con una expresión indescifrable.

—¡Qué va a ser tarde! Acabáis de tener una niña. Ahora es justo el momento de que le perdoneis y que regreséis.

—Me temo que estoy enamorada de otra persona.

—¿Y por qué no está aquí? —soltó la madre con prepotencia mirando a su alrededor como si esperara que un duende saltara de algún escondrijo.

La reacción inicial de Rocío fue soltarle la noticia de sopetón y sin vaselina, pero acabó por recordarse que se trataba de la abuela de su hija y que no quería privar a su bebé de esa relación. Que la mujer perteneciera a una generación en la que las parejas homosexuales no fueran públicas, tampoco era culpa suya.

—Verás, Isabel, aunque pueda resultarte extraño y que posiblemente llegue a costarte algo acostumbrarte a la idea, resulta que mi pareja y la persona de la que estoy enamorada locamente es Aitana.

Se produjo un largo silencio, uno en el que la madre de Raúl parpadeó varias veces y miró de una a otra. Finalmente, soltó un profundo suspiro.

—Mira que llevo meses diciéndole a mi Raúl que se espabile y que regrese contigo —murmuró más para ella misma que para Rocío o Aitana—. Es mejor que me vaya. —La mujer se levantó con la niña en brazos y titubeó antes de entregársela a Aitana—. Adiós.

—¡Adiós! —gritó Rocío tras ella, cuando la mujer desapareció de la habitación como si de repente se hubiera encontrado con un demonio—. Bueno, se lo ha tomado mejor de lo que esperaba... supongo —musitó.

—Se hará a la idea y... —Aitana besó con suavidad la manita de Alba.

—¿Qué tal va la cosa por aquí? ¿Necesitáis algo? —indagó la enfermera que se asomó por la puerta.

—No, muchas gracias, Gloria. —Le sonrió Rocío agradecida.

—Genial, estaré afuera si me... —Gloria se giró con el ímpetu que la caracterizaba para

marcharse —. ¡Ay!

—¡Lo siento! —Javier sujetó a la enfermera con la que acababa de tropezarse al entrar.

—No... no... yo...

Rocío se mordió divertida los labios ante el balbuceo nervioso de Gloria. Puede que ella fuese la hermana, pero habría tenido que estar ciega para no ver lo atractivo que podía resultar Javier con su metro noventa, hombros anchos y aquellos ojazos que había heredado de su padre.

—¿Sí? —preguntó Javier con un tono suave y profundo mientras miraba a Gloria a los ojos.

También había sacado el talante seductor de su padre constató Rocío con sequedad.

—No... no... nada... Tengo que... —La enfermera señaló afuera—, irme —terminó tras una pausa.

—Sí... eh... claro...

Ambos permanecieron mirándose, hasta que Gloria pareció recordar de repente que tenía que irse. Cuando Javier la siguió con la mirada por el pasillo Rocío intercambió una ojeada con Aitana, cuyos ojos brillaban divertidos.

—¿Qué ha sido eso? —gesticuló con los labios para que su hermano no se enterara.

Aitana no abrió la boca, pero sus labios se estiraron en una sonrisa secreta mientras encogió un hombro.

—Oye, Javi. Acabo de acordarme de que Gloria me preguntó si quería algunos pañales más, pero al final se me ha olvidado pedírselos. ¿Te importaría ir a decírselo?

—¿Qué? —Su hermano se giró despacio hacia ella, como si le costara apartarse de la visión del corredor.

—Acabo de preguntarte que si puedes pedirle a esa enfermera un par de pañales más. ¿En qué estás pensando? —se burló Rocío.

—¿A esa enfermera? ¿La que acaba de salir? —se aseguró Javier sin reaccionar a su provocación.

—Exactamente a esa, se llama... ¡Me ha dejado con la palabra en la boca! —exclamó Rocío indignada cuando su hermano cerró la puerta tras él.

Aitana soltó una risita baja.

—Parece que le ha impresionado esa chica.

—¿Tú crees? —Rocío miró la puerta con esperanzas. Si hace cinco minutos había pensado que su vida no podía ser mejor, acababa de darse cuenta de que estaba equivocada—. ¿No sería genial que ella fuera su media naranja? Me cae bien esa enfermera. Desparrama energía positiva a su paso.

—Ajá.

Ante la falta de respuesta, Rocío volvió a girarse hacia ella.

—¿Por qué me miras con esa cara?

—¿Yo? Por nada. Aunque, a decir verdad, sigo preguntándome por qué soy yo la que se ha ganado el título de manipuladora.

—Porque me quieres y porque no dejarías que nadie me tache de manipuladora —le contestó Rocío con su sonrisa más dulce.

—Ajá. —Aitana entornó los ojos.

—Además, tú eres la sofisticada de las dos. Una manipuladora sofisticada siempre es más sexi que una manipuladora a secas —continuó Rocío.

—No me digas. —Aitana no ocultó su escepticismo al respecto.

—Mhm... —Rocío reajustó su almohada y se puso a observar la forma en la que Aitana

acariciaba con ternura la mejilla de la pequeña Alba.

Alba, su hija. Aún no se podía creer que por fin pudiese tenerla en sus brazos y abrazarla y, por su expresión de absoluta adoración, Aitana debía de estar pensando lo mismo.

—Te quiero. —Ni siquiera lo pensó, se le escapó directamente desde el corazón.

Aitana alzó la mirada y le sonrió.

—¿Necesitas que te diga lo feliz que me haces y cuánto te amo?

Rocío negó adormilada.

—No, pero hay algo que aún no te he contado.

—¿Y eso sería?

—¿Recuerdas en el instituto cuando me tratabas como a un moscón molesto y me evitabas como a la peste?

—Nunca fue mi intención tratarte así, te rehuía, sí, pero lo hacía porque me daba miedo que descubrieras lo que sentía por ti. Lo siento mucho, cariño.

—Ajá, a eso es a lo que voy. No tienes que sentirlo. Creo que las cosas tenían que ocurrir así para que todo fuera perfecto.

—¿Qué cosas? —Aitana frunció el ceño como si no la comprendiera.

—Nosotras —murmuró Rocío cada vez más adormecida.

—¿Cielo? —Aitana parecía confundida.

—Tenía fantasías contigo, eróticas. Y creo que también sentía algo por ti. No era normal lo que me dolía que no me prestaras atención.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¡Joder! Si llego a saberlo...

Rocío rio por lo bajo cuando vio la expresión conmocionada de Aitana.

—A eso es a lo que voy. No fue nuestro momento. Necesitábamos vivir y crecer. Y tampoco tendríamos a Alba si yo no hubiera estado con Raúl.

El silencio de Aitana fue tan largo que Ro acabó por cerrar los párpados. Alba, su hermano y esa enfermera... Aitana... Eran casualidades demasiado perfectas como para que no fuera un plan maestro del universo.

—¿Ro?

—¿Sí? —Sin abrir los ojos, Rocío soltó un ronroneo de satisfacción cuando Aitana le cogió la mano.

—No me imagino con nadie más que contigo. Y sí, si todo lo que ha pasado es para que podamos tener a Alba, entonces ha valido la pena.

—¿De verdad? —Rocío abrió un ojo para mirarla.

—¿A cambio de tener a la mujer que amo y la hija con la que siempre he soñado? Sin la más mínima duda —contestó Aitana con ternura.

—Me alegro. —Rocío volvió a cerrar los ojos.

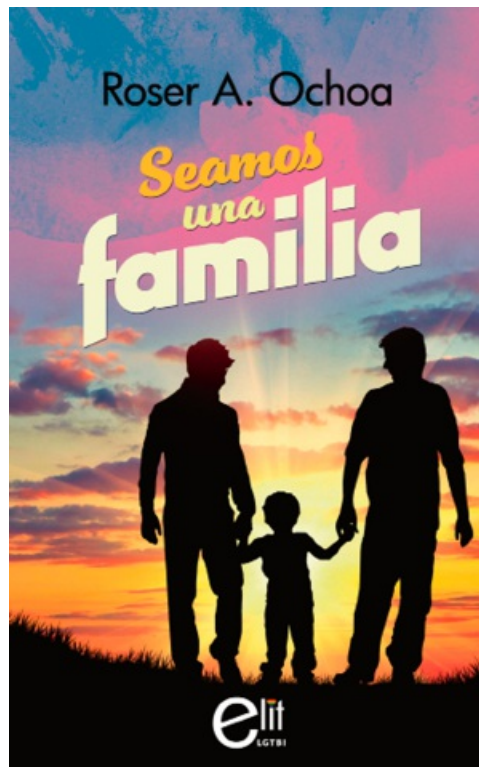
—Aunque me gustaría que me contaras algo más de esas fantasías.

Rocío rio por lo bajo.

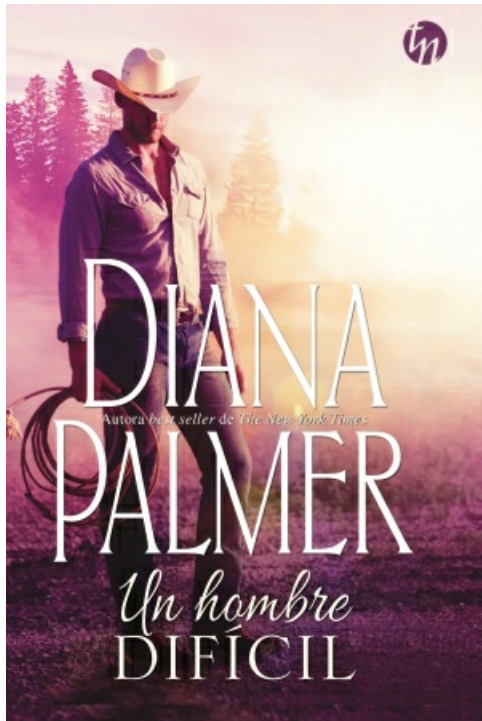
—Apuesto a que sí, pero ¿puede esperar a mañana?

—No hay prisa, cielo. Seguiré aquí cuando despiertes.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



## Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde? "Diana Palmer es una de esas

autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)



## Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)





## Atracción legal

Childs, Lisa

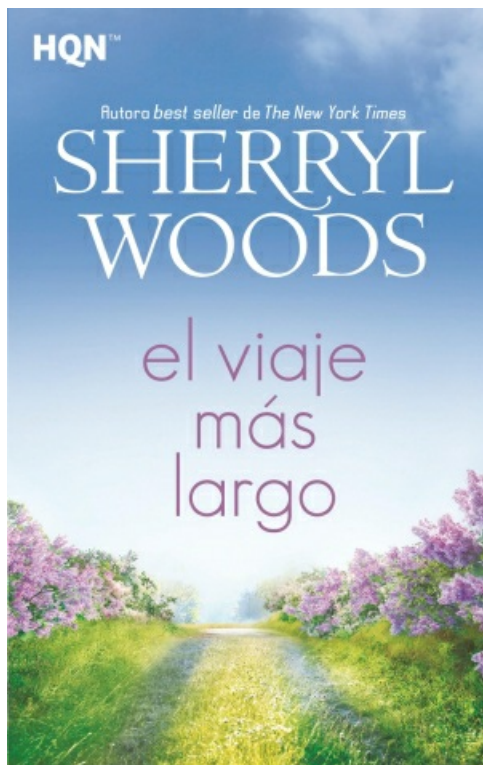
9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



## El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



## Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)